El nombre del mundo es Bosque

Ursula K. Le Guin

Minotauro

SHOUT
SHARE
IT

Annotation

Dentro de la gran tradición literaria de las utopías y anti-utopías que se inicia en el siglo XVII, *El nombre del mundo es Bosque* descubre un universo dinámico y en equilibrio que se mantiene en el tiempo de acuerdo con leyes propias que no admiten la intromisión del hombre. En el planeta Athshe, el ciclo de la vida, la cultura las costumbres, los modos mentales nacen y se desarrollan en la estabilidad autónoma del cosmos.

- Ursula K. Le Guin
  - 1
  - 2
  - 3
  - 4
  - 5
  - 6
  - 7

Ursula K. Le Guin
El nombre del mundo es Bosque

1

Cuando despertó, el capitán Davidson se quedó un rato acostado, mientras recordaba dos hechos ocurridos el día anterior. Uno positivo: el nuevo cargamento de mujeres había llegado. Créanlo o no. Ya estaban aquí, en Centralville, a veintisiete años luz de la Tierra por NAFAL y a cuatro horas en helicóptero de Campamento Smith, el segundo grupo de hembras de cría para la Colonia Nueva Tahití, todas sanas y aptas, doscientas doce cabezas de ganado humano de primerísima calidad. O, en cualquier caso, lo suficientemente buena. Uno negativo: el informe de Isla Dump sobre el fracaso de las cosechas, la erosión incesante, el diluvio. La imagen de las doscientas doce figuritas en fila, lozanas, tentadoras, atractivas, desapareció de la mente de Davidson, y dejó paso a una visión donde la lluvia caía en cascadas sobre los campos cultivados, golpeando la tierra hasta convertirla en fango, diluyendo el fango en ríos rojizos que se deslizaban por entre las rocas y desembocaban en un mar batido por la lluvia. La erosión había comenzado antes que Davidson se marchara de la isla para encargarse de la dirección del gobierno en Campamento Smith, y como estaba dotado de una memoria visual prodigiosa, de esas que llaman eidéticas, ahora lo revivía todo con demasiada claridad.

Uno habría pensado que Kess tenía razón, que en definitiva era necesario dejar muchos árboles en los terrenos que proyectaban destinar a la agricultura. Pero Davidson no podía entender por qué se tenía que desperdiciar tanto espacio para árboles en un cultivo de soja, si se trabajaba la tierra de una forma verdaderamente científica. En Ohio no era así: si uno quería cereales sembraba cereales, y nadie malgastaba terreno en árboles y otras tonterías. Aunque por otro lado la Tierra era un planeta domado, y Nueva Tahití no lo era.

Pero para eso estaba él allí para domado. Y si ahora Isla Dump no era nada más que un montón de rocas y barrancos pues bien, se la borraba del mapa;,, se empezaba de nuevo en oca ¡da y se hacían mejor las cosas. No siempre nos vas a derrotar, planeta maldito dejado de la mano de Dios. Nosotros somos Hombres. Pronto sabrás lo que significa esto, pensó Davidson, y sonrió en la oscuridad de la cabaña, pues a Davidson le gustaban los desafíos. Al pensar en los Hombres, recordó las Mujeres, y una vez más desfilaron por su mente las doscientas doce figuritas insinuantes, risueñas, bulliciosas.

—¡Ben! —bramó, sentándose en la cama y balanceando los pies desnudos por encima del suelo también desnudo —. ¡Agua caliente prepara Rápido-volando!

El bramido acabó de despertarle a plena satisfacción.

Se desperezó, se rascó el pecho, se puso los pantalones cortos y salió de la cabaña, a la luz del sol, con gestos rápidos y precisos. Era un hombre corpulento de músculos recios, y disfrutaba de su cuerpo bien entrenado. Ben, su creechi, tenía el agua a punto y humeante sobre el fuego, como de costumbre, y estaba allí, acurrucado, mirando las musarañas, como de costumbre. Los creechis nunca dormían, no hacían nada más que estarse allí y mirar y mirar.

—Desayuno. ¡Rápido-volando! —dijo Davidson, mientras recogía la navaja de encima de la mesa de madera, donde la había dejado el creechi, junto con una toalla y un espejo.

Sería un día ajado para Davidson. Había decidido, de repente, volar hasta Centralville para ver con sus propios ojos a las nuevas mujeres. No iban a durar mucho, doscientas doce para más de dos mil hombres, y como las de la primera tanda, casi todas serían con seguridad Novias Coloniales, sólo unas veinte o treinta vendrían como Personal de Esparcimiento; pero aquellas criaturitas eran verdaderas hembras, insaciables, y esta vez Davidson estaba decidido a ser el primero, al menos con una de ellas. Sonrió por el lado izquierdo, mientras se afeitaba la tensa mejilla derecha con la herrumbrosa navaja.

El viejo creechi iba y venía de un lado a otro y tardaba una hora en traerle el desayuno desde la cocina.

—¡Rápido-volando! —aulló Davidson, y Ben aceleró su vagabundeo desarticulado convirtiéndolo en algo parecido a una marcha.

Ben medía alrededor de un metro de estatura y la pelambrera que le cubría la espalda parecía más blanca que verde; era viejo, y duro de mollera, incluso comparado con otros creechis, pero Davidson sabía cómo manejarlo; él era capaz de domar a cualquiera de ellos, siempre y cuando el esfuerzo valiera la pena. Pero no valía la pena. Que trajeran aquí seres humanos en cantidad suficiente, que construyesen máquinas y robots, que edificaran granjas y ciudades, y ya nadie necesitaría recurrir a los creechis. Y sería lo justo, además, pues este mundo, Nueva Tahití, estaba literalmente hecho para los hombres. Una vez limpio y rehecho, una vez eliminados los bosques sombríos por interminables campos de cereales, una vez erradicados el oscurantismo, el salvajismo y la ignorancia, aquello sería un paraíso, un verdadero Edén. Un mundo mejor que la cansada Tierra. Y sería su mundo, el mundo de Davidson. Porque muy en el fondo, Don Davidson era eso: un domador de mundos. Y no porque fuera hombre jactancioso, pero eso sí, conocía su valor. Sabía lo que quería y, cómo conseguirlo. Y siempre lo lograba.

El desayuno llegó caliente al estómago del capitán Davidson. Ni siquiera la aparición de Kees van Sten, gordo, blanco y preocupado,

los ojos desorbitados, como unas pelotas de golf de color azul, logró estropearle el buen humor.

—Don —dijo Kees sin molestarse en darle los buenos días—, los leñadores han vuelto a cazar ciervos en los Desmontes. Hay dieciocho pares de astas en la habitación del fondo de la Hostería.

—Nadie consiguió jamás que no se cazara en los cotos, Kees.

—Tú puedes hacerlo. Por eso vivimos bajo la ley marcial, por eso el Ejército gobierna esta colonia. Para que se cumplan las leyes.

¡Un ataque frontal de Gordo van Kees! Era casi divertido.

—De acuerdo —dijo Davidson en un tono razonable—, yo podría. Pero mira una cosa, yo estoy aquí para velar por los hombres; ésa es mi función, como tú dices. Y son los hombres lo que cuenta. No los animales. Si un poco de caza furtiva les ayuda a soportar la vida en este mundo dejado de la mano de Dios, yo estoy dispuesto a hacer la vista gorda. En algo tienen que entretenerse.

—Tienen juegos, deportes, aficiones, cine, copias televisadas de los principales encuentros deportivos del siglo, licores, marihuana, alucinógenos, y un grupo nuevo de mujeres en Centralville para quienes no están contentos con las aburridas recomendaciones del Ejército: una higiénica homosexualidad. Tus héroes fronterizos están malcriados y corrompidos, y no hay ninguna necesidad de que exterminen una especie nativa única para "entretenerse". Si tú no tomas medidas, tendré que denunciar una grave infracción de los Protocolos Ecológicos en mi informe al capitán Gosse.

—Puedes hacerlo si lo consideras justo, Kees —dijo Davidson, que nunca perdía la calma. Era casi patético ver la forma en que un euro como Kees enrojecía hasta las orejas cada vez que perdía el dominio de sí mismo —. A fin de cuentas es tu deber. No discutiré contigo. Central estudiará el asunto y decidirá quién tiene razón. Mira, Kees, tú en realidad quieres conservar este lugar tal como está. Como un Gran Parque Nacional. Para recreo de la vista, para estudio. Formidable, tú eres un especialista. Pero somos nosotros, los don nadie, los que tenemos que hacer el trabajo. La Tierra necesita madera, la necesita desesperadamente. Y nosotros hemos encontrado madera en Nueva Tahití.

Pues bien, ahora somos leñadores. Mira, en lo que tú y yo discrepamos es en que para ti la Tierra no es lo más importante. Para mí, sí.

Kees lo miró de soslayo con esos ojos que parecían pelotas de golf de color azul.

—¿De veras? ¿Así que lo que tú quieres es construir este mundo a imagen y semejanza de la Tierra? ¿Un desierto de cemento?

—Cuando yo digo Tierra, Kess, me refiero a la gente. A los hombres. A ti te preocupan los ciervos y los árboles y las fibrillas, la

madera, fantástico, eso es asunto tuyo. Pero a mí me gusta ver las cosas en perspectiva, de cabo a rabo, y el cabo, por el momento, somos nosotros, los humanos. Ahora estamos aquí, y por lo tanto este mundo funcionará a nuestra manera. Te guste o no, es una realidad que tienes que asumir, porque así son las cosas. Escucha, Kees, iré un momento hasta Central para echar un vistazo a las nuevas colonias. ¿Quieres acompañarme?

—No, gracias, capitán Davidson —dijo el especialista encaminándose hacia la cabaña laboratorio. Estaba loco de remate el viejo Kees; perturbado por esos condenados ciervos. Eran unos animales formidables, era evidente. La excelente memoria de Davidson le permitió recordar el primer ciervo que había visto aquí, en la Tierra de Smith, una gran sombra roja dos metros de espalda, una corona de espesos cuernos dorados, una bestia ligera, temeraria, la mejor presa de caza que uno hubiera podido imaginar. Allá en la Tierra, ahora utilizaban ciervos robots, hasta en las Rocosas y en los parques del Himalaya, pues los de carne y hueso estaban poco menos que extinguidos. Estas bestias, las de aquí, eran el sueño de cualquier cazador. Y se las cazaría. Demonios, si hasta los creechis los cazaban, con sus piojosos y pequeños arcos. A los ciervos había que cazarlos, para eso estaban. Pero el viejo corazón herido de Kees no podía soportarlo. Era un hombre decente, seguro, pero que vivía fuera de la realidad, y de poco carácter. No entendía que uno tiene que ponerse del lado de los ganadores, o perder. Y es el hombre el que gana, siempre. El viejo conquistador.

Davidson cruzó a grandes zancadas la colonia. La luz de la mañana le daba en los ojos, y el olor dulzón de la madera aserrada y del humo de leña flotaba en el aire tibio. El campamento de leñadores, como tal, no era malo. En sólo tres meses terrestres los hombres habían transformado una gran zona de tierras vírgenes. Campamento Smith: un par de grandes aparatos geodésicos de plástico corrugado, cuarenta cabañas de madera construidas con mano de obra creechi el aserradero, el incinerador que arrastraba el humo azul por encima de los troncos y de la madera cortada; y allá arriba, en las colinas, el campo de aviación y los grandes hangares prefabricados para los helicópteros y las máquinas pesadas. Eso era todo. Pero cuando llegaron no había nada. Árboles. Una oscura maraña de árboles, espesa, intrincada, interminable; sin ningún sentido. Un río perezoso invadido y ahogado por los árboles, algunas madrigueras de creechis escondidas entre ellos, algunos ciervos rojos, monos peludos, aves. Y árboles. Raíces, troncos, ramas, hojas arriba y abajo que se le metían a uno en la cara y en los ojos, una infinidad de hojas en una infinidad de árboles.

Nueva Tahití era en su mayor parte agua, mares poco profundos y

templados, interrumpidos aquí y allá por arrecifes, islotes, archipiélagos y los cinco continentes que se extendían en un arco de 2.500 kilómetros a lo largo del cuadrante del Noroeste. Y todos aquellos lunares y verrugas de tierra estaban cubiertos de árboles. Océano: bosque. La alternativa era obvia para Nueva Tahití. Agua y sol, u oscuridad y hojas.

Pero ahora estaban aquí los hombres, para acabar con la oscuridad y convertir la maraña de árboles en tablones pulcramente aserrados, más preciados que el oro en la Tierra. Literalmente, porque el oro se podía encontrar en el agua de los mares y bajo el hielo de la Antártida, pero la madera no, la madera sólo la producían los árboles. Y en la Tierra era un lujo realmente necesario. Así pues, los bosques de aquel planeta extraño eran convertidos en madera. En tres meses, doscientos hombres con sierras robot y maquinaria de transporte habían limpiado ya una extensión de diez kilómetros en Tierra de Smith. Las cepas del Desmonte más próximo al campamento eran ahora unos desechos blanquecinos; tratados químicamente caerían en la tierra transformados en cenizas fertilizadas, y en ese momento los colonos definitivos, los agricultores, se instalarían en Tierra de Smith. No tendrían mucho que hacer: plantar las semillas, y esperar a que germinasen.

Eso ya había ocurrido una vez. Era una coincidencia rara; en realidad, era la evidencia de que Nueva Tahití estaba destinada a ser habitada por seres humanos. Todo lo que había aquí se había traído de la Tierra alrededor de un millón de años atrás, y la evolución había seguido pautas tan similares que uno reconocía inmediatamente cada especie: pino, roble, nogal, castaño, abeto, acebo, manzano, fresno; ciervo, ave, ratón, gato, ardilla, mono. Los humanoides de Hain-Davenant aseguraban, naturalmente, que lo habían hecho ellos en la misma época en que colonizaron la Tierra, pero si uno se tomaba en serio a esos extraterrestres parecía que hubieran colonizado todos los planetas de la Galaxia, y que por añadidura lo hubieran inventado todo, desde el sexo hasta los clavos. Eran mucho más verosímiles las teorías sobre la Atlántida; ésta podía ser perfectamente una colonia atlante desconocida. Pero la especia humana se había extinguido, y del desarrollo del mono había nacido la especie que sustituiría a los humanos: el creechi; un metro de altura y una pelambrera verde. Como extraterrestres eran de lo más vulgar, pero como hombres eran un engendro, un verdadero aborto de la naturaleza. Si hubiesen contado con un millón de años más, quizá. Pero los conquistadores habían llegado primero. Ahora la evolución avanzaba no al ritmo de una mutación casual cada mil años, sino a la velocidad de las astronaves de la Flota Terráquea.

—¡Eh, capitán!

En apenas un microsegundo, Davidson se volvió, pero fue suficiente para sentirse inquieto. Algo pasaba en este maldito planeta, en este sol dorado y en el cielo nublado, en esos vientos tranquilos que olían a moho y a polen, algo que le hacía soñar a cualquiera.

Sin darse cuenta, uno iba y venía, pensando en conquistadores y en el destino, y terminaba moviéndose con la misma pereza y lentitud que los creechis.

—¡Buen día, Ok!

Davidson saludó con vivacidad al capataz de los leñadores.

Negro y recio como una cuerda de metal, Oknanawi Nabo era físicamente el polo opuesto de Kees, pero tenía la misma expresión preocupada.

—¿Tiene medio minuto?

—Desde luego. ¿Qué te preocupa. Ok?

—Los pequeños bastardos.

Los dos hombres se apoyaron de espaldas contra una cerca de alambre y Davidson encendió el primer canuto del día. Los rayos del sol cortaban el aire en medio del humo azulado del porro. Desde detrás del campamento, en el bosque, una parcela de quinientos metros todavía sin desbrozar, llegaban los leves e incesantes rumores, crujidos, zumbidos, ronroneos y sonidos que se oyen por la mañana en los bosques. Ese claro podía haber estado en Idaho en 1950. O en Kentucky en 1830. O en la Galia en el año 50 antes de Cristo.

—Ti-huit —llamó un pájaro a lo lejos.

—Me gustaría quitármelos de encima, capitán.

—¿A los creechis? ¿Qué quieres decir, Ok?

—Dejarlos en libertad, nada más. Lo que producen en el aserradero no es suficiente para poder alimentarlos. Y además los quebraderos de cabeza que provocan.

Sencillamente, no trabajan.

—Claro que trabajan, si sabes cómo obligarles a hacerlo. Ellos construyeron el campamento.

El rostro de obsidiana de Oknanawi era impenetrable.

—Bueno, usted tiene ese don, supongo. Yo no lo tengo. —Hizo una pausa —. En ese curso de Historia Aplicada que seguí cuando me preparaba para el Lejano Exterior, decían que la esclavitud nunca dio resultado. Que era antieconómica.

—De acuerdo, pero esto no es esclavitud, mi querido Ok. Los esclavos son seres humanos. Cuando crías vacas, ¿llamas a eso esclavitud? No. Y da resultado.

Impasible, el capataz asintió con un movimiento de cabeza, pero dijo: —Son demasiado pequeños. Quise matar de hambre a los más huraños. Se quedan quietos y aguantan.

—Son pequeños, de acuerdo, pero no te dejes engañar, Ok. Son

fuertes; tienen una resistencia asombrosa; y no son sensibles al dolor como los humanos. Eso no lo tienes en cuenta, Ok. Crees que pegarle a uno de ellos es como pegarle a un crío, o algo así.

Créeme, para el dolor que sienten, es como si le pegaras a un robot. Oye, tú te acostaste con algunas de sus hembras, tú sabes que parecen no sentir absolutamente nada, ni placer, ni dolor, se quedan allí tendidas como colchones y te aguantan cualquier cosa. Y todos son iguales. Probablemente tienen nervios más primitivos que los humanos. Como los peces. A propósito, te voy a contar una historia bastante desagradable que me ocurrió.

Cuando yo estaba en la Central, antes de venir aquí, uno de los machos domesticados me embistió. Ya sé que te habrán dicho que ellos nunca pelean, pero a éste se le subió la sangre a la cabeza, perdió la chaveta; por suerte no estaba armado, porque si no me liquida. Casi tuve que matarle a puñetazos para que me soltara. Pero insistió. Es increíble la de puñetazos que le di, y en ningún momento sintió nada. Como uno de esos escarabajos que tienes que pisar una y otra vez porque no se da cuenta de que lo has triturado. Mira esto. —Davidson agachó la cabeza casi pelada al cero para mostrar una zona nudosa y tumefacta detrás de la oreja —. Por un pelo me salvé de una conmoción. Y me lo hizo con un brazo roto y la cara metida en salsa de arándanos. Me atacaba, me atacaba y volvía a atacarme. Así son las cosas, Ok, los creechis son holgazanes, son torpes, son traicioneros, y no tienen dolor. Tienes que ser duro con ellos y mantenerte impasible.

—No merecen que uno se tome todo este trabajo, capitán. Malditos bastardos minúsculos, verdes y ariscos, no quieren pelear, no quieren trabajar, no quieren nada. Lo único que quieren es reventarme.

Las quejas del refunfuñón Oknanawi no podían ocultar su obstinación. Ok no dejaba de castigar a los creechis porque fueran mucho más pequeños, eso lo tenía bien claro, y también Davidson lo sabía ahora, lo aceptó en seguida. Él sabía cómo manejar a sus hombres., y —Mira, Ok. Prueba esto. Llama a los cabecillas y diles que les vas a meter un pinchazo de alucinógenos. Mescalina, ele ese, cualquiera, no saben cuál es CUÉLL Pero les aterroriza, No exageres y todo irá bien. Puedo asegurártelo.

—¿Por qué les tienen tanto miedo a los alucinógenos? —preguntó con curiosidad el capataz.

—¡Qué sé yo! ¿Por qué las mujeres les tienen miedo a los ratones? ¡No les pidas a las mujeres y a los creechis que tengan sentido común, Ok! A propósito de mujeres, precisamente iba a Centralville esta mañana. ¿Quieres que le ponga la mano encima por ti a alguna de las chicas?

—Es mejor que la tenga lejos hasta que yo salga de permiso —

dijo Ok con una sonrisa.

Un grupo de creechis pasó transportando una larga viga de doce por doce para la Sala de Reunión, que se estaba construyendo más abajo, en la orilla del río. Unas figuras pequeñas, lentas, bamboleantes, que arrastraban penosamente la enorme viga, como una hilera de hormigas que arrastrase una oruga muerta, hoscos e ineptos. Oknanawi les observó y dijo: —Capitán, de verdad me dan escalofríos.

Eso era extraño, viniendo de un hombre rudo, tranquilo como Ok.

—Bueno, en realidad, Ok, estoy de acuerdo contigo en que no vale la pena tomarse tanto trabajo, o correr tantos riesgos. Si ese marica de Lyubov no estuviera rondando por aquí, y si el coronel no se empeñase tanto en atenerse al Código, creo que nosotros mismos podríamos despejar las áreas que colonizamos, en vez de aplicar el acta de Mano de Obra Voluntaria. Al fin y al cabo, tarde o temprano les van a liquidar, y quizá cuanto antes lo hagan mejor. ¿por qué no? Porque así son las cosas. Las razas primitivas siempre han tenido que dar paso a las razas civilizadas. La alternativa es la asimilación.

Pero ¿para qué demonios vamos a querer asimilar a un montón de monos verdes? Y como tú dices, tienen la inteligencia mínima como para que no podamos confiar en ellos.

Como esos monos enormes que había en el Africa. ¿Cómo se llamaban?

—Eso mismo. De igual manera que en el África nos fue mejor in los gorilas, aquí nos irá mejor sin los creechis. Son un estorbo… Pero Papaíto Ding-Dong dice que hay que utilizar la mano de obra creechi, y nosotros la utilizamos. Por algún tiempo. ¿Entendido? Hasta la noche, Ok.

—Entendido, capitán.

Davidson miró el helicóptero desde el Cuartel General de Campamento Smith: un cubo de tabánes de pino de cuatro metros de lado, dos escritorios, un refrigerador de agua, el teniente Birno reparando un radiotransmisor.

—No dejes que se queme el campamento, Birno.

—Tráigame una chica, Capitán. Rubia. Ochenta y cinco, cincuenta y cinco, noventa.

—Cristo ¿nada más?

—Me gustan menuditas, no desbordantes, sabe.

Birno dibujó expresivamente el modelo preferido en el aire. Con una sonrisa, Davidson siguió cuesta arriba hacia el hangar. Mientras volaba sobre el campamento, le echó una ojeada: las viviendas de los muchachos, los caminos esbozados apenas, los grandes claros de cepas y rastrojos, todo empequeñeciéndose a medida que el aparato ganaba altura; el verde de los bosques de la gran id, que no habían talado

aún, y más allá de ese verde sombrío el verde pálido del mar inmenso y ondulante. Ahora Campamento Smith parecía una mancha amarilla, un lunar en el ancho tapiz verde.

Dejó atrás el estrecho Smith y la boscosa y escarpada cordillera al norte de Isla Central, y a eso del mediodía aterrizó en Centralville. Parecía toda una ciudad, al menos ahora, después de tres meses en los bosques; aquí había calles y edificios de verdad; aquí estaban desde hacía cuatro años, cuando se había fundado la Colonia. Uno no se daba cuenta de lo que era en realidad —una población fronteriza, pequeña y endeble hasta que la miraba desde el sur a un kilómetro y veía resplandecer por encima de los tocones y las callejuelas de hormigón una torre dorada y solitaria, más alta que cualquier otra cosa de Centralville. No era una nave grande, pero aquí parecía grande. En verdad no era más que una cápsula de aterrizaje, un nódulo auxiliar, un bote salvavidas de la astronave; la nave de ruta NAFAL, el Shackleton, estaba en órbita, medio millón de kilómetros más arriba. La cápsula era apenas una muestra, una huella digital de la grandiosidad, la potencia, la precisión y el esplendor prodigioso de la tecnología astronáutica terrestre.

Davidson se quedó mirando la nave, y durante un segundo los ojos se le llenaron de lágrimas. Y no se avergonzó. Aquella nave había venido del hogar. Y de esta manera él era un buen paños.

Un momento después, mientras caminaba por las calles del pueblecito fronterizo. con sus vastas perspectivas de casi nada en los extremos, empezó a sonreír. Porque allí estaban las damas, seguro, y uno se daba cuenta en seguida de que eran carne fresca.

Casi todas iban vestidas con faldas estrechas y largas y unos zapatos que parecían chanclos, de color rojo, púrpura, dorado, y camisas con volantes dorados o plateados.

Nada de: pezones a la vista. Las modas habían cambiado; mala suerte. Todas llevaban el cabello recogido muy alto, rociado seguramente con ese empasto pringoso que ellas usaban. Pero sólo a las mujeres se les ocurría ponerse esas cosas en los cabellos, y por lo tanto era provocativo. Davidson sonrió a una euraf pequeñita y oronda con más cabello que cabeza; no obtuvo la sonrisa que esperaba pero sí un meneo de nalgas que decía a las claras: sigue, sigue, sígueme. Sin embargo, no la siguió. Todavía no. Fue al Cuartel General: piedra reconstituida y chapa plástica estándar, 40 oficinas, 10 refrigeradores de agua, un arsenal en el subsuelo, y conexión directa con el Comando Central de la Administración Colonial de Nueva Tahití. Se cruzó con un par de tripulantes de la cápsula, presentó en Selvicultura un pedido de un nuevo descortezador semirobot, y concertó una cita con su camarada de toda la vida Juju Sereng en el Luau Bar a las catorce cero cero.

Llegó al bar una hora antes para comer algo antes de empezar a beber Lyubov estaba allí en compañía de un par de tipos de la Flota, eruditos de una u otra calaña, que habían bajado en la cápsula del Shackleton; Davidson no apreciaba demasiado a la Armada, una pandilla de rufianes engreídos, que dejaban en manos del Ejército los trabajos sucios, pesados y peligrosos; pero galones eran galones, y de todas maneras le divirtió ver a Lyubov yendo de juerga con gente de uniforme. Estaba hablando, agitando las manos de un lado a otro, como de costumbre. Davidson le palmeó el hombro al pasar y le dijo:
—Hola, Raj, viejo. ¿Qué hay de nuevo?

Siguió de largo in esperar la mueca de odio, aunque le dolía perdérsela. Era francamente divertida la forma en que Lyubov le aborrecía. Un afeminado, probablemente, que envidiaba la virilidad de los otros. De todos modos, Davidson no iba a tomarse la molestia de odiar a Lyubov, no valía la pena.

El Luau servía un bistec de venado de primera. ¿Qué dirían en la vieja Tierra si vieran a un hombre engullirse un kilo de carne en una sola comida? ¡Pobres infelices, condenados a beber jugo de soja! Ad reo llegó Juju acompañado —como Davidson confiaba y esperaba — por la flor y nata de las nuevas damiselas: dos bellezas suculentas, no Novias sino Personal de Esparcimiento. ¡Ah, la decrépita Administración Colonial de vez en cuando hada las cosas bien! Fue una larga y cálida tarde.

En el vuelo de regreso al campamento cruzó el Estrecho Smith al nivel del sol, que flotaba por encima del mar en lo alto de un banco de niebla dorada. En el asiento del piloto. Davidson canturreaba al compás de los balanceos del helicóptero. Tierra de Smith apareció a la vista envuelta en la bruma; había una humareda sobre el campamento, un hollín oscuro como si hubiesen echado petróleo en el incinerador de residuos. Era tan espeso que Davidson no podía ver los edificios. Hasta que tocó tierra en el aeródromo no vio el avión carbonizado, los despojos ennegrecidos de los helicópteros, el hangar quemado hasta los cimientos.

Volvió a despegar y voló sobre el campamento, a tan poca altura que hubiera podido chocar con la chimenea cónica del incinerador, lo único que quedaba en pie. Todo lo demás había desaparecido: el aserradero, el horno, los depósitos de madera, el Cuartel General, las cabañas, las barracas, el pabellón de los creechis, todo. Armazones ennegrecidos y ruinas, todavía humeantes. Pero no había sido un incendio en el bosque.

El bosque estaba allí, siempre verde, a un paso de las ruinas. Davidson regresó al aeródromo, posó el aparato, y bajó en busca de la motocicleta, pero también ella era un despojo negro, junto a las ruinas humeantes, pestilentes, del hangar y las máquinas. Bajó corriendo

hacia el campamento. De pronto, al pasar junto a lo que fuera la cabaña de radiocomunicaciones, su cerebro volvió a funcionar. Sin dudar ni un momento cambió de dirección y abandonó el camino, detrás de la cabaña destripada. Allí se detuvo. Escuchó.

No había nadie. Todo estaba en silencio. las llamas se habían extinguido hacía bastante rato; sólo las grandes pilas de madera humeaban aún, y había ascuas rojas bajo las cenizas y el carbón. Más valiosos que el oro, habían sido esos rectangulares montones de ceniza. Pero de los negros esqueletos de las barracas y cabañas no brotaba humo; y había huesos medio calcinados entre las cenizas.

Se escondió detrás de la cabaña de radio. Ahora tenía la mente más activa y lúcida que nunca. Había dos posibilidades. Primera: un ataque extraplanetario. Davidson vio la torre dorada en el muelle espacial de Centralville. Pero si al Shackleton le hubiera dado por la piratería, ¿por qué iba a empezar borrando del mapa un campamento pequeño, en lugar de tomar Centralville? No, tenía que ser una invasión, seres de otro planeta. Alguna raza desconocida, o quizá los cetianos o los hainianos, que habían decidido ocupar las colonias terrestres. Davidson nunca había confiado en esos malditos humanoides sabihondos. Sin duda, habían arrojado una bomba de calor aquí Y las fuerzas invasoras, con aviones, carros voladores, bombas nucleares, bien podían estar ocultas en una de las islas, o en un arrecife, o en cualquier paraje del Cuadrante del Sudeste. Tenía que volver al helicóptero, dar la alarma y luego tratar de echar un vistazo a los alrededores, hacer un reconocimiento e informar sobre la situación al Cuartel General. Estaba levantándose cuando oyó las voces.

No eran voces humanas. Un parloteo ininteligible, agudo, susurrante. Gente de otros mundos.

Se estiró en el suelo, detrás del techo de plástico deformado por el calor, parecido a unas alas de murciélago extendidas. Davidson se quedó muy quieto y prestó atención.

Cuatro creechis venían por el camino, a pocos metros de donde él se encontraba. Eran creechis salvajes; excepto los flojos cinturones de cuero de los que pendían cuchillos y bolsitos, iban totalmente desnudos.

Ninguno de ellos usaba los pantalones cortos y el collar de cuero que se suministraba a los creechis domesticados. Los Voluntarios del pabellón habían sido incinerados sin duda junto con los humanos.

Se detuvieron a corta distancia de su escondrijo, hablando en ese lento parloteo, y Davidson contuvo el aliento. No quería que lo descubriesen. ¿Qué diablos estaban haciendo aquí? Sólo podían estar actuando como espías e informadores de las fuerzas invasoras.

Uno de ellos habló señalando el sur, y cuando volvió la cabeza

Davidson le vio la cara.

Y la reconoció. Los creechis parecían todos iguales, pero éste era diferente. No hacía un año que Davidson le había marcado toda la cara. Era el loco furioso que le había atacado en Central, el homicida, el niñito mimado de Lyubov. ¿Qué diantres estaba haciendo aquí?

La mente de Davidson funcionó rápidamente, cambió de onda. Se incorporó repentinamente, alto, tranquilo, fusil en mano.

—¡Quietos, creechis! ¡Alto ahí! ¡Ni un paso más! ¡No os mováis!

La voz de Davidson restalló como un latigazo. Las cuatro criaturas verdes quedaron inmóviles. La de la cara estropeada le miró a través de los escombros negros con unos ojos inmensos, inexpresivos, sin ninguna luz.

—Contestad ahora. Este incendio, ¿quién lo provocó?

No hubo respuesta.

—Contestad ahora mismo: ¡Rápido-volando! Si no contestáis, quemo primero a uno, luego a otro, luego a otro, ¿entendido? Este incendio, ¿quién lo provocó?

—Nosotros quemamos el campamento, capitán Davidson —dijo el de Central, con una voz baja y extraña que a Davidson le pareció casi humana —. Todos los humanos están muertos.

—¿Vosotros lo quemasteis? ¿Qué quieres decir?

Por alguna razón no podía recordar el nombre de Caracortada.

—Había aquí doscientos humanos. Y noventa de mi gente, todos esclavos. Novecientos de mi pueblo salieron de los bosques. Primero matamos a los humanos en el sitio del bosque donde cortaban los árboles; luego matamos a los que quedaban aquí, mientras ardían las casas. Pensé que también usted habría muerto. Me alegro de verle, capitán Davidson.

Era una locura, y por supuesto una mentira. No podían haberlos matado a todos, a Ok, a Birno, a Van Sten, y a todos los demás, doscientos bombeo alguno tendría que haberse salvado. Los creechis no tenían armas, sólo arcos y flechas. Y de todas maneras, era imposible que lo hubiesen hecho. Los creechis no peleaban, no mataban, no hacían la guerra. Eran una especie intermedia no agresiva, siempre víctimas. No se defendían.

Nunca masacrarían a doscientos hombres de un solo golpe. Era una locura. El silencio, el vago y nauseabundo olor a quemado en la larga y cálida luz del anochecer, el verde pálido de las caras y esos ojos que le miraban sin pestañear, todo era nada, un sueño absurdo, una pesadilla.

—¿Quién hizo esto por vosotros?

—Novecientos de mi gente —dijo Caracortada con esa maldita voz que casi parecía humana.

—No, eso no. ¿Quién más? ¿Quién dio las órdenes? ¿Quién dijo

que lo hicierais?

—Mi mujer.

Hasta ese momento Davidson no había notado la tensión contenida pero clara en la actitud de la criatura; sin embargo, cuando se le fue encima, el salto fue tan solapado y felino que Davidson, tomado por sorpresa, erró el tiro: le quemó el brazo o el hombro, no pudo meterle la bala entre los ojos tal corno había pensado. Y ahora le tenía encima, y le atacaba con tanta furia que herido y todo, y a pesar de ser la mitad de grande y tener la mitad de peso de Davidson, consiguió hacerle perder el equilibrio y derribarle. Davidson había confiado en su fusil y no había previsto el ataque. Aquellos brazos eran delgados pero fuertes, y la pelambrera era áspera al tacto. Mientras Davidson luchaba con uñas y dientes para liberarse, la criatura cantaba.

Ahora Davidson estaba tirado en el suelo boca arriba, inmovilizado, desarmado. Cuatro caras verdosas le miraban sin parpadear. Caracortada seguía tarareando algo apenas audible, pero muy parecido a una melodía. Los otros tres escuchaban, sonriendo y mostrando los dientes. Davidson nunca había visto sonreír a un creechi. Nunca había mirado desde abajo la cara de un creechi. Siempre desde arriba. Desde su altura. Trató de no forcejear, pues por el momento toda resistencia era inútil. Aunque pequeños, le superaban en número, y ahora Caracortada tenía el fusil. Había que esperar. Pero sentía un malestar, una náusea que le crispaba y le sacudía el cuerpo de arriba abajo. Las manos diminutas le sujetaban contra el suelo sin esfuerzo, las caras verdes se movían y sonreían encima de él.

Caracortada terminó de cantar. Se arrodilló sobre el pecho de Davidson, un cuchillo en una mano, el fusil de Davidson en la otra.

—Usted no sabe cantar, capitán Davidson ¿verdad que no? Muy bien, entonces, puede correr hasta el helicóptero, y huir, y avisar al coronel en Central que este sitio ha sido incendiado y que los humanos han muerto.

Sangre, de un rojo tan impresionante como el de la sangre humana, empapaba la pelambrera del brazo derecho del creechi. La zarpa verde blandía el cuchillo. La cara afilada, entrecruzada de cicatrices le miraba desde muy cerca, y Davidson veía ahora la luz extraña que ardía en lo probando de aquellos los negros como el carbón. La voz era siempre suave y tranquila.

Le soltaron.

Davidson se puso de pie con cautela, todavía atontado por el golpe que había recibido al caer. Ahora los creechis se habían apartado, conscientes de que los brazos de Davidson eran dos veces más largos que los suyos; pero Caracortada no era el único que estaba

armado; había otro fusil apuntándole a las tripas. Y era Ben el que lo empuñaba. Ben, su propio creechi, el bastardo de mierda, gris y sarnoso, con la cara de estúpido de siempre, pero empuñando un fusil.

No es fácil volverle la espalda a dos fusiles que le están apuntando a uno, pero Davidson echó a andar hacia el campo.

Detrás de él alguien dijo en voz alta y chillona una palabra creechi. Otra voz dijo: —¡Rápido-volando!

Y hubo un rumor extraño, como un gorjeo de pájaros que quizá era la risa de los creechis. Sonó un disparo y la bala pasó zumbando por el camino, a un paso de Davidson. Cristo, eso no era justo, ellos tenían los fusiles. Echó a correr. Corriendo podía ganarle a cualquier creechi. Y ellos no sabían disparar un fusil.

—Corra —dijo a sus espaldas la voz tranquila y lejana.

Ése era Caracortada. Selver, así se llamaba. Sam, le decían, hasta que Lyubov impidió a Davidson que se vengara del nativo, y le convirtió en un niño mimado; después de eso todo el mundo le llamaba Selver. Cristo, qué era todo aquello, una pesadilla. Corrió.

Sentía el golpeteo de la sangre en los oídos. Corrió, corrió en el atardecer humeante y dorado. Había un cuerpo junto al camino; Davidson no le había visto al venir, no estaba quemado, parecía un gran globo blanco que acaba de desinflarse, y los ojos saltones y azules estaban abiertos y le miraban fijamente. A él, a Davidson, no se atreverían a matarle. No habían vuelto a disparar. Era imposible. No podían matarle. Allí estaba el helicóptero, brillante y seguro. Se precipitó sobre el asiento y levantó el vuelo antes que los creechis intentaran algo nuevo. Las manos le temblaban, no demasiado; nervios, nada más. No podían matarle. Rodeó la colina y luego volvió, veloz y a poca altura, tratando de ver a los cuatro creechis. Pero nada se movía entre los montones de escombros del campamento.

Esa mañana había existido un campamento en aquel lugar. Doscientos hombres. Y había cuatro creechis allí, pocos minutos antes. Él no había soñado todo eso. No podían haber desaparecido así como así. Tenían que estar allí, escondidos. Movió la llave que ponía al descubierto la ametralladora en la nariz del helicóptero, y barrió el suelo quemado, ametralló el verde follaje del bosque, bombardeó los huesos calcinados y los cuerpos fríos de los hombres, los restos de las máquinas y las cepas blanquecinas y putrefactas, una y otra vez hasta que se le acabaron las municiones. Los espasmos de la ametralladora cesaron bruscamente.

Ahora tenía las manos firmes, el cuerpo aplacado, y sabía que no era la víctima de un mal sueño. Enfiló el aparato hacia el estrecho, para ir a dar la noticia en Centralville.

Mientras volaba sintió que los músculos del rostro se le distendían, que recuperaba la calma habitual. No podían culparle del

desastre, porque ni siquiera había estado allí. Tal vez advirtieron que los creechis habían esperado a que él no estuviera para dar el golpe, sabiendo que si él hubiera podido organizar la defensa habrían fracasado. Y algo bueno iba a resultar de todo esto. Harían lo que hubieran tenido que hacer desde el principio, limpiar el planeta de una vez por todas para que lo ocuparan los humanos. Ni el mismo Lyubov podía impedirles ya que terminasen con los creechis, cuando supieran que quien había encabezado la masacre era el niño mimado de Lyubov. Ahora, por un tiempo, habla que concentrarse en la tarea de exterminar las ratas; y podía ser, podía ser que le confiasen a él ese pequeño trabajo. En este momento hubiera podido sonreír. Pero se contuvo.

Allá abajo el mar era gris a la luz débil, y ante él se extendían las colinas de la isla, los bosques enmarañados de muchos arroyos, de muchas hojas, envueltos en la penumbra del atardecer.

2

Soplaba el viento, y las mil tonalidades del moho y el crepúsculo, los marrones y rojizos y los verdes pálidos cambiaban sin cesar en las alargadas hojas de los sauces. Espesas y rugosas, las raíces estaban cubiertas de un musgo verde a orillas de los arroyos, que fluían lentamente como el viento, demorados por suaves remolinos y falsos remansos, atascados en piedras y raíces, las ramas colgantes y hojarasca Id había ni un solo claro, ni un resquicio de luz traspasaba la espesura. Hojas y ramas, troncos y raíces —lo umbrío, lo complejo —invadían el viento, el agua, la luz del sol, el resplandor de las estrellas.

Debajo de las ramas, alrededor de los troncos y sobre las raíces corrían senderos pequeños, ninguno en línea recta, todos se desviaban ante un mínimo obstáculo, tortuosos como nervios. El suelo no era seco y compacto sino húmedo y esponjoso, producto de la colaboración de los seres vivos y la lenta, la morosa muerte de las hojas y los árboles; y en aquel fértil cementerio crecían árboles de treinta metros de altura, y hongos diminutos que brotaban en círculos de un centímetro de diámetro. Había un olor en el aire, sutil, variado y dulzón. El campo visual nunca era demasiado amplio, a menos que espiando a través del ramaje alguien alcanzara a divisar las estrellas. Nada era puro, seco, árido, llano. La Revelación no se conocía allí. Abarcarlo todo de una sola mirada era un imposible: ninguna certeza. Las tonalidades del moho y el crepúsculo seguían cambiando en las ramas colgantes de los sauces, y nadie hubiera podido decir si el color de las hojas era bermejo o verderrojizo, o verde.

Selver subía por un sendero en la orilla del agua; avanzaba lentamente y tropezaba a menudo con las raíces de los sauces. Vio a un anciano que dormía, y se detuvo. El anciano le miró a través de las largas hojas de los sauces y le vio en sus sueños.

—¿Puedo ir a tu Albergue, mi Señor Soñador? He recorrido un largo camino.

El anciano no se movió. Selver se sentó en cuclillas al lado del camino, junto al arroyo.

La cabeza le cayó sobre el pecho porque estaba exhausto y necesitaba dormir. Había andado durante cinco días.

—¿Vienes del tiempo-sueño o del tiempo-mundo? —le preguntó el anciano al cabo de un rato.

—Del tiempo-mundo.

—Ven conmigo entonces. —El anciano se levantó rápidamente y guió a Selver por el sinuoso sendero más allá de los sauces, hasta un paraje más seco y oscuro de robles y espinos —. Te tomé por un dios

—le dijo, adelantándose un paso —. Y me pareció que te había visto antes, tal vez en sueños.

—No en el tiempo-mundo. Vengo de Sornol. Nunca estuve aquí antes.

—Este pueblo es Cadast. Yo soy Coro Mena. Del Espino Blanco.

—Me llamo Selver. Del Fresno.

—Hay gente del Fresno entre nosotros, hombres y mujeres. También gente de vuestros clanes matrimoniales, Abedul y Acebo; no tenemos mujeres del Manzano. Pero tú no vienes en busca de mujer ¿verdad?

—Mi mujer ha muerto —dijo Selver.

Llegaron al Albergue de Hombres, en un terreno alto en medio de un plantío de robles jóvenes. Se agacharon y se arrastraron por el túnel de la entrada haba cruzarlo. Dentro, a la luz de la hoguera, el anciano se enderezó, pero Selver permaneció agachado, apoyado sobre las manos y rodillas, incapaz de levantarse. Ahora que tenía consuelo y ayuda al alcance de la mano, el cuerpo exhausto se negaba a dar un paso más. Se dejó caer en el suelo y se le cerraron los ojos, y se deslizó, con alivio y gratitud, en la gran oscuridad.

Los hombres del Albergue de Cadast cuidaron de él, y el curandero fue a atenderle la herida del brazo derecho. Esa noche, Coro Mena y el curandero Torber se sentaron junto al fuego. La mayoría de los otros hombres de Cadast pasaban la noche con sus mujeres; sólo había sentados en los bancos un par de jóvenes aprendices de soñadores, y ambos se habían quedado profundamente dormidos.

—No sé qué pudo haberle causado cicatrices como la de la cara —dijo el curandero—, y menos aún la que tiene en el brazo. Una herida muy extraña.

—También llevaba en el cinto una máquina rara —dijo Coro Mena.

—Yo la vi y no la vi.

—La puse debajo del banco. Parece de hierro pulido, pero no es obra de hombres.

—Viene de Sornol, te dijo.

Ambos permanecieron silenciosos un rato. Coro Mena sintió la presión de un miedo inexplicable, y se deslizó hacia el sueño para buscar la razón de ese miedo, pues era anciano y un adepto desde mucho tiempo atrás. En el sueño los gigantes caminaban, pesados, horrendos. Tenían miembros secos y escamosos y los llevaban envueltos en ropas; tenían ojos pequeños y claros, como cuentas de estaño. Detrás reptaban unas enormes cosas móviles de hierro pulido. Los árboles caían al paso de las máquinas.

De entre los árboles que caían salía corriendo un hombre gritando

desesperadamente, la boca ensangrentada. El sendero por el que corría llevaba al Albergue de Cadast.

—Bueno, no queda ninguna duda —dijo Coro Mena, deslizándose fuera del sueño —. Vino por el mar directamente de Sornol, o bien caminando desde la costa de Keime Deva en nuestro continente. Los gigantes están en los dos lugares, dicen los viajeros.

—Le seguirán —dijo Torber.

Ni el uno ni el otro respondió a la pregunta, que no era una pregunta sino la mera expresión de una posibilidad.

—¿ Viste a los gigantes una vez, Coro?

—Una vez —dijo el anciano.

Coro soñó; algunas veces, ya viejo y no tan fuerte como antaño, se echaba a dormir un rato. Llegó la mañana, pasó el mediodía. Alrededor del Albergue se preparaba una partida de caza, los niños gorjeaban, las mujeres hablaban con voces susurrantes como arroyuelos. Una voz más seca llamó a Coro Mena desde la puerta. Coro Mena salió arrastrándose por el túnel a la luz del atardecer. Allí fuera estaba su hermana, aspirando con placer la fragancia del viento, pero con la cara muy seria.

—¿Se ha despertado ya el extranjero, Coro?

—Todavía no. Torber le está cuidando.

—Tenemos que escuchar su historia.

—Sin duda pronto despertará.

Ebor Dendep frunció el ceño. Matriarca de Cadast, la suerte de su pueblo le preocupaba; pero no quería pedir que perturbasen el sueño de un hombre herido, ni ofender a los soñadores recordándoles que tenía derecho a entrar en el Albergue de los Hombres.

—¿No puedes despertarle, Coro? ¿Y si le estuvieran persiguiendo?

Coro Mena no podía contener las emociones de su hermana como contenía las propias, pero las sentía; la ansiedad de Ebor Dendep prendió en él.

—Si Torber lo permite, le despertaré —dijo.

—Trata de enterarte de las nuevas que trae, rápidamente. Ojalá fuera una mujer y hablase con sensatez…

El forastero había despertado espontáneamente, y yacía febril en la penumbra del Albergue. Los sueños des bocados del delirio desfilaban por delante de sus ojos. Se sentó, sin embargo, y habló con serenidad. Al escucharle, los huesos de Coro Mena parecieron encogérsele en el cuerpo, como si tratasen de rehuir esa historia terrible, ese suceso inaudito.

—Yo era Selver Thele, cuando vivía en Eshreth en Sornol. Mi ciudad fue arrasada por los yumenos cuando destruyeron los árboles. Yo y mi mujer Thele fuimos apresados, junto con otros. Ella fue violada por uno de ellos y murió. Yo ataqué al yumeno que la había

matado. El hubiera podido matarme en ese momento, pero otro de ellos me salvó la vida y me liberó. Me fui de Sornol, donde ningún poblado está ahora a salvo de los yumenos, y vine aquí, a la Isla Septentrional, y viví en la costa de Kelme Deva en los Bosques Bermejos. Y allí llegaron los yumenos y comenzaron a destrozar el mundo.

Destruyeron una ciudad, Penle. Capturaron un centenar de hombres y mujeres y los obligaron a trabajar para ellos, y a vivir en pocilgas. A mí no me capturaron. Yo vivía con otros que habían huido de Penle en los cenagales al norte de Kelme Deva. A veces, por la noche, iba a reunirme con mi gente en la pocilga de los yumenos. Ellos me dijeron que aquél estaba allí. Aquél a quien yo había tratado de matar. Al principio pensé en intentarlo de nuevo; o bien sacar a la gente del pabellón. Pero todo el tiempo veía árboles que se desplomaban y el mundo mutilado y putrefacto. Los hombres hubieran podido escapar, pero no las mujeres, estaban recluidas en sitios más seguros, y empezaban a morirse.

Hablé con la gente que se ocultaba allí en los cenagales. Todos sentíamos mucho miedo y una inmensa cólera, y no sabíamos cómo librarnos de tanta angustia. Por fin, después de largas conversaciones, y de mucho soñar, con un plan cuidadosamente preparado, fuimos allí a la luz del día y matamos a los yumenos de Kelme Deva con flechas y lanzas de caza, y quemamos la ciudad y las máquinas. No dejamos nada. Pero aquél no estaba allí. Regresó solo. Canté sobre él y le dejé en libertad.

Selver calló.

—Entonces… —murmuró Coro Mena.

—Entonces vino de Sornol una nave voladora, y nos buscó en el bosque, pero no encontró a nadie. Entonces incendiaron el bosque; pero llovió, y poco daño causaron. La mayoría de la gente que escapó de las pocilgas y los otros se han ido más lejos, al norte y al este, hacia las Colinas Holle, porque temíamos que muchos yumenos salieran a perseguirnos. Yo me marché solo. Los yumenos me conocen, sabes, conocen mi rostro; y eso me asusta, a mí y también a aquellos con quienes estoy.

—¿Qué herida es esa? —preguntó Torber.

—Aquél, él me hirió con el arma que ellos usan—, pero yo le vencí cantando y le dejé partir.

—¿Tú solo venciste a un gigante? —dijo Torber con una sonrisa cruel, deseando creer.

—Solo no. Con tres cazadores, y con el arma del yumeno en mi mano… ésta.

Torber se apartó de aquella cosa.

Ninguno de ellos habló durante un rato. Por último. Coro Mena

dijo: —Lo que nos cuentas es muy terrible y el camino desciende. ¿Eres un Soñador de tu Albergue?

—Era. Ya no hay un Albergue en Eshreth.

—Todo es una misma cosa; tú y yo hablamos la Antigua Lengua. Entre los sauces de Asta me hablaste por primera vez, llamándome Señor Soñador. Eso soy. ¿Tú sueñas, Selver?

—Rara vez ahora —respondió Selver, obediente al catecismo, bajando el rostro febril cubierto de cicatrices.

—¿Despierto?

—Despierto.

—¿Sueñas bien, Selver?

—No.

—¿Te caben los sueños en las manos?

—Sí.

—¿Los tejes y los modelas, los diriges y los sigues, los comienzas e interrumpes a voluntad?

—A veces, no siempre.

—¿Puedes recorrer el camino por el que va tu sueño?

—A veces. Otras me da miedo.

—¿A quién no? No todo es malo en ti, Selver —No, no todo es malo —dijo Selver—, no me queda nada bueno —y se estremeció.

Torber le dio la pócima de sauce para beber y le obligó a acostarse. Coro Mena no había transmitido aún la pregunta de la matriarca; lo hizo a regañadientes, arrodillándose junto al enfermo.

—¿Los gigantes, los yumenos como tú les llamas, te seguirán el rastro, Selver?

—No dejé rastros. Nadie me ha visto entre Kelme Deva y este lugar en seis días. Ése no es el peligro. —Trató de volver a sentarse —. Escucha, escucha. Tú no ves el peligro.

¿Cómo podrías verlo? Tú no has hecho lo que hice yo, nunca lo soñaste, dar muerte a doscientas personas. No me seguirán a mí, pero pueden seguirnos a todos. Perseguirnos, cazarnos como a conejos. Ése es el peligro. Pueden tratar de matarnos. De matarnos a todos, a todos los hombres.

—Acuéstate…

—No, no estoy delirando, esto es realidad y es sueño. Había doscientos yumenos en Kelme Deva y ahora están muertos. Los matamos nosotros. Los matamos como sí no fueran hombres. ¿No volverán y nos harán lo mismo? Venían matándonos uno a uno, ahora nos matarán como matan a los árboles, por centenares y centenares y centenares.

—Tranquilízate —dijo Torber —. Esas cosas suceden en los sueños febriles, Selver. No suceden en el mundo.

—El mundo siempre es nuevo —dijo Coro Mena —por muy viejas

que sean sus raíces.

Selver, ¿qué pasa entonces con esas criaturas? Parecen hombres y hablan como hombres. ¿No son hombres?

—No lo sé. ¿Acaso el hombre mata a otro hombre, excepto en un ataque de locura?

¿Acaso mata la bestia a los de su especie? Sólo los insectos. Estos yumenos nos matan con la misma indiferencia con que nosotros matamos víboras. El que me enseñó a mí decía que se matan unos a otros, en disputas individuales, y también en grupos, como las hormigas cuando pelean. Eso yo no lo he visto. Pero sé que no escuchan a quienes piden clemencia. Asestan el golpe de gracia sobre la cabeza agachada, ¡yo lo he visto! Hay en ellos la necesidad de matar, y por eso me pareció natural condenarlos a muerte.

—Y los sueños de todos los hombres —dijo Coro Mena, cruzado de piernas en la sombra —cambiarán. Nunca volverán a ser los mismos. Yo nunca volveré a recorrer ese sendero por el que vine contigo ayer, el camino que sube desde los sauces y que he recorrido toda mi vida. Ha cambiado. Tú pasaste por él, y ya no es el mismo. Antes de este día lo que teníamos que hacer era lo que correspondía hacer; el camino era el camino recto que nos traía a casa. ¿Dónde está ahora nuestro hogar? Porque tú has hecho lo que tenías que hacer, y no era lo recto. Tú has matado a hombres. Yo les vi, hace cinco años, en el Valle Lerngan, donde llegaron en una nave voladora; me escondí y observé a los gigantes, a seis de ellos, y les vi hablar, y mirar las rocas y las plantas, y cocinar alimentos. Son hombres. Pero tú has vivido entre ellos, Selver, dime: ¿sueñan?

—Como los niños, cuando duermen.

—¿No están iniciados?

—No. A veces hablan de sus sueños, y los curanderos tratan de utilizarlos en las curas, pero ninguno de ellos está iniciado, ni tiene ninguna capacidad para soñar. Lyubov, el que me instruyó, me comprendió cuando le expliqué cómo se sueña. Y sin embargo llamaba "real" al tiempo-mundo e "irreal" al tiempo-sueño, como si ésa fuese la diferencia.

—Tú has hecho lo que tenías que hacer —repitió Coro Mena después de un momento de silencio.

A través de las sombras encontró los ojos de Selver. La tensión desesperada en la cara de Selver cebó de pronto; la boca marcada se le distendió, y él se tumbó de espaldas sin decir más. Un momento después estaba dormido.

—Es un dios —dijo Coro Mena.

Torber asintió, aceptando casi con alivio el veredicto del anciano.

—Pero no como los otros. No como el Perseguidor, no como el Amigo que no tiene rostro, ni como la Mujer Hoja —de —Álamo que

camina en el bosque de los sueños. Ni como el Cancerbero, ni como la Serpiente. Ni como el Tocador —de —Lira o el Tallista o el Cazador, aunque como ellos viene del tiempo-mundo. Quizá hemos soñado a Selver en estos últimos años, pero ya no volveremos a soñarlo; ha salido del tiempo-sueño. Viene del bosque, a través del bosque, donde caen las hojas, donde mueren los árboles, un dios que conoce la muerte, un dios que mata y no renace.

La matriarca escuchó los relatos y las profecías de Coro Mena y actuó. Puso en estado de alerta al pueblo de Cadast, asegurándose de que cada familia estuviese lista para movilizarse, con algunos alimentos preparados, y parihuelas para los viejos y enfermos.

Envió a las mujeres jóvenes a explorar el sur y el este en busca de noticias de los yumenos.

Alrededor del pueblo mantenía siempre a un grupo de cazadoras armadas, aunque las otras salían como de costumbre noche tras noche. Y cuando Selver recobró un poco las fuerzas, insistió en que dejara el Albergue y narrara su historia: cómo los yumenos mataban y esclavizaban a la gente en Sornol, y mutilaban los bosques; cómo la gente de Kelme Deva había matado a los yumenos. Obligaba a las mujeres y a los hombres que no soñaban, que no comprendían estas cosas, a escucharlas de nuevo, hasta que las comprendían y sentían temor. Porque Ebor Dendep era una mujer práctica. Y si un Gran Soñador, su hermano, le decía que Selver era un dios, un reformador, un puente entre realidades, ella creía y actuaba. El Soñador tenía la responsabilidad de ser cuidadoso, estar seguro de que su veredicto era inequívoco. Y ella, la de asumir ese veredicto y actuar en consonancia. El veía lo que había que hacer; ella cuidaba de que se hiciera.

—Todas las ciudades del bosque tienen que escuchar —dijo Coro Mena.

Y la matriarca envió a jóvenes mensajeras, y las matriarcas de otros pueblos escucharon y enviaron mensajeras. La matanza de Kelme Deva y el nombre de Selver se conocieron en toda la Isla Septentrional y más allá de los mares en los otros continentes, de boca en boca, o por escrito, no muy rápidamente, pues el Pueblo de los Bosques no tenía medios más veloces que aquellas mensajeras, bastante rápidas sin embargo.

No todos eran un mismo pueblo en los Cuarenta Continentes del Mundo. Había más lenguas que regiones, y en cada una un dialecto diferente para cada pueblo; había infinitas ramificaciones de costumbres, morales, creencias, oficios; los tipos físicos eran distintos en cada uno de los cinco Grandes Continentes. Los de Sornol eran altos y pálidos, y grandes mercaderes; los de Rieshwel eran de corta estatura, de pelo a veces negro, y comían monos; y así sucesivamente. Pero el clima apenas variaba y tampoco el bosque, y el mar era

siempre el mismo. La curiosidad, las rutas regulares del comercio, y la necesidad de encontrar marido o mujer del árbol apropiado, mantenían un fluido movimiento de gente entre las poblaciones y entre los continentes, y había por lo tanto ciertos parecidos entre todos ellos excepto los de los confines más remotos, las semidesconocidas islas bárbaras del Lejano Este y el Lejano Sur. En los Cuarenta Continentes, quienes gobernaban las ciudades y los pueblos eran las mujeres, y casi todos los pueblos tenían un Albergue de Hombres. En los Albergues los Soñadores hablaban una lengua antigua, y ésta variaba poco de una rejón a otra. Casi nunca la aprendían las mujeres, ni los hombres que eran simples cazadores, pescadores, tejedores, constructores, y que sólo soñaban sueños pequeños fuera del Albergue. Como la mayor parte de las escrituras estaban en esta lengua antigua, cuando las matriarcas enviaban a las jóvenes mensajeras, las cartas iban de Albergue en Albergue, y eran los Soñadores quienes las interpretaban para las Ancianas, lo mismo que otros documentos, rumores, problemas, mitos y sueños. Pero siempre eran las Ancianas las que decidían si creer o no creer.

Selver estaba en Esbsen, en una habitación pequeña. La puerta no estaba trabada, pero sabía que si la abría algo maligno iba a entrar. Mientras la mantuviese cerrada todo iría bien. Pero allí fuera, había árboles jóvenes, un huerto frente a la casa; no eran árboles frutales, ni de los que daban nueces, eran árboles de alguna otra especie y Selver no recordaba cuál. Salió a ver qué árboles eran. Yacían despedazados, arrancados de raíz.

Alzó una rama plateada y del extremo roto brotó un poco de sangre.

—No, aquí no, no otra vez, Thele —dijo —. ¡Oh, Thele, ven a mí antes de morir!

Pero ella no vino. Sólo su muerte estaba allí, el abedul quebrado, la puerta abierta.

Selver se volvió y regresó de prisa a la casa, descubriendo que estaba construida sobre el nivel del suelo, como una casa yumena, muy alta y llena de luz. La otra puerta, en la pared opuesta de la alta habitación, daba a la larga calle de la ciudad yumena, Central.

Selver tenía el fusil en el cinto. Si Davidson venía, podría matarle. Esperó, detrás del umbral, con la puerta abierta, mirando el sol. Apareció Davidson, inmenso, corriendo.

Selver apenas podía seguirle con la mira del fusil, mientras Davidson zigzagueaba enloquecido por la ancha calle, muy rápido, cada vez más cerca. El fusil le pesaba. Selver disparó, pero no salió ningún fuego del fusil, y enfurecido y aterrorizado arrojó a lo lejos el fusil y el sueño.

Disgustado y deprimido, escupió y suspiró.

—¿Un mal sueño? —le preguntó Ebor Dendep.

—Todos son malos, y todos iguales —dijo Selver, pero mientras respondía se sintió menos angustiado, menos intranquilo Los fríos rayos del sol matutino se filtraban en manchas y dardos de luz a través del follaje menudo y las ramas del bosque de abedules de Cadast. Allí estaba sentada la matriarca, tejiendo una cesta de tallos de helecho negro, porque le gustaba tener los dedos ocupados, mientras a su Ido yacía Selver, en un semisueño o soñando. Hacía quince días que estaba en Cadast, y la herida ya se le había cerrado. Aún dormía largamente, pero por primera vez en muchos meses había empezado a soñar otra vez despierto, regularmente, no una o dos veces en un día y una noche sino con el pulso y el ritmo verdaderos del sueño, que se manifiesta y desaparece entre diez y catorce veces por día. Por malos que fueran los sueños, mero terror y vergüenza, los recibía con alegría.

Había temido estar definitivamente separado de sus raíces, haberse internado demasiado en las regiones muertas de la acción y no poder encontrar nunca más el camino de regreso a las fuentes de la realidad. Ahora, aunque el agua era muy amarga, volvía a beberla.

Por un instante, tuvo de nuevo a Davidson abatido entre las cenizas del campamento incendiado, y esta vez, en lugar de cantar sobre él, le golpeaba la boca con una piedra. A Davidson se le rompían los dientes, y la sangre le corría entre las esquirlas blancas.

El sueño le fue útil, la clara realización de un deseo, pero allí se detuvo, pues lo había soñado muchas veces, antes de encontrar a Davidson en las cenizas de Keime Deva, y después. Ese sueño sólo le aliviaba, nada más. Un sorbo de agua dulce. Era el agua amarga la que él necesitaba. Tenía que regresar, no a Kelme Deva sino a la calle larga y aterradora de la ciudad extraña llamada Central, donde había atacado a la Muerte, y donde había sido derrotado.

Ebor Dendep tarareaba mientras tejía. Las manos frágiles, de pelusa verde y sedosa plateada por la edad, entrelazaban los tallos negros de los helechos, diestras y veloces.

Entonaba una canción que hablaba de la recolección de los helechos, una canción de muchacha. “Estoy juntando helechos, me pregunto si él volverá…” La voz débil y vieja trinaba como un grillo. En las hojas de los abedules temblaba el sol. Selver apoyó la cabeza en los brazos.

El bosque de abedules estaba casi en el centro del pueblo de Cadast. Ocho senderos partían del pueblo y se alejaban entre los árboles serpenteando. Una vaharada de humo de leña flotaba en el aire; en el límite sur del bosque, allí donde las ramas raleaban se veía el humo que brotaba de una chimenea, como una hebra de hilo azul que se desenroscara entre las hojas. Si uno miraba atentamente entre

las encinas y otros árboles, descubría tejados que asomaban a poco más de medio metro del nivel del suelo, quizá unos cien o doscientos, era muy difícil contarlos. Las casas de madera estaban construidas bajo tierra en sus tres cuartas partes, incrustadas entre las raíces de los árboles como madrigueras de tejones. Una barda de ramas menudas, pinocha, cañas, humus, recubrían los techos de vigas. Eran aislantes, impermeables, y casi invisibles. El bosque y la comunidad de ochocientas personas continuaban sus quehaceres, todo alrededor del bosquecillo de abedules donde Ebor Dendep tejía una cesta de helechos.

Un pájaro entre las ramas encima de ella dijo "Ti-huit", dulcemente. Había más bullicio humano que de costumbre, porque cincuenta o sesenta forasteros, hombres y mujeres jóvenes en su mayoría, habían estado llegando en los últimos días, atraídos por la presencia de Selver. Algunos eran de otras ciudades del norte, otros eran los que habían ayudado a Selver en la matanza de Kelme Deva; le habían seguido hasta aquí guiados por los rumores. Sin embargo, las voces que llamaban aquí y allá y el parloteo de las mujeres que se bañaban o de los niños que jugaban a la orilla del arroyo, eran menos fuertes que el canto de las aves y el zumbido de los insectos en la mañana y los susurros del bosque vivo del que el pueblo era sólo un elemento.

Una muchacha llegó súbitamente, una joven cazadora del color de las hojas pálidas del abedul.

—Mensaje hablado de la costa sur, madre —dijo —. La mensajera está en el Albergue de Mujeres.

—Mándala aquí cuando haya comido —replicó con dulzura la matriarca —. Silencio, Tolbar, ¿no ves que está durmiendo?

La muchacha se inclinó a recoger una ancha hoja de tabaco silvestre y la puso sobre los ojos de Selver, en los que se había posado un rayo del sol empinado y brillante. Selver yacía con las manos entreabiertas, el rostro lastimado cubierto de cicatrices, mirando al sol, vulnerable e inocente, un Gran Soñador que se había quedado dormido como un niño. Pero era el rostro de la muchacha lo que Ebor Dendep observaba. Resplandecía, en esa penumbra inquieta, con piedad y terror, con adoración.

Tolbar escapó, veloz como una flecha. Poco después dos de las Ancianas llegaban con la mensajera, avanzando en fila, silenciosas por el sendero moteado de sol. Ebor Dendep levantó la mano, imponiendo silencio. La mensajera se tendió inmediatamente en el suelo, y descansó; tenía la piel verde, con vetas pardas, manchada de sudor y polvo; venía de muy lejos y había corrido mucho. Las Ancianas se sentaron en los sitios soleados, y se quedaron muy quietas. Como dos viejas piedras verdegrises, de ojos vivos y brillantes.

Selver dormía. Luchaba con una pesadilla que se escapaba. Gritó de terror y se despertó.

Fue a beber un poco de agua en el arroyo; cuando volvió, le seguían seis o siete de los que siempre le seguían. La matriarca dejó a un lado su labor a medio terminar y dijo: —Ahora sé bienvenida, mensajera, y habla.

La mensajera se puso de pie, saludó a Ebor Dendep con una inclinación de cabeza, y habló.

—Vengo de Trethat. Mi mensaje viene de Sorbron Deva, antes de eso los marineros del Estrecho, antes de eso de Brotor en Sornol. Es para los oídos de toda Cadast pero he de decírselo al hombre llamado Selver nacido del Fresno en Eshreth. líe aquí el mensaje: Hay nuevos gigantes en la gran ciudad de los gigantes en Sornol, y muchos de ellos son mujeres. La amarilla nave de fuego sube y baja en el lugar que se llamaba Peha. Se sabe en Sornol que Selver de Eshreth quemó la ciudad de los gigantes en Kelme Deva. Los Grandes Soñadores de los Exiliados de Brotor han soñado gigantes más numerosos que los árboles de los Cuarenta Continentes. Estas son todas las palabras de mi mensaje.

Después de escuchar el mensaje, todos callaron. El pájaro, un poco más lejos, dijo: "¿Huit-Huit?", experimentalmente.

—Este es un tiempo-mundo muy nefasto —dijo una Anciana frotándose una rodilla reumática.

Un pájaro gris voló desde un roble inmenso que marcaba el límite septentrional del pueblo, y ascendió en círculos, llevado por el viento de la mañana sobre alas perezosas.

Siempre había un árbol donde se aposentaban esos milanos grises en las cercanías de un poblado; eran el servicio de recolección de basura.

Un niñito gordo cruzó corriendo el bosquecillo de abedules, perseguido por una hermana apenas mayor, los dos chillando con vocecillas agudas como murciélagos. El niñito cayó de bruces y rompió a llorar, la niña lo levantó y le secó las lágrimas con una hoja grande. Se escabulleron bosque adentro tomados de la mano.

—Había uno que se llamaba Lyubov —le dijo Selver a la matriarca —. Le he hablado de él a Coro Mena, pero no a ti. Cuando aquel otro me estaba matando, fue Lyubov quien me salvó. Fue Lyubov quien me curó y me liberó. Quería saber de nosotros; y yo le respondía y él me respondía. Una vez le pregunté cómo podía sobrevivir la raza de él, teniendo tan pocas mujeres. Me dijo que en el lugar de donde vienen, la mitad son mujeres; pero los hombres no traerían a las mujeres a los Cuarenta Continentes hasta haberles preparado un lugar adecuado.

—¿Hasta que los hombres les preparen un lugar adecuado? ¡Vaya!

Tendrán que esperar bastante —dijo Ebor Dendep —. Son como la gente del Sueño del Olmo que se presentan de espaldas, con las cabezas al revés. Convierten el bosque en una playa seca. —La lengua de Ebor Dendep no tenía una palabra para "desierto" —. ¿Y a eso lo llaman preparar las cosas para las mujeres? Tendrían que haber enviado primero a las mujeres. Tal vez entre ellos sean las mujeres las que sueñan, ¿quién sabe? Son primitivos, Selver. Están locos.

—Un pueblo entero no puede estar loco.

—Pero sólo sueñan cuando duermen, dijiste; ¡si quieren soñar despiertos toman venenos y no pueden gobernar lo que sueñan! ¡No puede haber locura mayor! No saben distinguir el tiempo-sueño del tiempo-mundo, no más que un bebé. ¡Tal vez cuando matan a un árbol creen que volverá a vivir!

Selver meneó la cabeza. Seguía hablando con la matriarca como si estuviesen solos en el bosque de abedules, en voz baja y vacilante, casi soñolienta.

—No, saben muy bien lo que es la muerte… Claro que no ven como vemos nosotros, pero de ciertas cosas saben y entienden más que nosotros. Lyubov sobre todo, entendía lo que yo le explicaba. Y mucho de lo que él me decía, yo no podía comprenderlo. No era la lengua lo que me impedía comprender; yo conozco la lengua de Lyubov y él aprendió la nuestra; escribimos un vocabulario de nuestras dos lenguas. Sin embargo, él decía algunas cosas que nunca pude entender. Decía que los yumenos vienen de más allá del bosque. Eso es perfectamente claro. Decía que ellos quieren el bosque: los árboles por la madera, la tierra para cubrirla de hierba. —La voz de Selver, aunque siempre baja, era ahora resonante; la gente que iba y venía entre los árboles plateados escuchaba —. Esto también es claro, para aquellos de nosotros que les han visto mutilar el mundo. Decía que los yumenos son hombres como nosotros, que en realidad somos parientes cercanos, tan cercanos quizá como el gamo y el ciervo. Decía que venían de otro lugar que no es el bosque; allí todos los árboles han sido arrancados; tienen un sol, no nuestro sol, que es una estrella. Todo esto, como entenderás, no era claro para mí.

Repito las palabras pero no sé qué significan. No tiene demasiada importancia. Lo que está claro es que quieren para ellos nuestros bosques. Tienen el doble de nuestra estatura, tienen armas muy superiores a las nuestras, y lanzafuegos, y naves voladoras.

Ahora han traído más mujeres, y tendrán hijos. Hay unos dos mil, quizá tres mil, la mayoría en Sornol. Pero dentro de una o dos generaciones se habrán reproducido, se habrán duplicado o cuadruplicado. Matan a hombres y mujeres; no perdonan a quienes piden clemencia. No saben cantar en las peleas. Han dejado sus raíces en otra parte, tal vez, en ese otro bosque de donde ellos vienen, ese

bosque sin árboles. Por eso toman venenos para poder soñar, pero sólo consiguen embriagarse o enfermar. Nadie puede saber con certeza si son hombres o no lo son, si están cuerdos o locos, pero eso no importa. Hay que expulsarles del bosque, porque son peligrosos. Si no quieren irse habrá que quemar todas esas ciudades, así como hay que quemar los nidos de las hormigas dañinas en los bosques de las ciudades. Si no hacemos nada, seremos nosotros los que moriremos en el fuego. Pueden aplastarnos como nosotros aplastamos a las hormigas.

Una vez vi a una mujer, fue cuando incendiaron la ciudad de Eshretr, estaba de bruces en el sendero a los pies de un yumeno, pidiendo que no la matara, y él le pisoteó la espalda y le rompió el espinazo, y luego la pateó a un costado como si fuese una víbora muerta.

Yo lo vi. Si los yumenos son hombres son hombres ineptos, incapaces de soñar y de actuar como tales. Por eso mismo van de un lado a otro, atormentados, y destruyendo y matando, impulsados por los dioses que llevan dentro, esos dioses que no quieren liberar y que ellos tratan de destruir y negar. Si son hombres, son hombres malvados, que han renegado de sus propios dioses, y que temen verse las caras en la oscuridad. Matriarca de Cadast, escúchame. —Selver se puso de pie, alto y violento entre las mujeres acuclilladas —. Ha llegado la hora, creo, de que vuelva a mi tierra, a Sornol, a aquellos que están en el exilio y a los que están esclavizados. Diles a todos los que sueñen con una ciudad en llamas que me sigan hasta Brotor.

Saludó a Ebor Dendep con una leve reverencia, y salió del bosque de los abedules, todavía cojeando, con el brazo vendado; sin embargo, había una agilidad en su paso, una arrogancia en la posición de la cabeza que lo hacía parecer más sano que otros hombres.

Los jóvenes fueron detrás de él en silencio.

—¿Quién es? —preguntó la mensajera de Trethat, siguiéndole con la mirada.

—El hombre a quien venía destinado tu mensaje, Selver de Eshreth, un dios entre nosotros. ¿Habías visto alguna vez a un dios, hija?

—Cuando yo tenía diez años el Tocador de Lira vino a nuestro pueblo.

—El Viejo Ertel, sí. Era de mi Árbol, y de los Valles Septentrionales, lo mismo que yo.

Bueno, ahora hemos visto otro dios, y más grande. Háblales de él a los tuyos en Trethat.

—¿Qué dios es, madre?

—Un dios nuevo —dijo Ebor Dendep con su voz vieja y seca —. El hijo del bosque de fuego, el hermano de los asesinados. El es el

hombre que no ha renacido. Ahora marchaos, todas, id al Albergue. Ved quiénes irán con Selver, ocupaos de que lleven alimentos. Dejadme un rato a solas. Estoy colmada de presentimientos como un viejo estúpido necesito soñar…

Coro Mena acompañó a Selver esa noche hasta el lugar donde se habían encontrado por primera vez, bajo los sauces cobrizos a la orilla del arroyo. Muchos eran los que seguían a Selver al sur, unos sesenta en total, y eran pocos los que habían visto en marcha una muchedumbre semejante. Había mucha agitación y atraían a otros, mientras se encaminaban al mar que les llevaría a Sornol. Selver había solicitado esa noche el privilegio de soledad de los Soñadores y se había adelantado a los demás, que le alcanzarían por la mañana. A partir de ese momento, inmerso en la multitud y obligado a actuar, poco tiempo tendría para el lento y profundo fluir de los grandes sueños.

—Aquí nos encontramos por primera vez —dijo el anciano, deteniéndose entre las ramas contadas, los velos de hojas colgantes—, y aquí nos separamos. Este lugar será llamado el Bosque de Selver, sin duda, por los que de hoy en adelante recorran nuestros caminos.

Selver no respondió en seguido de pie e inmóvil como un árbol. Alrededor, las hojas inquietas y plateadas se oscurecían, cuando las nubes se agolpaban ocultando las estrellas.

—Tú estás más seguro de mí que yo mismo —dijo por último, una voz en la oscuridad.

—Sí, estoy seguro, Selver… Fui bien instruido en sueños, y soy viejo por añadidura. Ya es muy poco lo que sueño para mí, ¿y cómo podría ser de otro modo? Pocas cosas me parecen nuevas. Y lo que anhelaba en mi vida lo he tenido, y con creces. He tenido toda mi vida. Días como las hojas del bosque. Soy un viejo árbol hueco; sólo las raíces siguen vivas. Por eso sólo sueño lo que sueñan todos los hombres. No tengo visiones ni deseos.

Veo lo que es. Veo el fruto que madura en la rama. Durante cuatro años ha estado madurando, ese fruto del árbol de raíces profundas. Durante cuatro años todos hemos vivido atemorizados, incluso nosotros, los que vivimos lejos de las ciudades de los yumenos, y sólo les hemos espiado desde algún escondrijo, o hemos visto cómo las naves se elevaban en el aire, o hemos contemplado los lugares muertos donde mutilan el mundo, o sólo hemos oído historias de todas estas cosas. Todos tenemos miedo. Los niños se despiertan gritando y hablan de los gigantes; las mujeres no quieren hacer viajes demasiado largos; los hombres de los Albergues no pueden cantar. El fruto del miedo está madurando. Y yo te veo recogiéndolo. Tú lo cosecharás. Todo cuanto nosotros tememos ver, tú ya lo has visto, lo has conocido: el exilio, la vergüenza, el dolor; has visto caer los techos y las paredes

del mundo, la madre muerta en desgracia, los hijos sin educación, desamparados… Ésos son tiempos nuevos para el mundo, tiempos nefastos.

Y tú lo has padecido todo. Has llegado hasta el límite. Y en el límite, al final del negro sendero, allí crece el Árbol. Allí madura el fruto; ahora tú extiendes la mano, Selver, ahora lo tomas. Y el mundo cambia por completo, cuando un hombre tiene en la mano el fruto de ese árbol, ese árbol cuyas raíces son más profundas que el bosque. Los hombres lo reconocerán. Te reconocerán a ti, como te reconocimos nosotros. ¡No es necesario ser un anciano o un Gran Soñador para reconocer a un dios! Donde tú vayas, el fuego arderá; sólo los ciegos no podrán verlo. Pero escucha, Selver, esto es lo que yo veo y que acaso otros no vean, y por eso te he amado: soñé contigo antes de que nos encontrásemos aquí. Tú ibas caminando por un sendero, y los árboles jóvenes crecían a tu paso, el roble y el abedul, el sauce y el acebo, el abeto y el pino, el aliso, el olmo, el fresno de flores blancas, todo el techo y las paredes del mundo reverdecidos para siempre. Ahora adiós, amado dios e hijo, que la suerte te acompañe.

La noche se oscurecía a medida que Selver avanzaba, hasta que sus ojos, que veían en las tinieblas, no vieron nada más que masas y planos de oscuridad. Empezó a llover.

Se había alejado apenas algunos kilómetros de Cadast cuando se dio cuenta que tenía que encender una antorcha o detenerse. Eligió detenerse, y a tientas encontró un refugio entre las raíces de un castaño. Allí se sentó, la espalda contra el ancho y retorcido tronco, que conservaba todavía un poco de calor del sol. La fina lluvia, invisible en la oscuridad, repicaba suave, cadenciosa, contra el techo de hojas, contra los brazos y el cuello y la cabeza de Selver, protegidos por la espesa pelambrera sedosa, contra el suelo y las matas de los helechos cercanos, contra todo el follaje del bosque, próximo y distante.

Selver estaba sentado, tan quieto como el búho gris posado en una rama del castaño, insomne, los ojos muy abiertos en la lluviosa oscuridad.

3

El capitán Raj Lyubov tenía dolor de cabeza. Había comenzado como una molestia en los músculos del hombro derecho; después había crecido hasta convertirse en un concierto de tambores aplastante sobre el oído. Los centros del lenguaje están en la corteza cerebral izquierda, pensó, pero él no lo hubiera asegurado. No podía hablar, ni leer, ni dormir, ni pensar. Corteza, vórtice. Migraña de dolor de cabeza, margarina de dolor de pan, olí, olí, olí. Por supuesto, le habían curado la jaqueca, una vez en la Universidad y otra durante las sesiones de Psicoterapia Profiláctica Militar obligatorias, pero se había llevado algunas píldoras de ergosmina de la Tierra como precaución. Había tomado dos, y un anestésico y un tranquilizante, y una gragea digestiva para contrarrestar la cafeína que contrarrestaba la ergotamina, pero la barrena seguía agujereándole desde dentro, justo por encima de la oreja derecha, al compás de un tambor gigante. Barrena, pena, oh Dios. Líbranos Señor. Medio kilo de hígado. ¿Qué harían los athshianos contra la jaqueca? Ellos no podían tener jaqueca, cuando soñaban despiertos ahuyentaban las tensiones una semana antes que apareciesen. Prueba, prueba a soñar despierto.

Empieza como Selver te enseñó. Aunque no sabía nada de electricidad ni podía comprender los principios del EEG, ni tampoco había oído hablar de las ondas alfa y cuándo aparecen, Selver dijo: "Ah, sí, se refiere a esto", y en el aparato que registraba el funcionamiento de la cabecita verde aparecieron los inconfundibles garabatos alfa; y en una clase de apenas media hora le había enseñado a Lyubov cómo provocar e interrumpir los ritmos alfa. Y no era nada difícil en realidad. Pero no ahora, el mundo nos abruma demasiado, olí, olí, olí, sobre la oreja derecha escucho siempre la carroza alada del Tiempo que se acerca veloz, pues anteayer los athshianos incendiaron Campamento Smith y mataron a doscientos hombres. Doscientos siete, para ser exacto. Todos, excepto el capitán. No era extraño que las píldoras no pudiesen llegar al centro de la jaqueca, porque dos días atrás estaba en una isla a trescientos kilómetros de distancia. Del otro lado de las colinas y lejos. Cenizas, cenizas, todo destruido. Y entre las cenizas, todo lo que sabía de las Formas de Vida Inteligentes en Mundo 41. Polvo, basura, un embrollo de datos falsos y falsas hipótesis. Casi cinco años aquí y había estado convencido de que los athshianos eran incapaces de matar a hombres de cualquier especie. Había escrito largos informes para explicar cómo y por qué los athshianos no podían matar. Todo equivocado.

Falso del principio al fin.

¿Qué se le había escapado?

Era casi hora de ir a la reunión en el Cuartel General. Lyubov se levantó con cautela, desplazándose como una sola mole para que el costado derecho de la cabeza no se le cayese; se acercó a su escritorio con el andar de un hombre que camina bajo el agua, se sirvió un trago de vodka, producción común, y se lo bebió. El alcohol le dio la vuelta como un guante: le puso de nuevo en contacto con el exterior, le normalizó. Se sintió mejor.

Salió, e incapaz de soportar los traqueteos de la motocicleta, empezó a caminar por la larga y polvorienta calle principal de Centralville hacia el Cuartel General. Al pasar por el Luau pensó con avidez en otro vodka; pero en ese momento entraba el capitán Davidson y Lyubov no se detuvo.

La gente del Shackleton ya estaba reunida en la sala de conferencias. El comandante Yung, a quien Lyubov conocía de antes, había bajado con algunas caras nuevas esta vez.

No llevaban el uniforme de la Armada. Al cabo de un momento se dio cuenta con un ligero sobresalto de que eran humanos no terrícolas. En seguida, intentó que se los presentaran. Uno de ellos, el señor Or, era un cetiano peludo, de color gris, bajo y serio; el otro, el señor Lepennon, era alto, blanco y bien parecido: un hainiano. Saludaron a Lyubov con interés, y Lepennon le dijo: —Acabo de leer su trabajo sobre el control consciente del sueño paradójico entre los athshianos, doctor Lyubov.

Era un comentario agradable. Y también lo era que le llamasen por su bien merecido título de doctor. Por su conversación, parecía que los extraterrestres habían estado en la Tierra, y que podían ser expertos en esvis o algo parecido; pero el comandante, al presentárselos, no lo había mencionado.

La sala se iba llenando. Llegó Gosse, el ecologista de la colonia, y también los oficiales; y el capitán Susun, director de Desarrollo Planetario —operativo talado —cuyo cargo, igual que el de Lyubov, era un invento necesario para la tranquilidad de espíritu de los militares. El capitán Davidson entró solo, apuesto y erguido, el rostro enjuto de facciones marcadas, sereno y un tanto serio. Había guardias custodiando todas las puertas. Todos los señorones del Ejército estaban tiesos como estacas. La conferencia era, lisa y llanamente, una investigación. ¿Quién tenía la culpa? Yo, yo tengo la culpa, pensó Lyubov con desesperación, pero esa misma desesperación le llevó a mirar hacia la mesa al capitán Davidson con odio y desprecio.

El comandante Yung habló con voz muy tranquila.

—Como ustedes saben, señores, mi nave se detuvo aquí, en Mundo 41 para bajarles un nuevo cargamento de colonas, y nada más; el destino del Shackleton es Mundo 88, Prestno, uno de los planetas del Grupo Hainiano. SI embargo este ataque a un campamento de

avanzada, desencadenado durante nuestra larga permanencia aquí, no puede su ignorado; sobre todo a la luz de ciertas circunstancias de las que se informará un poco más adelante, en el curso normal de los acontecimientos. El hecho es que el status del Mundo 41 como Colonia Terráquea está en estos momentos en discusión, y la masacre del campamento podría precipitar las decisiones de la Administración Colonial.

Naturalmente, las decisiones que nosotros podamos adoptar tienen que ser tomadas en seguida, pues no puedo retener aquí mi nave durante mucho tiempo. Ahora bien, antes que nada, deseamos estar seguros de que los hechos pertinentes son de conocimiento de todos. El informe del capitán Davidson sobre los sucesos de Campamento Smith fue grabado y escuchado por todos nosotros en la nave; ¿lo han escuchado también todos ustedes? Muy bien. Si alguno de ustedes desea preguntarle algo al capitán Davidson, adelante. Yo, personalmente, tengo una pregunta. Usted volvió al solar del campamento al día siguiente, capitán Davidson, en un helicóptero grande y acompañado por seis soldados; ¿tenía usted permiso de algún superior aquí en Central?

Davidson se puso de pie.

—Lo tenía, señor.

—¿Estaba usted autorizado para aterrizar e incendiar el bosque próximo al campamento?

—No, señor.

—Y sin embargo lo hizo.

—Sí, señor. Estaba tratando de que los creechis salieran del bosque. —Muy bien.

¿Señor Lepennon?

El alto hainiano se aclaró la voz.

—Capitán Davidson —dijo—, ¿cree usted que la gente que trabajaba bajo sus órdenes en Campamento Smith estaba contenta en general?

—Sí, lo creo.

La actitud de Davidson era firme y directa; el hecho de que se encontrara en dificultades no parecía molestarle. Por supuesto, estos oficiales de la Armada y esos extranjeros no podían obligarle a nada. De la pérdida de doscientos hombres y de las represalias que él había tomado sin autorización, no tenía que responder ante nadie, excepto al coronel. Pero el coronel estaba allí, escuchando.

—¿Quiere decir, entonces, que estaban bien alimentados, alojados decentemente, sin demasiado trabajo, en la medida en que esto es posible en un campamento de frontera?

—Sí.

—¿La disciplina era muy rigurosa?

—No.

—¿Qué opina usted, entonces? ¿Qué provocó la rebelión?

—No comprendo.

—Si no había descontentos, ¿por qué unos masacraron a los otros y lo destruyeron todo?

Hubo un preocupado silencio.

—Si se me permite una breve intervención —dijo Lyubov—, fueron los esvis nativos, los athshianos empleados en el campamento y los que habitaban en el bosque quienes atacaron a los humanos terrícolas. En su informe el capitán Davidson se refiere a los athshianos como los "creechis".

Lepennon parecía molesto y ansioso.

—Gracias, doctor Lyubov. Quiere decir que me equivoqué de medio a medio. A decir verdad, supuse que la palabra "creechi" aludía a una casta terrícola que desempeñaba tareas menores en los campamentos de leñadores. Creyendo, como todos nosotros, que los athshianos eran una especie intermedia no agresiva, nunca pensé que ellos fueran "los creechis". En realidad, tampoco sabía que cooperaban con ustedes en los campamentos. De todos modos, sigo ignorando qué pudo provocar el ataque y el motín.

—No lo sé, señor.

—¿Cuando el capitán dijo que la gente que trabajaba bajo sus órdenes estaba contenta, incluía también a los nativos? —preguntó Or, el cetiano, en un áspero murmullo.

El hainiano entendió enseguida, y le preguntó a Davidson, con voz Preocupada y cortés: —¿Cree usted que los athshianos que vivían en el campamento estaban contentos?

—Hasta donde yo sé.

—¿No había nada fuera de lo común en la situación de esta gente, o en el trabajo que hacían?

Lyubov sintió cómo se elevaba la tensión, una vuelta de tuerca, en el coronel Dongh y la plana mayor, y también en el comandante de la astronave. Davidson se mantenía tranquilo y desenvuelto.

—Nada fuera de lo común.

Lyubov sabía ahora que sólo sus estudios científicos habían sido enviados al Shackleton; las protestas, y hasta los informes anuales acerca de la "Adaptación de los Nativos a la Presencia Colonial" pedidos por la Administración, habían quedado arrinconados en el cajón de algún escritorio del cuartel general. Estos dos humanoides no terráqueos desconocían por completo la forma en que se explotaba a los atlishianos. El comandante Yung estaba enterado, desde luego; no era la primera vez que bajaba, y habría visto las pocilgas de los creechis. De todos modos un comandante de la Armada Colonial no tenía mucho que aprender sobre las relaciones entre los terráqueos y

las especies nativas inteligentes. Aprobase o no la política de la Administración Colonial, poco o nada podía sorprenderle. Pero un cetiano y un hainiano ¿qué podían saber, a menos que la casualidad los trajese a una colonia terráquea mientras iban a alguna otra parte? Lévennos y Or no habían tenido nunca la intención de bajar. O quizá no habían pensado bajar, pero al enterarse de los disturbios, ellos mismos habían insistido. ¿Por qué les había traído el comandante: por iniciativa propia o porque ellos lo habían querido así? Quienesquiera que fuesen había en ellos un aura de autoridad, una vaharada del áspero, embriagador olor del poder. El dolor de cabeza de Lyubov había desaparecido como por encanto, se sentía alerta y excitado, las mejillas un tanto acaloradas.

—Capitán Davidson —dijo—, tengo un par de preguntas, a propósito de su enfrentamiento de anteayer con los cuatro nativos. ¿Está usted seguro de que uno de ellos era Sam, o Selver Thele?

—Creo que sí.

—Usted no ignora que él está resentido contra usted.

—No sé nada.

—¿No lo sabe? La mujer de Selver murió en las habitaciones de usted inmediatamente después de una relación sexual, y él le considera responsable de esa muerte, ¿no lo sabía usted? Selver le atacó una vez, antes, aquí en Centralville; ¿lo había olvidado? Y bien, lo cierto es que el odio personal de Selver hacia el capitán Davidson puede servir como explicación o motivación parcial de este ataque sin precedentes. Los atlishianos no son incapaces de utilizar la violencia personal, nunca afirmé nada semejante. Los adolescentes que no han dominado aún el sueño controlado o el canto competitivo suelen luchar entre ellos, o pelearse a puñetazos, y no siempre amistosamente. Pero Selver es un adulto y un adepto; y, su primer ataque personal al capitán Davidson, que yo presencié en parte, era sin lugar a dudas una tentativa de asesinato. Como lo fue, dicho sea de paso, la represalia del capitán Davidson. En ese momento, consideré el ataque como un episodio psicótico aislado, producto de un dolor compulsivo e incontenible. Me equivoqué.

Capitán, cuando los cuatro atlishianos se abalanzaron sobre usted desde un lugar oculto, corno dice usted en el informe, ¿quedó postrado en el sumo?

—Sí.

—¿En qué posición?

El rostro sereno de Davidson se puso tenso y rígido, y Lyubov sintió una punzada de remordimiento. Quería acorralar a Davidson en sus mentiras, obligarle a decir la verdad alguna vez, pero no quería humillarle en presencia de otros. Las acusaciones de violación y asesinato corroboraban la imagen que Davidson tenía de sí mismo, la

del hombre totalmente viril, pero ahora esa imagen estaba en peligro: Lyubov había presentado al soldado, el luchador, el hombre frío y rudo, derribado por enemigos de la talla de un niño de seis años… ¿Tanto le costaba a Davidson, entonces, recordar aquel momento en que tendido en el suelo miraba por una vez desde abajo a los hombrecillos verdes, no desde arriba?

—Estaba boca arriba.

—¿Tenía la cabeza echada hacia atrás, o vuelta hacia un costado?

—No lo sé.

—Estoy tratando de establecer un hecho, capitán, un hecho que podría contribuir a explicar por qué Selver no le mató, pese a que tenía una cuenta pendiente con usted y que pocas horas antes había ayudado a matar a doscientos hombres. Me preguntaba si usted habrá estado echado por ventura en una el tras posiciones atlishianas que obligan al adversario a interrumpir el ataque.

—No lo sé.

Lyubov paseó una mirada rápida alrededor de la mesa de conferencias; en todos los rostros había una curiosidad y cierta tensión.

—Esos gestos y posiciones que previenen la agresión, pueden tener alguna raíz innata, pueden ser provocados por el instinto de supervivencia, y por supuesto se enseñan, pero se los fomenta y se los propaga socialmente. La más eficaz y la más completa es una posición postrada, decúbito dorsal, con los ojos cerrados, la cabeza volcada hacia atrás, exponiendo la garganta. Creo que un atlishiano de las culturas locales sería incapaz de golpear a un enemigo en esa posición. La cólera y la agresión tendrían que ser descargadas de algún otro modo. ¿Cuando fue derribado, Selver no cantó, por casualidad?

—¿No qué?

—No cantó.

—No lo sé.

Bloqueo. Nada que hacer. Lyubov estaba a punto de encogerse de hombros y abandonar la partida, cuando el cetiano preguntó: —¿Por qué, señor Lyubov?

La característica más fascinante del desapacible temperamento cetiano era la curiosidad, una curiosidad inoportuna e inagotable; los cetianos se morían de impaciencia, siempre queriendo ver lo que había después.

—Vea usted —dijo Lyubov—, los atlishianos utilizan una especie de canto ritual en sustitución de la lucha física. También éste es un fenómeno social universal que puede tener bases fisiológicas, aunque es muy difícil definir algo como “innato” en los seres humanos. Aquí, sin embargo, todos los primates superiores participan en torneos vocales entre dos machos, mucho aullido y mucho silbido; al fin, el

macho vencedor puede asestarle al otro un puñetazo, pero en general se limitan a pasar una hora o algo así tratando de descubrir quién chilla más fuerte. Los propios athshianos advierten la semejanza de esta costumbre de los primates con sus propios concursos de canto, que también se disputan exclusivamente entre machos; pero como ellos mismos observan, esos concursos no son una simple descarga de agresividad, sino una forma de arte. El mejor artista gana. Lo que me preguntaba era si Selver había cantado sobre el capitán Davidson, y en ese caso, si cantó porque no podía matarle, o porque prefirió una victoria sin derramamiento de sangre. Estas preguntas necesitan ahora respuestas bastante urgentes.

—Doctor Lyubov —dijo Lepennon—, ¿en qué medida son eficaces estos mecanismos de canalización de la agresividad? ¿Son universales?

—Entre los adultos, sí. Así lo manifiestan mis informantes, y todas mis observaciones parecían corroborarlo, hasta anteayer. La violación, la agresión violenta y el asesinato no existen virtualmente entre ellos. Hay accidentes, por supuesto. Y hay psicóticos, pero no muchos.

—¿Qué hacen con los psicóticos peligrosos?

—Los aíslan. Literalmente. En islas pequeñas.

—Los athshianos son carnívoros. ¿Cazan animales?

—La carne es un alimento común.

—Asombroso —dijo Lepennon, y su tez blanca palideció aún más de pura excitación —. ¡Una sociedad humana con una barrera eficaz contra la guerra! ¿Y a qué costo, doctor Lyubov?

—No estoy seguro, señor Lepennon. Quizá a expensas del cambio. Son una sociedad estática, estable, uniforme. No tienen historia. Perfectamente integrada y absolutamente inmóvil. Pero esto no significa que no sean capaces de adaptarse.

—Señores, todo esto es muy interesante, sobre todo para los especialistas, sin duda, pero puede no tener mucha relación con lo que estamos tratando…

—No, discúlpeme, coronel Dongh, quizá éste sea el centro de la cuestión. ¿Decía, doctor Lyubov?

—Bueno, me pregunto si no están demostrando que pueden adaptarse, ahora.

Adaptando su comportamiento al nuestro. A la Colonia Terráquea. Durante cuatro años se han comportado con nosotros como se comportan entre ellos. A pesar de las diferencias físicas, nos reconocieron como miembros de la misma especie, como hombres. Sin embargo, nosotros no les respondimos como miembros de esa especie. Hicimos caso omiso de las respuestas, los derechos y las obligaciones de la no violencia. Hemos matado, violado, dispersado y esclavizado a los humanos nativos, hemos destruido sus comunidades, y talado sus bosques. No sería sorprendente que hayan llegado a la conclusión de

que no somos humanos.

—Y que por lo tanto pueden matarlos, como animales, sí, sí —dijo el cetiano, disfrutando de la lógica; pero la cara de Lepennon era como de piedra, imperturbable, y blanca.

—¿Esclavizado? —dijo.

—Las opiniones y teorías del capitán Lyubov son personales —dijo el coronel Dongh —. Tengo la obligación de declarar que me parecen erróneas, y él y yo ya lo hemos discutido muchas veces con anterioridad. Nosotros no empleamos esclavos, señor. Algunos de los nativos cumplen funciones útiles en nuestra comunidad. El Cuerpo Voluntario de Mano de Obra Autóctona es parte integrante de todos los campamentos, excepto los temporarios.

Disponemos aquí de muy escaso personal para llevar a cabo nuestras tareas y necesitamos obreros y empleamos todos los que podemos conseguir, pero de ninguna manera en condiciones que pudieran llamarse de esclavitud.

Lepennon estaba a punto de hablar, pero le cedió la palabra al cetiano, quien dijo solamente: —¿Cuántos de cada raza?

Gosse replicó: —Dos mil seiscientos cuarenta y un terráqueos, ahora. Lyubov y yo pensamos que la población nativa de esvis es de alrededor de tres millones.

—¡Tendrían que haber tomado en cuenta esas estadísticas, señores, antes de alterar las tradiciones nativas! —dijo Or, con una sonrisa desagradable pero perfectamente genuina.

—No nos faltan armas ni equipos para resistir cualquier tipo de agresión por parte de los nativos —dijo el coronel —. Sin embargo, todos parecían estar de acuerdo; tanto las primeras Misiones Exploradoras como nuestro equipo de especialistas dirigido por el capitán Lyubov: los neotahitianos serían una especie primitiva inofensiva y amante de la paz. Es obvio ahora que esta información era errónea…

Or interrumpió al coronel.

—¡Obvio! ¿Considera usted que la especie humana es primitiva, inofensiva y amante de la paz, coronel? No. ¿Pero sabía que los esvis de este planeta son humanos? ¿Tan humanos como usted o yo o Lepennon… ya que todos descendemos de la misma cepa hainiana original?

—Esa es la teoría científica, lo sé…

—Coronel, es la verdad histórica.

—No estoy obligado a aceptarla como un hecho —dijo el viejo coronel montando en cólera —y no me gusta que me atribuyan cosas que no he dicho. Lo importante es que estos creechis miden un metro de estatura, están cubiertos de piel verde, no duermen y según mi criterio no son seres humanos.

—Capitán Davidson —dijo el cetiano—, ¿usted considera humanos a los esvis nativos, o no?

—No lo sé.

—Pero usted tuvo relaciones sexuales con una… la mujer de ese Selver. ¿Tendría usted relaciones sexuales con un animal? ¿Y qué opina el resto de ustedes? —Miró uno tras otro al congestionado coronel, a los ceñudos comandantes, a los lívidos capitanes, a los rastreros especialistas —. No han pensado las cosas a fondo — concluyó. De acuerdo con sus propios criterios, era un insulto brutal.

El comandante del Shackleton sacó al fin algunas palabras del abismo de embarazoso silencio.

—Bien, señores, la tragedia de Campamento Smith está por cierto íntimamente ligada con todo el problema de las relaciones entre colonos y nativos, y no es de ningún modo un episodio insignificante o aislado. Esto es lo que teníamos que establecer. Y siendo éste el caso, creo que podemos aliviar los problemas de ustedes. La finalidad principal de nuestro viaje no era traer aquí un par de centenares de muchachas, aunque sé que Es han evado esperando, sino llegar a Prestno, donde ha habido alguna dificultad, y entregarle al gobierno un ansible. Es decir, un transmisor CID.

—¿Qué? —dijo Sereng, un ingeniero.

Alrededor de la mesa, todas las miradas parecían hipnotizadas.

—El que tenemos a bordo es un modelo antiguo, y cuesta aproximadamente una renta planetaria anual. Esto, por supuesto, hace veintisiete años de tiempo planetario, cuando partimos de la Tierra. Hoy los fabrican en serie, y son relativamente económicos: parte del equipo normal de las naves de la Armada. A su debido tiempo una nave robot o tripulada vendrá hasta aquí para traerles el que corresponde a la colonia. En realidad, será una nave tripulada de la Administración, que ya está en camino, y llegará aquí dentro de nueve punto cuatro años terrestres, si mal no recuerdo.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó alguien, enfrentándose al comandante Yung.

—Por el ansible, el que tenemos a bordo —respondió sonriendo el comandante —. Señor Or, ustedes inventaron el instrumento, ¿podría explicárselo a los aquí presentes que no están familiarizados con los términos?

El cetiano no se conmovió.

—No intentaré explicar a los presentes —dijo —cómo funciona un ansible, pero para describir los efectos basta una frase: la transmisión instantánea de un mensaje a cualquier distancia. Uno de los elementos tiene que estar instalado en un gran cuerpo sólido, el otro puede ser cualquier punto del cosmos. Desde que está en órbita el Shackleton se ha comunicado diariamente con Terra, ahora a una distancia de

veintisiete años luz. Un mensaje no tarda cincuenta y cuatro años en ir y venir, como ocurre con los aparatos electromagnéticos. No tarda ningún tiempo. Ya no hay brecha de tiempo entre los mundos —Tan pronto como salimos del tiempo de dilatación NAFAL y entramos en el espacio tiempo planetario, aquí, telefoneamos a casa, como quien dice —prosiguió la voz suave del comandante —. Y nos contaron todo lo que ocurrió durante los veintisiete años que estuvimos viajando. La brecha de tiempo subsiste para los cuerpos, pero no para la información. Como ustedes comprenderán, esto es tan importante para nosotros como especie interestelar, como la aparición del lenguaje en las etapas primitivas de nuestra evolución. Tendrá el mismo efecto: hacer posible una sociedad.

—El señor Or y yo partimos de la Tierra, hace veintisiete años, como delegados de nuestros respectivos gobiernos, Tau II y Hain — dijo Lepennon. La voz era siempre suave y afable, pero ya no había en ella ninguna vehemencia —. Cuando partimos, la gente hablaba de la posibilidad de fundar una especie de liga entre los mundos civilizados, ahora que las comunicaciones eran posibles. La Liga de los Mundos ya existe. Existe desde hace dieciocho años. El señor Or y yo somos ahora Emisarios del Consejo de la Liga, y por consiguiente tenemos ciertos poderes y responsabilidades que no teníamos en la Tierra.

Los tres, los que habían bajado de la nave, seguían diciendo las mismas cosas: existe un comunicador instantáneo, existe un gobierno supremo interestelar… Créase o no. Se habían confabulado, y mentían. Cuando este pensamiento le cruzó por la mente, Lyubov reflexionó, y decidió que era una sospecha razonable pero injustificada, un mecanismo de defensa. Sin embargo, algunos de la plana mayor, habituados a pensar en compartimientos estancos, especialistas en autodefensa, aceptarían la sospecha tan sin dilaciones como él la había desechado. Quienquiera que reivindicase de pronto una nueva autoridad no podía ser sino un farsante o un conspirador. Una reacción no menos compulsiva que la de Lyubov, que había aprendido a mantener la mente abierta en cualquier circunstancia.

—¿Tenernos que aceptarlo todo… sólo porque usted lo dice, señor? —preguntó el coronel Dongh, con dignidad y cierto patetismo.

El, demasiado aturdido para mantener los pensamientos en compartimentos estancos, sabía que no debía creer lo que decían Lepennon, Or y Yung, pero en realidad lo creía, y tenía miedo.

—No —dijo el cetiano —. Eso es cosa del pasado. Antes, una colonia como esta recibía las noticias que llegaban en anacrónicos mensajes radiales, traídos por naves de paso, y nada más. Ahora ustedes pueden comprobar lo que decirnos. Vamos a dejarles el ansible destinado a Prestno. Tenemos autorización de la Liga para hacerlo. Recibida, naturalmente, a través del ansible. Esta colonia se

halla en mala situación. Peor de lo que me pareció comprender a través de los informes de ustedes. Esos informes son muy incompletos; culpa de la censura o de la tontería. Ahora, sin embargo, tendrán el ansible, y podrán hablar con la Administración Terráquea; podrán pedir órdenes, y así sabrán qué hacer. Dados los profundos cambios que se han producido en la organización del Gobierno Terráqueo desde que partimos de allí les recomendaría que hablaran inmediatamente. Ya no hay pretextos para actuar de acuerdo con órdenes obsoletas; por ignorancia; por una autonomía irresponsable.

Agrio el cetiano y, como la leche, se mantenía agrio. El tono del señor Or había sido despótico, y el comandante Yung tendría que ordenarle que cerrase la boca. Pero ¿podía acaso? ¿Cuál era el rango de un "Emisario del Consejo de la Liga de los Mundos"?

¿Quién manda aquí? pensó Lyubov, y también él sintió de pronto un estremecimiento de miedo. El dolor de cabeza le había vuelto como una sensación de constricción, una venda que le oprimía las sienes.

Miró a través de la mesa las manos blancas de dedos largos de Lepennon, la izquierda apoyada sobre la derecha, inmóviles, sobre la desnuda madera pulida. De acuerdo con las normas estéticas de Lyubov, aprendidas en la Tierra, la piel blanca era un defecto, pero la serenidad y la fuerza de aquellas manos le seducían. Para los hanianos, reflexionó la civilización era algo natural. La conocían desde hacía tanto. Vivían la vida sociointelectual con la gracia de un gato que caza en un jardín, la precisión de la golondrina que busca el verano más allá del mar. Eran expertos. Nunca tenían que posar, que fingir. Eran lo que eran. En ningún otro pueblo la envoltura humana parecía tan adecuada. ¿Excepto, quizá, los hombrecillos verdes? Los descarriados, minúsculos, supraadaptados y estancados creechis, que eran tan absolutamente, tan honestamente, tan serenamente lo que eran…

Un oficial, Benton, le preguntó a Lepennon si él y Or estaban en este planeta como observadores de la (titubeó) Liga de los Mundos, o si estaban autorizados para…

Lepennon se apresuró a responderle cortésmente: —Somos simples observadores, sin autoridad para dar órdenes, sólo para informar.

Ustedes siguen siendo responsables sólo ante el gobierno de la Tierra.

El coronel Dongh dijo con alivio: —Entonces nada ha cambiado fundamentalmente…

—Se olvida usted del ansible —le interrumpió Or —. Tan pronto como hayamos finalizado con esta discusión, le diré cómo manejarlo, coronel. Y entonces podrá consultar a la Administración Colonial.

—Visto y considerando que el problema de ustedes aquí es

bastante urgente, y que la Tierra es ahora un miembro de la Liga y podría en los últimos años haber modificado de algún modo el Código Colonial, el consejo del señor Or es a la vez adecuado y oportuno.

Tendríamos que agradecer profundamente al señor Or y al señor Lepennon la decisión de ceder a esta colonia terráquea el ansible destinado a Prestno. Ellos lo decidieron; a mí sólo me toca aplaudir. Ahora bien, hay que tomar aún una decisión, Y ésta me incumbe; apelaré como guía al juicio de todos ustedes. Si creen que la colonia corre peligro inminente de nuevos y más graves ataques por parte de los nativos, puedo dejar mi nave aquí una o dos semanas como arsenal de defensa; también puedo evacuar a las mujeres.

No hay niños todavía ¿no?

—No, señor —dijo Gosse —. Cuatrocientas ochenta y una mujeres, ahora.

—Bien, tengo espacio para trescientos ochenta pasajeros y podría acomodar a otro centenar. El peso suplementario hará que el baje de regreso dure un año más, pero no es imposible. Desgraciadamente, esto es todo cuanto puedo hacer. Ahora seguiremos viaje a Prestno, el vecino más cercano, que como todos saben, está a una distancia de uno coma ocho años luz. Nos detendremos aquí en el viaje de regreso a Terra, pero eso será dentro de otros tres años Y medio terrestres. ¿Podrán resistir?

—Sí —dijo el coronel, y otras voces le hicieron eco —. Ahora estamos sobre aviso y no nos pillarán desprevenidos otra vez.

—Otra cosa —dijo el cetiano—, ¿podrá la población nativa resistir la situación otros tres años y medio terrestres?

—Sí —dijo el coronel.

—No —replicó Lyubov.

Había estado observando el rostro de Davidson, y una especie de pánico se había apoderado de él.

—¿Coronel? —dijo cortésmente Lepennon.

—Ya llevamos aquí cuatro años, y los nativos están florecientes. Sobra lugar para todos nosotros; como usted puede ver es un planeta excesivamente subpoblado, y la Administración no lo habría adaptado para fines de colonización si no fuera así. Además, aunque no sé en qué cabeza cabe, no volverán a cogernos desprevenidos; se nos había informado erróneamente acerca de la naturaleza de estos nativos, pero estamos perfectamente armados y somos capaces de defendernos, aunque no es nuestra intención tornar represalias. Eso está expresamente prohibido en el Código Colonial, aunque no sé qué otras reglamentaciones puede haber adoptado el nuevo gobierno; de todos modos nos guiaremos por las nuestras, como lo hemos hecho hasta ahora, y ellas desautorizan rotundamente las represalias en masa y el genocidio. No enviaremos mensajes pidiendo auxilio, al fin y al cabo

una colonia que está a veintisiete años luz de la Tierra tiene que confiar en sus propias fuerzas y ser en realidad totalmente autosuficiente, y yo no veo que el CID vaya a cambiar la situación, ya que las naves y los hombres y los materiales viajan todavía casi a la velocidad cercana de la luz. Proseguiremos con nuestros embarques de madera con destino a la Tierra, y cuidaremos de nosotros mismos. Las mujeres no están en peligro.

—¿Señor Lyubov? —dijo Lepennon.

—Llevamos aquí cuatro años. No sé si la cultura humana nativa sobrevivirá cuatro más.

En cuanto a la ecología total del continente, creo que Gosse estará de acuerdo conmigo si digo que hemos destruido irremisiblemente los sistemas de vida nativos en una de las grandes islas, hemos causado daños inmensos en este subcontinente, Sornol, y si continuamos talando y desbrozando al ritmo actual, dentro de diez años habremos reducido a desiertos los principales territorios habitables. De esto no tiene la culpa la Administración Colonial ni el Departamento de Silvicultura; ellos no han hecho más que seguir un Plan de Desarrollo trazado en la Tierra sin un conocimiento suficiente de los sistemas de vida en este planeta, o de la población humana nativa.

—¿Señor Gosse? —dijo la voz afable.

—Bueno, Raj, estás magnificando un poco las cosas. No negaré que lo de Iba Dump, que fue excesivamente desbrozada contra mis propias recomendaciones, es un lamentable fracaso. Si en un área determinada se tala más de cierto porcentaje de bosque, las plantas fibrosas vuelven a dar semillas y las raíces de estas plantas son el elemento principal que da cohesión en un terreno desbrozado; sin ellas el suelo se vuelve polvoriento y volátil y desaparece rápidamente por la erosión de los vientos y las lluvias intensas. Pero no puedo admitir que nuestras directivas básicas sean erróneas, siempre y cuando se las siga escrupulosamente. Se sustentaban en un minucioso estudio del planeta. Aquí, en Central, ateniéndose al plan, hemos tenido éxito: la erosión es mínima y el suelo desbrozado es altamente cultivable. Talar un bosque no significa, al fin y al cabo, transformarlo en un desierto, excepto quizá desde el puso de vista de una ardilla. No podemos anticipar con precisión cómo se adaptarán los sistemas de vida nativos al nuevo medio bosque-pradera-cultivo previsto en el Plan de Desarrollo, pero hay muchas posibilidades de que un alto porcentaje se adapte y sobreviva.

—Eso fue lo que dijo el Departamento de Explotación de Tierras a propósito de Alaska durante la Primera Ola de Hambre —dijo Lyubov. Algo le oprimía la garganta y su voz sonaba ronca y aflautada. Contaba con el apoyo de Gosse —. ¿Cuántos abetos Spruce has visto en tu vida, Gosse? ¿O cuántos búhos de las nieves? ¿O lobos? ¿O

esquimales?

El porcentaje de supervivencia de las especies nativas en el habitat, después de quince años de Programa de Desarrollo, era del cero coma tres por ciento. Ahora es cero. La ecología de un bosque es muy delicada. Si el bosque perece, la fauna puede extinguirse junto con él. La palabra que para los athshianos designa el mundo designa también el bosque. Yo denuncio, comandante Yung, que si bien la colonia puede no estar en peligro inminente, el planeta mismo…

—Capitán Lyubov —dijo el viejo coronel —. Es improcedente que los oficiales del cuerpo de especialistas presenten denuncias de esta naturaleza ante oficiales de otras ramas del servicio; esas cuestiones deberán someterse al juicio de los oficiales superiores de la Colonia, y no toleraré más intentos como éste de dar consejos sin permiso previo.

Sorprendido por su propio arranque, Lyubov se disculpó y procuró parecer tranquilo. Si al menos no perdiera la calma, si no le flaqueara y se le enronqueciera la voz, si pudiera conservar la compostura…

—Es evidente para nosotros —prosiguió el coronel —que usted cometió un grave error de juicio cuando se refirió al temperamento pacífico de los nativos del planeta, y por haber confiado en la descripción de un especialista ha ocurrido esa terrible tragedia de Campamento Smith. De modo que tendremos que esperar hasta que otros especialistas en esvis hayan tenido tiempo de estudiarlos, porque evidentemente las teorías de usted eran básicamente erróneas.

Lyubov, inmóvil, acusó el golpe. Que los hombres de la nave les vieran pasarse la culpa de mano en mano como un ladrillo caliente: tanto mejor. Cuanto más discrepancias entre ellos salieran a la luz, mayores eran las probabilidades de que estos Emisarios les observasen y les vigilasen. Y él era culpable: él se había equivocado. Al demonio con el amor propio, si el pueblo del bosque tiene una oportunidad, pensó Lyubov, y el sentimiento de humillación y autosacrificio fue tan intenso que los ojos se le llenaron de lágrimas.

Sabía que Davidson le estaba observando.

Se irguió, muy tieso, el rostro enrojecido, las sienes palpitantes. Ese bastardo de Davidson se burlaría de él. ¿No veían Or y Lepennon la clase de hombre que era Davidson, y cuánto poder tenía aquí, mientras que el poder de Lyubov, llamado “asesoramiento”, no era más que una ráfaga de humo? Si se daba a los colonos rienda suelta sin otra vigilancia que la de una superradio, la masacre de Campamento Smith se convertiría casi con certeza en el pretexto de una agresión sistemática contra los nativos.

El exterminio bacteriológico, muy probablemente. El Shackleton volvería a Nueva Tahití dentro de tres años y medio o cuatro, y encontraría una próspera colonia terráquea, y ningún problema

creechi. Absolutamente ninguno.

Qué lamentable fue lo de la peste, a pesar de haber tomado todas las precauciones requeridas por el Código; pero era una especie mutante, no tenía resistencia natural, aunque logramos salvar a unos pocos trasladándoles a la Nueva Falkland en el sur, y allí andan a las mil maravillas los sesenta sobrevivientes.

La conferencia no se prolongó mucho tiempo más.

Lyubov se puso de pie y se inclinó hacia Lepennon por encima de la mesa.

—Usted tiene que decide a la liga que salve los bosques, a la gente de los bosques —le dijo en voz casi inaudible, con la garganta oprimida—, tiene que hacerlo, por favor.

El hainiano buscó los ojos de Lyubov; su mirada era reservada, bondadosa y profunda como un pozo. No dijo nada.

4

Era cosa de no creer. Se habían vuelto todos locos. Este condenado mundo extraño les había sorbido el seso, despachándoles al otro lado, al distante país de los sueños, a hacerles compañía a los creechis. No podía creer lo que había visto en esa "conferencia" y las instrucciones que vinieron después, aunque lo volviese a ver de cabo a rabo en una película. El comandante de una nave de la flota lamiéndole las botas a dos humanoides.

Los ingenieros y los técnicos babeando y balbuciendo a propósito de una radio fantástica que con mucho bombo y mucha socarronería les regalaba un cetiano peludo, ¡como si el CID no hubiera sido pronosticado por la ciencia terráquea haba años! Los humanoides habían robado la idea, la habían llevado a la práctica, y ahora lo llamaban un "ansible" para que nadie se diera cuenta que no era ni más ni menos que un CID. Pero la peor parte había sido la conferencia, con la mente de Lyubov delirando y lloriqueando, y el coronel Dongh como si tal, dejándole insultar a Davidson y a la plana mayor y a la Colonia entera, y los dos humanoides allí sentados y sonriendo todo el tiempo, el mico gris y el gran maricón blanco, burlándose de los humanos.

Había sido espantoso. Y las cosas no habían mejorado desde la partida del Shackleton. A él no le importaba que le mandasen al Campamento Nueva Java a las órdenes del mayor Muhamed. El coronel tenía que castigarle; era muy posible que el viejo Ding Dong aprobara con entusiasmo el ataque incendiario a la Isla Smith, pero la incursión había violado la disciplina y el viejo había tenido que llamarle la atención. De acuerdo, eran las reglas del juego. Pero lo que no estaba dentro de las rejas del Pego era toda esa charla que llegaba por el televisor monumental que llamaban el ansible, ese nuevo ídolo de latón que ahora veneraban en el Cuartel General.

Órdenes del Departamento de Administración Colonial en Karachi: Restringir los contactos entre terráqueos y athshianos a encuentros propuestos por los athshianos. En otras palabras, ya no se podía ir a las madrigueras de los creechis a buscar mano de obra. Se desaconseja el empleo de la mano de obra voluntaria; se prohíben terminantemente los trabajos forzados. Y más y más, siempre la misma cantinela. ¿Cómo diantres suponían que se hada el trabajo? ¿Queda la Tierra esa madera, sí o no? Ellos seguían mandando a Nueva Tahití las naves robot de carga, claro que sí, cuatro por año, y cada una llevaba de regreso a la Madre Tierra maderas de primerísima calidad por valor de unos treinta millones de dólares nuevos. Seguro que la gente de Desarrollo quería esos millones. Eran hombres de

negocios. Estos mensajes no venían de allí, cualquier imbécil podía darse cuenta.

El status colonial de Mundo 41 —pero ¿por qué no lo llamaban más Nueva Tahití? está en estudio. Hasta que no se tome una decisión ha de observarse una extrema cautela en todos los contactos con las nativas… El uso de armas de cualquier índole, excepto armas blancas pequeñas para uso personal, está terminantemente prohibido… igual que en la Tierra, con la diferencia de que allí un hombre ya no podía ni siquiera portar armas blancas. ¿Qué demonios venía a hacer uno a un mundo fronterizo, a veintisiete años luz de la Tierra, si luego decían nada de fusiles, nada de dinamita, nada de bombas de microbios, nada de nada, a quedarse quietecitos como niños buenos y esperar que vengan los creechis a escupirte en la cara y a cantarte canciones y a hundirte un cuchillo en las tripas y a quemar tu campamento?; pero tú no vayas a dañar a los preciosos hombrecillos verdes, ¡no señor!

Se recomienda muy especialmente una política de moderación; toda política de agresión o represalias queda estrictamente prohibida.

Ésa era la sustancia de todos los mensajes, y cualquier imbécil podía ver que no era la Administración Colonial la que hablaba. No podían haber cambiado tanto en treinta años.

Aquellos eran hombres prácticos, con la cabeza bien puesta, y sabían lo que era la vida en los planetas fronterizos. Era perfectamente claro, para cualquiera que no hubiese perdido el juicio en el geoshock, que los mensajes del "ansible" eran falsificados. Podían haber implantado directamente en la máquina toda una serie de respuestas a preguntas altamente probables, por computadora. Los ingenieros decían que si fuera así ellos lo habrían detectado; tal vez. En tal caso aquel chisme se comunicaba instantáneamente, sí, con otro mundo. Pero ese mundo no era la Tierra, por supuesto. No había hombres enviando las respuestas por teletipo en la otra punta del truco; había extraños,, humanoides. Cetianos probablemente, puesto que la máquina era de fabricación cetiana.

Una pandilla de demonios astutos, capaces de poner precio a la supremacía interestelar.

Y los hainianos se habían unido a ellos en la conspiración, naturalmente; toda esa charla lacrimógena de las supuestas instrucciones tenía un tono hainiano. Cuáles eran los objetivos a largo plazo de los humanoides, era difícil adivinarlo desde allí; probablemente se proponían debilitar al Gobierno Terráqueo enredándolo en ese montaje de la "Liga de los Mundos", hasta que los extraños fuesen bastante fuertes como para proceder a una ocupación armada. Pero el plan para la Nueva Tahití era fácil de adivinar: permitir que los creechis les libraran de los humanos. Atar de pies y

manos a los hombres con un montón de instrucciones falsificadas transmitidas por el "ansible" y dejar que comenzara la matanza. Los humanoides ayudan a los humanoides: las ratas ayudan a las ratas.

Y el coronel Dongh se lo había creído. Cumpliría órdenes. Si hasta se lo había dicho a Davidson.

—Tengo el propósito de cumplir las órdenes que me llegan del Cuartel General de la Tierra, y tú, Don, por Dios, cumplirás mis órdenes de la misma manera, y en Nueva Java obedecerás las órdenes del mayor Muhamed.

Era estúpido, el viejo Ding Dong, pero le tenía simpatía a Davidson, y Davidson simpatizaba con él. Si eso significaba traicionar a la raza humana en favor de una conspiración de humanoides, él no podía obedecer esas órdenes, pero a pesar de todo le daba lástima el viejo soldado. Imbécil, sí pero leal y valiente. No era un traidor nato como ese llorón chismoso y mojigato de Lyubov. Si a alguien deseaba que los creechis le cayeran encimo era al sabelotodo de Raj Lyubov, que tanto los amaba.

Algunos hombres, especialmente los asiatiformes y los de tipo indostánico son en verdad traidores natos. No todos, pero algunos. Otros hombres son salvadores natos. Era como tener ascendencia euraf, o un buen físico; cosas por las que no se atribuía ningún mérito. Si podía salvar a los hombres y mujeres de Nueva Tahití, lo haría; si no podía, al menos lo habría intentado de todo corazón; y eso era lo que importaba, al fin y al cabo.

Las mujeres, ahora, eso lo irritaba. Se habían llevado a las diez damiselas que había en Nueva Java y no habían mandado ninguna de las nuevas desde Centralville. "Todavía no hay garantías", balaba el Cuartel General. Bastante desconsiderado para con los tres campamentos de avanzada. ¿Qué esperaban que hicieran los acantonados si los creechis eran intocables y las hembras humanas se las reservaban los afortunados bastardos de Centralville? El resentimiento sería espantoso. Pero no podía durar mucho tiempo, la situación era demasiado descabellada. Si ahora que el Shackleton se había marchado ellos no empezaban a enderezar las cosas, entonces el capitán D. Davidson tendría que hacer un pequeño trabajo extra y enderezarlas él mismo.

En la mañana del día en que Davidson se marchó de Central habían dejado en libertad a todos los trabajadores creechis. Habían pronunciado un noble discurso en angliparla, habían abierto las puertas de los corrales, y dejado salir a cada uno de los creechis domesticados, cargadores, poceros, cocineros, limpiadores, criados, doncellas, todos. No quedó ninguno. Algunos habían estado con sus amos desde que se fundara la colonia, hacía cuatro años terrestres. Pero ellos no sabían lo que era la lealtad. Un perro, un chimpancé se

habría quedado rondando en las cercanías. Estas alimañas no tenían ni siquiera ese nivel de desarrollo, eran como las víboras o las ratas, apenas lo bastante astutos como para darse la vuelta e hincarle a uno los dientes tan pronto como los dejaba salir de la jaula. Ding Dong estaba loco de remate, dejar a todos esos creechis sueltos en la vecindad. Arrojarlos como basura que eran en Isla Triste para que se muriesen de hambre, ésa hubiera sido la mejor solución. Pero Dongh les seguía teniendo miedo a los dos humanoides de la caja parlante. Si los creechis de Centralville querían imitar la atrocidad de Campamento Smith, ahora contaban con montones de nuevos reclutas realmente valiosos, que conocían al dedillo el plano de la ciudad, las costumbres, el sitio donde estaba el arsenal, los puestos de los guardias, y todo. Y si Centralville era incendiada, los del Cuartel General sólo tendrían que darse las gracias a sí mismos. Y bien merecido que lo tendrían, al fin y al cabo. Por dejarse embaucar por los traidores, por escuchar a los humanoides y desoír los consejos de hombres que realmente sabían cómo eran los creechis. Ninguno de ellos había vuelto al campamento y encontrado cenizas y ruinas y cadáveres calcinados, como le había sucedido a él. Y el cuerpo de Ok, allí donde habían masacrado a la cuadrilla de leñadores, con una flecha clavada en cada ojo, como un insecto monstruoso con las antenas tendidas al aire. Cristo, esa imagen no se le borraba de la mente Pero eso sí, dijeran lo que dijesen las “instrucciones” apócrifas, los muchachos de Central no iban a contentarse con usar “armas blancas pequeñas” para defensa personal. Tenían lanzallamas y ametralladoras; los dieciséis helicópteros pequeños estaban armados con ametralladoras y eran útiles para lanzar granadas incendiarias; los cinco grandes contaban con todo un arsenal, pero no sería necesario emplear los grandes aparatos. Bastaría volar sobre una de las áreas desbrozadas, y sorprender allí a un montón de creechis con sus malditos arcos y flechas, y empezar a bombardearlos con granadas de fuego, y verlos correr de un lado a otro despavoridos y ardiendo como ratas.

Sería divertido. Se le calentaba a uno un poco la sangre al imaginarlo, como cuando uno pensaba en el cuerpo de una mujer, o cuando se acordaba del momento en que ese creechi, Sam, le había atacado y él le había destrozado la cara de cuatro puñetazos, uno tras otro. Memoria eidética, y también una imaginación más vívida que la de la mayoría de los hombres. No se jactaba, simplemente así era él.

Lo cierto es que un hombre es real e íntegramente un hombre sólo en dos momentos; cuando acaba de estar con una mujer o cuando acaba de matar a otro hombre. Eso no era original, lo había leído en algún viejo libraco, pero era verdad. Por eso le gustaba imaginar escenas de este tipo. Aunque los creechis no fuesen realmente

hombres.

Nueva Java era el más austral de los cinco grandes continentes, justo al norte del ecuador, y por lo tanto también más caluroso que Central o Smith, donde el clima era casi perfecto. Más caluroso y muchísimo más húmedo. En la estación húmeda llovía todo el tiempo en todos los sitios de Nueva Tahití, pero en los continentes norteños la lluvia era fina y silenciosa, no dejaba de caer pero nunca mojaba, ni enfriaba. Aquí, en cambio, llovía a cántaros, y soplaban unos vendavales tipo monzón que impedían caminar y mucho más trabajar. Lo único que protegía de la lluvia era un techo bien sólido, o el bosque. El maldito bosque era tan espeso que ni las tormentas penetraban en él. Uno se mojaba, claro está, por el goteo de las hojas, pero en la espesura no había viento, y si de pronto uno salía a un claro, el huracán le derribaba a uno, y le embadurnaba con ese barro líquido, rojizo y baboso que formaba la lluvia en los terrenos desbrozados. Entonces ya no era posible regresar rápidamente al refugio del bosque; estaba oscuro, hacía calor, y era fácil perderse.

Y para colmo el comandante en Jefe, el mayor Muhamed, era un asqueroso bastardo.

En Nueva Java se hacía todo de acuerdo con el reglamento: el talado se hacía invariablemente por franjas de determinados kilómetros, la fibrilla volvía a plantarse en los desmontes, las licencias para ir a Central se concedían según un orden rotatorio y estricto, los alucinógenos estaban racionados, y prohibidos en horas de trabajo, y así sucesivamente. Sin embargo, una de las cosas buenas que tenía Muhamed era que no se pasaba la vida mandando radiogramas a Central. Nueva Java era su campamento, y lo manejaba a su manera. No le gustaban las órdenes del Cuartel General. Las obedecía, por supuesto, había dejado en libertad a todos los creechis y requisado todas las armas excepto las pistolas de bolsillo, cuando llegaron las órdenes. Pero no se lo pasaba mendigando órdenes ni consejos. Ni de Central ni de nadie. Era un hombre farisaico: siempre creía tener razón. Ése era su defecto principal.

Cuando Davidson estaba en el Cuartel General con la plana mayor de Dongh, había tenido de vez en cuando la oportunidad de hojear los legajos de los oficiales. Tenía una memoria extraordinaria para esas cosas, y recordaba por ejemplo que el CI de Muhamed era 107. El suyo en cambio era 118 Había una diferencia de once puntos; pero por supuesto no podía decirle eso al viejo Moo, y Moo no podía saberlo, así que no había forma de hacerlo entrar en razón. Se creía más listo que Davidson, y así eran las cosas.

Todos en realidad desconfiaban de él al principio. Ninguno de esos hombres de Nueva Java sabía nada acerca de la atrocidad de Campamento Smith, excepto que el Comandante en Jefe había viajado

a Central una hora antes del ataque, y era por lo tanto el único humano que había salvado el pellejo. Dicho de esa manera, sonaba mal. Se podía comprender por qué en un principio todos le miraban como si fuese una especie de Jonás, o peor aún, una especie de Judas. Pero cuando le conociesen mejor cambiarían de idea. Empezarían a comprender que lejos de ser un desertor o un traidor, estaba empeñado en salvar de la traición a la colonia de Nueva Tahití. Y se darían cuenta de que el exterminio definitivo de los creechis era el único medio de lograr que este mundo fuese apto y seguro para el estilo de vida terráqueo.

No era demasiado difícil hacer correr la voz entre los leñadores. Ellos nunca habían simpatizado con las ratitas verdes, pues tenían que obligarlas a trabajar todo el día y vigilarlas toda la noche, pero ahora empezaban a comprender que los creechis no sólo eran repulsivos, sino también peligrosos. Cuando Davidson les contó lo que había encontrado en Campamento Smith, cuando les explicó cómo los dos humanoides de la flota les habían lavado el cerebro a los del Cuartel General, cuando les demostró que exterminar a los terráqueos en Nueva Tahití era sólo una mínima parte de la gran conspiración humanoide contra la Tierra, cuando les recordó las cifras frías, inexorables: dos mil quinientos humanos contra tres millones de creechis… entonces empezaron a apoyarle realmente.

Aquí, hasta el Oficial de Control Ecológico estaba de su parte. No corno el pobre tonto de Kees, furioso contra los hombres porque mataban ciervos, para terminar con las tripas reventadas por esos hipócritas de los creechis. Este individuo, Atranda, odiaba a muerte a los creechis. Le provocaban ataques de locura furiosa y sufría de geoshock o algo así; tenía tanto terror de que los creechis fuesen a atacar el campamento que parecía una de esas mujeres que viven temiendo que alguien las viole. De todos modos era útil tener como aliado al sabiondo local.

Tratar de convencer al comandante no tenía sentido; rápido para conocer a los hombres, Davidson se había dado cuenta de que era inútil, casi a primera vista. Muhamed era un hombre de mentalidad rígida. Además tenía un prejuicio contra Davidson, y nadie le haría cambiar de idea; tenía algo que ver con el asunto de Campamento Smith. Había llegado a decirle a Davidson que no lo consideraba un oficial digno de confianza.

Era un bastardo testarudo, pero el hecho de que gobernase el campamento Nueva Java con un sistema tan rígido era una ventaja. Una organización compacta, acostumbrada a obedecer órdenes, era más fácil de tomar que una liberal compuesta de individuos independientes, y más fácil de mantener unida en las operaciones militares defensivas y ofensivas, una vez que él, Davidson, asumiese el

mando. Tendría que hacerlo. Moo era un buen capataz para un campamento de leñadores, pero no era un soldado.

Davidson siguió tratando de obtener el apoyo leal de algunos de los mejores leñadores y oficiales jóvenes. No tenía prisa. Cuando hubo reunido un número suficiente de hombres de confianza, un pelotón de diez, robó algunas armas de la cámara de seguridad del viejo Moo, en el subsuelo de la Receptoría, que estaba repleta de juguetes bélicos, y un domingo se fueron a los bosques a jugar Unas semanas atrás, Davidson había localizado el poblado creechi, y había reservado el festín para su gente. Hubiera podido hacerlo a solas, pero así era mejor. Se estimulaba el sentimiento de camaradería, una verdadera unión entre los hombres. No hicieron más que entrar en el lugar a plena luz del día, y embadurnaron de gelinita a todos los creechis que pudieron atrapar, y los quemaron, y luego vertieron gasolina sobre los techos de las madrigueras y asaron al resto. Los que trataban de escapar eran rociados con gelinita; ésa fue la parte artística, esperar a las ratas miserables a la salida de las ratoneras, hacerlas creer que se habían salvado, y luego freírlas tranquilamente de pies a cabeza, y verlas arder como antorchas. Esa pelambrera gris ardía de verdad.

En realidad no era mucho más excitante que cazar verdaderas ratas, que eran casi los únicos animales salvajes que quedaban en la Madre Tierra, pero había más emoción en la cosa; los creechis eran mucho más grandes que las ratas, y uno sabía que eran capaces de reaccionar, aunque esta vez no lo hicieron. En realidad, algunos de ellos se tiraban al suelo en lugar de huir, se tendían boca arriba y cerraban los ojos. Era repugnante. Los otros compañeros pensaban lo mismo, y uno de ellos hasta enfermó realmente y, vomitó después de que hubo quemado a uno de los que yacían en el suelo.

No dejaron con vida a ninguna de las hembras, y no las violaron, aunque no les faltaban ganas. Todos habían estado de acuerdo con Davidson: un acto así casi podía llamarse perverso. La homosexualidad se daba entre los humanos, era normal. Estos seres, en cambio, podían estar conformados como hembras humanas, pero no lo eran, y era preferible la excitación de matarlas, y conservarse limpios. Esto les había parecido sensato a todos, y lo habían respetado.

Ninguno de ellos abrió la boca en el campamento; no lo contaron ni siquiera a los amigos más íntimos. Eran hombres de una sola pieza. Ni una palabra acerca de la expedición llegó a los oídos de Muhamed. Hasta donde el viejo Moo sabía, todos sus hombres eran muchachos juiciosos que se dedicaban a aserrar troncos y mantenerse alejados de los creechis, sí señor; y podía seguirlo creyendo hasta que llegase el día D.

Porque los creechis iban a atacar. En alguna parte. Aquí, o en uno

de los campamentos de Iba lüng, o en Central. Davidson lo sabía. Era el único oficial de toda la colonia que lo sabía con absoluta certeza. No era ningún mérito, pero él sabía pura y simplemente que no se equivocaba. Nadie más le había creído, excepto esos hombres a quienes había Negado a convencer. Pero todos los demás verían, tarde o temprano, que él tenía razón.

Y él tenía razón.

5

Al encontrarse cara a cara con Selver se había sobresaltado. Mientras volaba desde la aldea al le de la colina Pase Central, Lyubov intentaba saber por qué se había inquietado, analizaba por qué se le habían crispado los nervios. Porque, en definitiva, uno no se aterroriza cuando se encuentra por casualidad con un buen amigo.

No le había sido fácil conseguir que la matriarca le invitase. Tuntar había sido su principal lugar de estudio durante el verano; había tenido allí excelentes informadores y estaba en buenas relaciones con el Albergue y con la matriarca, que le había permitido observar y, participar libremente en las actividades de la comunidad. Obtener de ella una auténtica invitación, por mediación de algunos de los antiguos sirvientes que aún permanecían en el área, le había llevado mucho tiempo, pero al fin se la había concedido, brindándole, de acuerdo con las nuevas instrucciones, una genuina "ocasión propuesta por los athshianos". El mismo, más que el coronel, había insistido en este detalle A Dongh le interesaba el encuentro. Estaba preocupado por la "amenaza creechi". Le pidió a Lyubov que los observase, que "viera cómo reaccionan ahora que ya no los molestamos". Esperaba noticias tranquilizadoras. Lyubov no sabía si el informe que traía tranquilizaría o no al coronel Dongh.

En las cepas del desmonte, en quince kilómetros alrededor de Centralville, se había cumplido el ciclo completo de descomposición, y el bosque era ahora un extenso y melancólico llano de fibrillas, grises y ensortijadas en la lluvia. Bajo esa hojarasca hirsuta crecían en las matas los primeros renuevos, los zumaques, los álamos temblones enanos y las salviformes que al crecer protegerían a su vez los embriones de los árboles. Si se la dejaba en paz, esa región, con ese clima lluvioso y uniforme, volvería a poblarse de árboles en menos de treinta años, y dentro de cien el bosque alcanzaría de nuevo la madurez.

Súbitamente reapareció el bosque, en el espacio no en el tiempo: bajo el helicóptero el verde infinitamente variado de las hojas tapizaba las suaves elevaciones y los profundos repliegues de las colinas de Sornol septentrional.

Como les sucede en Terra a la mayoría de los terráqueos, Lyubov nunca había caminado entre árboles silvestres, no había visto jamás un bosque más grande que una manzana urbana. Al principio en Athshe se había sentido oprimido y angustiado en el bosque, ahogado por la infinita multitud e incoherencia de troncos, ramas, hojas en la perpetua penumbra verdosa o pardusca. La compacta maraña de varias vidas competitivas pujando y expandiéndose hacia arriba y

afuera, en busca de la luz, el silencio nacido de una multitud de susurros sin sentido, la indiferencia total, vegetativa a la presencia del pensamiento, todo eso lo había perturbado, y como los demás, no se había alejado de los claros y de la playa. Pero poco a poco había empezado a gustarle. Gosse le tomaba el pelo, llamándolo señor Gibón; en realidad, Lyubov se parecía bastante a un gibón, la cabeza redonda, la cara morena, los largos brazos y el pelo prematuramente encanecido; pero el gibón era una especie extinguida. A gusto o a disgusto, como experto que era, tenía que internarse en los bosques en busca de los esvis; y ahora, al cabo de cuatro años, se sentía perfectamente cómodo bajo los árboles, quizá más que en cualquier otro lugar.

También había aprendido a gustar de los nombres que los atlishianos daban a sus territorios y poblados: sonoras palabras bisilábicas: Sornol, Tuntar, Eshreth, Eslisen —que ahora era Centralville—, Endtor, Abtan y sobre todo Athshe, que significaba el Bosque, y el Mundo. De modo que tierra, terra, tellus significaba a la vez el suelo y el planeta, dos significados y uno. Pero para los atlishianos el suelo, la tierra, no era el lugar adonde vuelven los muertos y el elemento del que viven los vivos: la sustancia del mundo no era la tierra sino el bosque. El hombre terráqueo era arcilla, polvo rojo. El hombre atlishiano era rama y raíz. Ellos no esculpían imágenes de sí mismos en la piedra; sólo tallaban la madera…

Posó el helicóptero en un pequeño claro al norte del poblado, y fue caminando hasta más allá del Albergue de Mujeres. Los olores penetrantes de un caserío athshiano flotaban en el aire: humo de madera, pescado, hierbas aromáticas, sudor extraño. La atmósfera de una casa subterránea, si un terráqueo hubiera podido de algún modo acomodarse en ella, era una rara mezcla de CO2 y olores desagradables. Lyubov había pasado muchas horas intelectualmente estimulantes doblado en dos y sofocado en la nauseabunda penumbra del Albergue de Hombres en Tuntar. Pero no le parecía que esta vez fueran a invitarlo.

Naturalmente los pobladores estaban enterados de la masacre de Campamento Smith, seis semanas atrás. Tenían que haberse enterado pronto, pues las noticias corrían rápidamente entre las islas, si bien no tan rápidamente como para constituir un “misterioso poder telepático”, como les gustaba creer a los leñadores. La gente del poblado también sabía que después de la masacre de Campamento Smith, mil doscientos esclavos habían sido liberados en Centralville, y Lyubov estaba de acuerdo con el coronel en que los nativos podrían interpretar el segundo acontecimiento como consecuencia del primero. Eso crearía lo que el coronel llamaba “una impresión falsa”, pero probablemente no tendría mucha importancia. Lo importante era que

los esclavos habían sido liberados.

Los daños ya causados eran irremediables, pero al menos no se volverían a cometer.

Ahora podían comenzar de nuevo: los nativos sin esa dolorosa pregunta sin respuesta de por qué los "yumenos" trataban a los hombres como animales; y él sin el peso abrumador de la explicación y el mordisco de la culpa irremediable.

Sabiendo cuánto valoraban el candor y la franqueza al tratar temas escabrosos o alarmantes, esperaba que la gente de Tuntar le hablaría de esas cosas en tono de triunfo, o de disculpa, o de regocijo, o de desconcierto. Nadie lo hizo. Nadie le dirigió una sola palabra.

Había llegado a última hora de la tarde, que era como llegar a una ciudad terráquea justo después del amanecer. En realidad los athshianos dormían —los colonos, como solía suceder, habían pasado por alto la evidencia—, pero en ellos el bajón fisiológico se producía entre el mediodía y las cuatro de la tarde, en tanto que entre los terráqueos ocurre normalmente entre las dos y las cinco de la madrugada; y tenían un doble ciclo de alta temperatura y alta actividad, que culminaba en los dos crepúsculos, el matutino y el vespertino. La mayoría de los adultos dormía cinco o seis horas de las veinticuatro del día, en varias siestas breves; y los adeptos dormían apenas dos horas de las veinticuatro; de modo que si se descontaban como "holgazanería" las siestas y los estados de ensoñación, se podía decir que no dormían nunca. Era mucho más sencillo decirlo que comprenderlo. A esa hora, en Tuntar, todos empezaban a activarse nuevamente después del reposo vespertino.

Lyubov reparó en la presencia de muchos forasteros. Todos le miraban, pero ninguno se acercó a hablarle; eran meras presencias que pasaban de largo por otros senderos en la penumbra del robledal. Al fin, una conocida, Sherrar, la prima de la matriarca, una anciana de poca importancia y escaso entendimiento, se cruzó en su camino. Le saludó cortésmente, pero no respondió sus preguntas sobre el paradero de la matriarca y sus dos mejores informadores, Egath el Hortelano y Tubab el Soñador. Oh, la matriarca estaba muy ocupada, y quién era Egath, no decir Geban, y Tubab podía estar por aquí o por allá, o no. No dejaba a Lyubov ni a sol ni a sombra, y nadie más se acercó a hablarle.

Acompañado por la coja, quejosa y diminuta viejecita verde, Lyubov se encaminó a través de los bosques y los claros de Tuntar al Albergue de Hombres.

—Allí están ocupados —le dijo Sherrar.

—¿Soñando?

—¿Qué puedo saber yo? Ven conmigo, Lyubov, ven a ver… —Sabía que él siempre quería ver cosas, pero no se le ocurría qué podía

mostrarle para alejarlo —. Ven a ver las redes de pescadores —dijo débilmente.

Una muchacha, una de las Jóvenes Cazadoras, lo miró al pasar: una mirada sombría, cargada de una animosidad como nunca había visto en un athshiano, excepto quizá en una niña pequeñita, asustada por la estatura y la cara lampiña de Lyubov. Pero esta muchacha no estaba asustada.

—Está bien —le dijo a Sherrar, comprendiendo que la única actitud posible era la docilidad.

Si en verdad los athshianos habían desarrollado, al fin y bruscamente, el sentido de enemistad de grupo, él tenía que aceptarlo, y por demostrarles simplemente que él seguía siendo un amigo leal e invariable.

Pero ¿cómo, después de tanto tiempo, podían haber cambiado tan rápidamente de manera de sentir y pensar? Y, ¿por qué? En Campamento Smith la provocación había sido inmediata e intolerable: la crueldad de Davidson hubiera incitado a cualquiera a la violencia. Pero este pueblo, Tuntar, no había sido atacado por los terrestres, allí no se reclutaron esclavos, ni se talaron o quemaron los bosques. Él, Lyubov en persona, había estado allí —el antropólogo no siempre puede dejar su sombra fuera del cuadro —pero de eso hacía ya más de dos meses. No ignoraban los sucesos de Smith, y había entre ellos nuevos refugiados, ex esclavos, que habían sufrido en manos de terráqueos y que hablarían de eso.

Pero ¿a posible que las noticias y rumores hubiesen transformado de ese modo a los athshianos, que los hubiesen cambiado radicalmente? ¿A ellos para los que la no agresividad era un sentimiento tan acendrado que constituía la esencia misma de su cultura y su sociedad, de su subconsciente, lo que llamaban el "tiempo-sueño", y acaso de su fisiología misma? Que la inaudita crueldad podía incitarles a matar, él lo sabía: lo había comprobado una vez. Que una comunidad desmantelada podía asimismo ser provocada por atrocidades igualmente intolerables, tenía que creerlo: había ocurrido en Campamento Smith. Pero que simples comentarios y rumores, por muy brutales y aterradores que fuesen, pudieran enfurecer a una apacible comunidad de athshianos hasta el punto de que actuasen en contra de sus costumbres y de su razón, destruyendo por completo todo un estilo de vida, eso no podía admitirlo. Era psicológicamente improbable. El cuadro no estaba completo El viejo Tubab salía del Albergue en el momento en que Lyubov pasaba por allí; detrás iba Selver.

Selver salió gateando por la puerta del túnel, se enderezó, parpadeó ante la claridad grisácea de la lluvia atenuada por el follaje. Alzó los ojos oscuros, y se encontró con los de Lyubov. Ninguno de los

dos habló. Lyubov estaba muy asustado.

En el vuelo de regreso, cuando trataba de descubrir qué fibra le había tocado Selver, pensó ¿por qué miedo? ¿Por qué tuve miedo de Selver? ¿Un presentimiento inverificable, o una falsa analogía? Irracional en todo caso.

Nada había cambiado entre Selver y Lyubov. Lo que Selver había hecho en Campamento Smith podía justificarse; y aunque no pudiera justificarse, no importaba mucho. La amistad entre ellos era demasiado profunda para verse rota por una duda moral. Habían trabajado juntos intensamente; se habían enseñado el uno al otro, en algo más que en el sentido literal, sus respectivas lenguas. Habían hablado sin reservas. Y al afecto que Lyubov sentía por su amigo se sumaba esa gratitud que siente el salvador hacia aquel cuya vida ha tenido el privilegio de salvar.

En verdad, hasta ese momento casi no había advertido lo fuertes que eran los lazos de afecto y lealtad que le unían a Selver. El miedo que había sentido ¿habría sido acaso el miedo a que Selver, luego de conocer el odio racial, pudiese rechazarlo, despreciar su lealtad, y tratarlo no como "a un igual", sino como a "uno de ellos"?

Después de aquella larga mirada Selver se había adelantado lentamente y saludado a Lyubov, tendiéndole las manos.

El contacto era una forma importante de comunicarse entre los habitantes del bosque.

Entre los terráqueos siempre puede implicar amenaza, agresión, y por eso no conocen casi otras formas de contacto que el formal apretón de manos y la caricia sexual. Todo ese vacío lo llenaban los athshianos con una variada serie de hábitos de contacto. La caricia destinada a tranquilizar era tan fundamental para ellos como entre una madre y un hijo, o entre amantes; pero podía tener además un significado social, no sólo maternal y sexual. La caricia era parte del lenguaje. Estaba por lo tanto reglamentada, codificada, pero era a la vez infinitamente modificable. "Siempre andan tocándose", se burlaban algunos de los colonos, incapaces de ver en ese intercambio de caricias otra cosa que no fuera una imagen de ellos mismos; ese erotismo que, obligado a concentrarse exclusivamente en el sexo, y luego reprimido y frustrado, invade y emponzoña todo placer sensual, toda respuesta humana; la victoria de un Cupido furtivo, de ojos vendados sobre la gran madre que cobija en sí mima los mares y las estrellas, todas las hojas de los árboles, todos los gestos de los hombres, Venus Genetrix…

Selver se adelantó pues con las manos extendidas, estrechó la mano de Lyubov a la manera terráquea, y luego le tomó ambos brazos con un movimiento acariciador justo por encima del codo. Tenía poco más de la mitad de la altura de Lyubov, lo que dificultaba todos los

gestos y los entorpecía, pero la caricia de esa mano pequeña, de huesos menudos y piel verde no tenía nada de inseguro ni de infantil. Era un contacto tranquilizador. Lyubov se sintió muy feliz.

—Selver, qué suerte encontrarte aquí Necesito tanto hablar contigo…

—No puedo ahora, Lyubov.

Selver hablaba con dulzura, pero cuando Lyubov le oyó, la esperanza de encontrar una amistad inquebrantable se le desvaneció inmediatamente. Selver había cambiado. Había cambiado, desde la raíz.

—¿Puedo volver otro día —dijo Lyubov con ansiedad —y hablar contigo, Selver? Es importante para mí…

—Me marcho de aquí hoy —dijo Selver con voz aún más dulce, pero soltando los brazos de Lyubov, y desviando la mirada.

Con este gesto se ponía literalmente fuera de contacto. La cortesía exigía que Lyubov hiciese lo mismo, y diese por terminada la conversación. Pero entonces no tendría a nadie con quien hablar. El viejo Tubab ni siquiera le había mirado; el pueblo entero le había vuelto la espalda. Y éste era Selver, que había sido su amigo.

—Selver, esa matanza en Kelme Deva, quizá piensas que eso nos separa. Pero no es así. Tal vez nos haya acercado más. Y tu gente en el pabellón de los esclavos, todos han sido puestos en libertad, así que ya no queda ningún resquemor entre nosotros. Y aun cuando quedase, siempre, de todos modos, yo… yo soy el mismo de antes, Selver.

Al principio el athshiano no respondió. El rostro extraño, los grandes ojos profundamente hundidos, las fuertes facciones desfiguradas por las cicatrices y desdibujadas por la piel corta y sedosa, que enmarcaba y a la vez ensombrecía los contornos, ese rostro se apartó de Lyubov, cerrado, obstinado. Luego, repentinamente, miró alrededor, como contra su propia voluntad.

—Lyubov, no tendrías que haber venido aquí. Tendrías que marchase de Central dentro de dos noches. No sé qué eres. Habría sido mejor no haberte conocido nunca.

Y con estas palabras se alejó, el paso ligero como un gato de patas largas, un revoloteo verde entre los robles oscuros de Tuntar, y desapareció. Tubab lo siguió lentamente, siempre apartando los ojos de Lyubov. Una lluvia fina caía silenciosa sobre las hojas de los robles y sobre los estrechos senderos que llevaban al Albergue y al río.

Sólo escuchando atentamente se podía oír la lluvia, una música demasiado multitudinaria para que una mente pudiera captarla, un único e interminable acorde tañido en toda la extensión del bosque.

—Selver es un dios —dijo la vieja Sherrar —. Ven a ver las redes de pesca ahora.

Lyubov declinó la invitación. Hubiera sido descortés e imprudente

quedarse; de todos modos no se sentía con ánimos.

Trató de decirse que Selver no lo había rechazado a él, a Lyubov, sino a él como terráqueo. Pero eso no cambiaba las cosas. Nunca las cambia.

Siempre le sorprendía desagradablemente descubrir lo Vulnerables que eran sus sentimientos, cuánto le dolía que lo hiriesen. Esa especie de sensibilidad adolescente era vergonzosa; a esta altura de la vida tendría que haber desarrollado una coraza más resistente.

La viejecita, la piel verde cubierta de polvo y gotas plateadas de lluvia, suspiró con alivio cuando él se despidió. Cuando ponía en marcha el helicóptero, no pudo menos que sonreír al verla, brincando bosque adentro lo más rápido posible, como un renacuajo que ha escapado de una serpiente.

La calidad es un factor importante, pero también lo es la cantidad: la talla relativa. La reacción de un adulto normal frente a una persona mucho más pequeña puede ser de arrogancia, o de protección, o de condescendencia, o bien afectuosa o intimidatoria, pero cualquiera que sea, la mayoría de las veces actúa como si el otro fuera un niño y no un adulto. Y si la persona de la talla de un niño es peluda por añadidura, provocará forzosamente una segunda reacción, la que Lyubov denominaba Reacción Osito de Felpa. Los athshianos utilizaban muy frecuentemente la caricia, pero la motivación básica continuaba siendo sospechosa. Y por último, la inevitable Reacción a lo Extravagante, el rechazo de lo que siendo humano no lo parece del todo.

Pero aparte de todo eso los athshianos, lo mismo que los terráqueos, tenían a veces un aspecto realmente curioso. Ciertamente, algunos de ellos parecían renacuajos, búhos, orugas. Sherrar no era la primera viejecita que vista de espaldas tenía una figura extravagante a los ojos de Lyubov…

Y ése es uno de los problemas de la colonia, pensó mientras tomaba altura y Tuntar desaparecía bajo los robles y los huertos sin hojas. No hay mujeres viejas entre nosotros.

Ni hombres viejos, excepto Dongh, y sólo tiene unos sesenta años. Pero las mujeres viejas son diferentes del remo, dicen lo que piensan. Los athshianos, si se puede considerar que tienen gobierno, son gobernados por mujeres viejas. El intelecto para los hombres, la política para las mujeres, y la ética, la interacción de ambos; así son las cosas entre ellos. Tiene su encanto, y además funciona… para ellos. Ojalá la Administración hubiese enviado un par de abuelas junto con todas esas mujeres jóvenes, núbiles y fértiles de pechos altos. Claro que esa chica con quien dormí la otra noche es realmente agradable, y agradable en la cama, tiene un corazón tierno, pero por Dios, pasarán cuarenta años antes que pueda decirle algo a un

hombre…

Pero todo el tiempo, detrás de estas reflexiones acerca de mujeres dejas y jóvenes, el sobresalto persistía, la intuición o la realidad que se negaba a salir a la luz.

Tenía que pensar bien antes de informar al Cuartel General.

Selver: ¿qué pasaba con Selver, entonces?

Selver era sin duda una figura clave para Lyubov. ¿Por qué? ¿Porque lo conocía bien, o porque había en su personalidad una superioridad real que Lyubov no había valorado nunca conscientemente?

Pero la había valorado; desde el comienzo había distinguido a Selver como una persona extraordinaria; "Sam", como lo llamaban antes, sirviente de tres oficiales que compartían una casa desmontable. Lyubov recordó a Benson, cómo se jactaba del excelente creechi que habían conseguido, de lo bien que lo habían adiestrado.

Muchos athshianos, especialmente los Soñadores de los Albergues, no podían alterar el ritmo policíclico que regía su sueño —reposo para amoldarlo al terráqueo. Si dormían de noche, como los terráqueos, no podían tener sueños paradójicos, REM, cuyo ciclo de ciento veinte minutos regulaba la vida diurna y nocturna de los athshianos, y no podían cumplir la jornada de trabajo terráquea. Una vez que uno ha aprendido a soñar sus sueños en el estado de vigilia total, a apoyar la salud de la mente no en el filo de navaja de la razón sino en el doble platillo, el delicado equilibrio de la razón y el sueño; una vez que uno ha aprendido eso, ya nunca puede olvidarse de cómo pensar. Muchos de los hombres parecían borrachos, confusos, y hasta catatónicos. Las mujeres, atontadas y abatidas, se comportaban con la hosca indiferencia de los recién esclavizados. Los varones no iniciados y algunos de los Soñadores más jóvenes lo toleraban mejor; se adaptaban, trabajaban duramente en los desmontes o se convertían en sirvientes diestros. Sam había sido uno de éstos, un ayuda de cámara eficiente y sin carácter, cocinero, lavandero, mayordomo, friegaespaldas y chivo emisario de tres amos. Había aprendido a hacerse invisible. Lyubov lo había pedido en préstamo como informador etnológico, y gracias a una afinidad de espíritu y de naturaleza, se había granjeado inmediatamente la confianza de Sam. Había encontrado en Sam el informador ideal, profundo conocedor de las costumbres de su pueblo, intérprete lúcido y rápido, que traducía para Lyubov, salvando el abismo entre dos lenguas, dos culturas, dos especies del género Hombre.

Por espacio de dos años, Lyubov había viajado, estudiado, llevando a cabo entrevistas y observaciones, y no había logrado dar con la llave que abriera la mente de los athshianos. Ni siquiera sabía dónde estaba la cerradura. Había estudiado los hábitos de reposo de

los athshianos, llegando a la conclusión de que aparentemente no los tenían, que no dormían. Había conectado incontables electrodos a incontables cráneos verdes 31 peludos, sin que llegara a sacar nada en limpio de los trazos que le eran tan familiares, los husos y lazos, las alfas y las deltas y las thetas que aparecían en el encefalograma.

Fue Selver quien le hizo comprender, por fin, el significado athshiano de la palabra "sueño", que era al mismo tiempo la palabra "raíz" y así puso en sus manos la llave del reino del bosque. Como sujeto de un EEG, fue en Selver donde vio claramente y por primera vez los extraordinarios ritmos de pulsión de un cerebro que entra en un estado onírico sin dormir ni estar despierto: comparar ese estado con el dormir —con —sueños de los terráqueos sería como comparar el Partenón con una choza de barro: básicamente la misma cosa pero con el agregado de complejidad, calidad y control.

¿Qué entonces, qué más?

Selver hubiera podido escapar. Se quedó, primero como criado, más tarde (gracias a uno de los pocos privilegios útiles de Lyubov como especialista) como Asistente Científico; todavía encerrado noche tras noche con los otros creechis en el corral (el Pabellón para el Cuerpo Voluntario de Mano de Obra Autóctona).

—Te llevaré en el helicóptero a Tuntar y trabajaré allí contigo —le había dicho Lyubov, la tercera o cuarta vez que habló con Selver —. Por el amor de Dios ¿por qué te quedas aquí?

—Mi esposa Thele está en el pabellón —le había contestado Selver.

Lyubov había tratado de conseguir que la soltaran, pero Thele trahilaba en las cocinas del cuartel general y los sargentos que dirijan el personal de cocina no toleraban ninguna intromisión de los "galonudos" y los "sabihondos". Lyubov debía tener sumo cuidado, pues podían llegar a vengarse en la mujer. Ella y Selver parecían dispuestos a esperar con paciencia, hasta que pudieran escapar juntos, o los liberaran. Hombres y mujeres vivían estrictamente separados en los pabellones creechis —hecho que nadie parecía saber —y las parejas rara vez tenían la oportunidad de verse. Lyubov consiguió concertar algunas citas entre ellos en la cabaña donde vivía solo, al norte del poblado. Fue cuando Thele volvía al cuartel general de uno de esos encuentros cuando Davidson la vio y se sintió atraído al parecer por su gracia frágil y tímida. La había hecho llevar a sus habitaciones esa noche, y la había violado.

La había mando en el acto, tal vez; eso ya había ocurrido antes, como consecuencia de la disparidad Isla; o bien ella había dejado de vivir. Como algunos terráqueos, los athshianos tenían el don de un auténtico deseo de muerte, y podían dejar de vivir. En uno u otro caso era Davidson quien la había matado. Crímenes de esa naturaleza ya se

habían cometido antes. Lo que no había ocurrido antes era lo que hizo Selver, el segundo día después de la muerte de su mujer.

Lyubov había llegado al lugar del enfrentamiento cuando ya estaba finalizando.

Recordaba los ruidos; él corriendo por la Calle Mayor al calor del sol; el polvo, el nudo de hombres. Todo el incidente pudo haber durado sólo cinco minutos, mucho tiempo para una lucha homicida. Cuando Lyubov llegó, Selver estaba cegado por la sangre, una especie de juguete con el que Davidson se entretenía; y sin embargo se había recobrado y volvía a atacar, no con un furor frenético, sino con una desesperación inteligente. Y seguía atacando. Y a la postre, era Davidson el que estaba enajenado, loco de furia y miedo ante esa terrible persistencia; había derribado a Selver de un revés, y se había adelantado, con la bota levantada, listo para pisotearle la cabeza. En ese preciso instante, Lyubov entró en el círculo. Consiguió detener la pelea (pues a pesar de la sed de sangre y venganza de los diez o doce hombres que miraban, ya había sido saciada con creces, y apoyaron a Lyubov cuando le ordenó a Davidson que se retirase); y desde entonces él había odiado a Davidson y Davidson le había odiado a él, por haberse inmiscuido entre el matador y su propia muerte.

Porque si el suicida es quien mata al resto de nosotros, el asesino se mata a sí mismo, aunque tiene que hacerlo una y otra y otra vez.

Lyubov había levantado a Selver, un peso ligero en sus brazos. La cara mutilada se había apretado contra la camisa de Lyubov empapándola de sangre y mojándole la piel.

Había llevado a Selver a su cabaña; le entablilló la muñeca rota, hizo todo lo que pudo por la herida, y lo acodó en su cama; noche tras noche trataba de hablarle, de llegar a él, a aquella desolación de dolor y humillación. Todo eso era, por supuesto, contrario al reglamento.

Nadie le mencionó los reglamentos. No tenían por qué. Si alguna vez había disfrutado de una cierta posición entre los oficiales de la colonia, sabía que ahora la estaba perdiendo.

Siempre había intentado estar del lado del cuartel general, cuestionando sólo los casos de brutalidad extrema contra los nativos, tratando de persuadir antes que desafiar, y de conservar en lo posible un mínimo de poder e influencia. El no podía impedir la explotación de los athshianos. Era mucho peor de lo que su entrenamiento le había permitido esperar, pero poco podía hacer al respecto aquí y ahora. Sus informes a la Administración y a la Comisión de Derechos podrían —luego del viaje circular de cincuenta y cuatro años —tener algún efecto; era posible incluso que Terra decidiese que la política de Colonia Abierta aplicada en Athshe era un craso error. Mejor cincuenta y cuatro años tarde que nunca. Si sus superiores dejaban de tolerarlo, censurarían o invalidarían sus informes, y entonces no

habría ninguna esperanza.

Pero ahora estaba demasiado indignado para atenerse a esa estrategia. Al demonio con todos, si insistían en ver los cuidados que le prestaba a un amigo como un insulto a la Madre Tierra y como una traición a la colonia.

Si le ponían el mote de "enamorado de los creechis" ya no podría ayudar mucho a los athshianos; pero él no podía poner un bien posible, general, por encima de las imperiosas necesidades de Selver. Uno no puede salvar a un pueblo vendiendo al amigo. Davidson, curiosamente enfurecido por Es pequeñas heridas que Selver le había infligido y por la intromisión de Lyubov, se había paseado por ahí anunciando su propósito de exterminar a ese creechi rebelde; y de tener una oportunidad lo haría, sin lugar a dudas. Lyubov permaneció junto a Selver noche y día durante dos semanas, y lo sacó en helicóptero de Central y lo dejó en Brotor, una población de la costa occidental, donde tenía parientes.

No había castigos por ayudar a huir a los esclavos, ya que los athshianos no eran en ningún sentido esclavos salvo en los hechos; eran Personal Voluntario de Mano de Obra Autóctona. A Lyubov ni siquiera le llamaron la atención. Pero desde entonces, los oficiales regulares ya no desconfiaban de él en pare, sino del todo; y hasta sus colegas de los Servicios Especiales, el exobiólogo, los coordinadores de agua y de forestación, los ecólogos le hicieron saber por distintos medios que su conducta había sido irracional, quijotesca o estúpida.

—¿Creías que habías venido de excursión? —le preguntó Gosse.

—No, no creí que venía a una excursión de caza —le respondió Lyubov, malhumorado.

—No entiendo por qué hay expertos en esvis que se alistan como voluntarios para una Colonia Abierta. Tú sabes que la gente que estás estudiando va a ser explotada, y probablemente exterminada. Es algo que está en la naturaleza humana, y sabes que eso no puedes cambiarlo. ¿Por qué entonces vienes a observar qué pasa? ¿Masoquismo?

—No sé qué es la "naturaleza humana". Quizá sea parte de esa naturaleza humana dejar descripciones de aquello que exterminamos. ¿Es tanto más agradable para un ecólogo, realmente?

Gosse hizo oídos sordos.

—De acuerdo entonces, redacta tus descripciones. Pero no te metas en el matadero. Un biólogo que estudia una colonia de ratas no tratará de rescatar a la rata mascota cuando las atacan, eso lo sabes.

Lyubov estalló. Había soportado demasiado.

—No, claro que no —dijo —. Una rata puede ser una mascota, pero no un amigo. Selver es mi amigo. En realidad es el único hombre en este mundo a quien considero amigo.

Eso le había dolido al pobre Gosse, que quería ser una figura paterna para Lyubov, y no le había hecho ningún bien a nadie. Sin embargo había sido verdad. Y la verdad os hará libres… Quiero a Selver; lo respeto; le salvé la vida; sufrí con él; le tengo miedo.

Selver es mi amigo.

Selver es un dios.

Eso era lo que había dicho la viejecita verde como si todo el mundo lo supiera, de la misma manera como hubiera podido decir Fulano es un cazador.

—Selver sha'ab.

Pero ¿qué significaba sha'ab? Muchas palabras de la Lengua de las Mujeres, el lenguaje cotidiano de los athshianos, venían de la Lengua de los Hombres, que era la misma en todas las comunidades, y a menudo esas palabras no sólo eran bisilábicas sino también bifacéticas. Eran monedas, anverso y reverso. Sha'ab significaba dios, o ente numinoso, o ser poderoso; también significaba algo muy diferente, pero Lyubov no podía recordar qué. A esa altura de sus reflexiones, Lyubov ya había llegado a su cabaña, y no tuvo más que consultar el diccionario que Selver y él habían compilado en cuatro meses de trabajo agotador pero armónico. Claro: sha'ab, traductor.

Era casi demasiado exacto, demasiado a propósito.

¿Había una relación entre los dos significados? La había a menudo, pero no tanto como para constituir una regla. Si un dios era un traductor ¿qué traducía? Selver era en verdad un intérprete de talento, pero ese talento sólo había podido manifestarse en el hecho fortuito de que una lengua verdaderamente extranjera hubiese entrado en su mundo. ¿Era un sha'ab alguien que traducía el lenguaje del sueño y la filosofía, la Lengua de los Hombres, al lenguaje cotidiano? Pero eso podían hacerlo todos los Soñadores.

Entonces, podía ser alguien capaz de traducir a la vida de la vigilia la experiencia capital de la visión: alguien que sirviera de eslabón entre las dos realidades, consideradas por los athshianos como idénticas, el tiempo-sueño y el tiempo-mundo, y cuyas relaciones, aunque vitales, son oscuras. Un eslabón: alguien que podía expresar con palabras las percepciones del subconsciente. "Hablar" esa lengua es actuar. Hacer una cosa nueva.

Cambiar o ser cambiado, desde la raíz. Porque la raíz es el sueño.

Y el traductor es el dios. Selver había introducido una palabra nueva en el lenguaje de su pueblo. Había cometido un acto nuevo. La palabra, el acto, el crimen. Sólo un dios podía llevar de la mano a través del puente entre los mundos a un recién llegado tan majestuoso como la Muerte.

Pero ¿había aprendido a matar a sus semejantes en medio de sus propios sueños de duelo y atrocidades, o de los actos jamás soñados de

los forasteros? ¿Hablaba su propio idioma o el del capitán Davidson? Aquello que parecía nacer de la raíz misma del dolor y expresar el cambo radical de un ser, quizá no fuese sino una infección, una peste extranjera, y no convertiría a la raza de Selver en un pueblo nuevo, sino que la destruiría.

No estaba en la naturaleza de Raj Lyubov preguntarse ¿qué puedo hacer? Por carácter y formación tendía a no inmiscuirse en los asuntos de otros hombres. Su trabajo consistía en descubrir lo que hacían, y su inclinación era dejar que lo siguieran haciendo. Prefería aprender a enseñar, buscar verdades más que la Verdad. Pero aun un alma poco misionera, a menos que pretenda no tener sentimientos, se ve a veces obligada a elegir entre comisión y omisión. El "¿Qué están haciendo?" se convierte de pronto en un "¿Qué estamos haciendo?", y acto seguido en un "¿Qué debo hacer?".

Ahora sabía que había llegado a ese punto crítico de tomar una opción, y sin embargo no sabía claramente por qué, ni cuál era la alternativa.

En ese momento nada podía hacer por mejorar las perspectivas de supervivencia de los athshianos; Lepennon, Or y él ansible habían conseguido mucho más de lo que él había esperado ver alguna vez. La Administración en Terra era explícita en cada comunicación transmitida por el ansible, y el coronel Dongh, a pesar de las protestas de parte de la plana mayor y los leñadores jefes, estaba cumpliendo las órdenes. Era un oficial leal; y además, el Shackleton regresaría para observar e informar. Los informes que se enviaban a Terra tenían algún valor, ahora que este ansible, esta máquina de máquinas funcionaba para impedir la vieja y cómoda autonomía colonial, y permitir que uno fuese responsable, en vida, de lo que hacía. Ya no había un margen de error de cincuenta y cuatro años. Y la política ya no era estática. Una decisión de la Liga de los Mundos ahora podía limitar de la noche a la mañana la existencia de la colonia a un Continente, o prohibir el talado de árboles, o incitar a la matanza de nativos… nadie podía saberlo.

Las firmes instrucciones de la Administración no permitían adivinar cómo funcionaba la liga y qué clase de política estaba desarrollando. A Dongh le preocupaban esos múltiples futuros posibles, pero Lyubov disfrutaba con ellos. En la diversidad está la vida y donde hay vida hay esperanza, era la suma total de su credo, bastante modesto por cierto.

Los colonos dejaban en paz a los athelianos y ésos dejaban en paz a los colonos. Un estado de cosas saludable, que no tenía sentido perturbar innecesariamente. Lo único que acaso pudiera perturbarlo era el miedo.

De momento cabía suponer que los athshianos se sintiesen

recelosos y todavía resentidos, pero no particularmente amedrentados. En cuanto al pánico que había cundido en Centralville ante la noticia de la masacre de Campamento Smith, nada había acontecido que lo reavivara. Ningún athshiano había dado señales de violencia desde entonces. Y con la liberación de los esclavos, y la reintegración de los creechis a los bosques, el constante factor irritativo de la xenofobia había desaparecido. La tensión de los colonos empezaba por fin a aflojarse.

Si Lyubov informaba que había visto a Selver en Tuntar, Dongh y los oros se alarmarían. Quizá Insistirían en que era necesario capturar a Selver y llevarlo a Central para que lo juzgaran. El Código Colonial prohibía que se procesara a un miembro de una sociedad planetaria de acuerdo con la legislación de otro planeta, pero la Corte Marcial pasaba por alto esas discriminaciones. Podían juzgar a Selver, probar que era culpable y fusilarlo. Davidson vendría desde Nueva Java a prestar testimonio. Oh no, pensó Lyubov, guardando el diccionario en un estante lleno a rebosar. Oh no, pensó y olvidó el asunto.

De este modo eligió sin siquiera saber que había elegido algo.

Presentó un informe breve al día siguiente; decía que en Tuntar continuaba la rutina de costumbre, y que no había notado repudio ni amenazas. Era un informe tranquilizador, y el más inexacto que Lyubov hubiera escrito en su vida. Omitía todo lo que era significativo; la no aparición de la matriarca, el hecho de que Tubab le negase el saludo, el gran número de forasteros que había en el lugar, la expresión de la joven cazadora, la presencia de Selver… Naturalmente, esta última era una omisión deliberada, pero fuera de eso el informe era bastante imparcial, pensó; sólo había omitido las impresiones subjetivas, como es deber de un científico. Tuvo una fuerte jaqueca mientras lo escribía, y otra peor después de presentarlo.

Tuvo muchos sueños esa noche, pero por la mañana no pudo recordarlos. Tarde en la segunda noche después de su visita a Tuntar, despertó bruscamente, y en medio del aullido histérico de la sirena de alarma y el estampido sordo de las explosiones, se encaró, por fin, con lo que se había negado a ver: que sólo él en toda Centralville no estaba sorprendido. En ese momento supo lo que era: un traidor.

Y sin embargo ni siquiera estaba convencido de que aquél pudiese ser un ataque athshiano. Era el terror en la noche.

Su cabaña, en medio de un pequeño huerto y dejada de las otras casas, había sido ignorada; tal vez la protegerán los árboles de alrededor, pensó mientras salía corriendo.

El centro de la ciudad estaba en Danos. Incluso la mole de piedra del cuartel general ardía desde dentro como una estufa rota. El ansible estaba allí: el precioso eslabón.

También había incendios en la zona del helipuerto y del Campo.

¿De dónde habían sacado los explosivos? ¿Cómo se explicaba que todos los incendios hubieran estallado al mismo tiempo? Todos los edificios a ambos lados de la Calle Mayor, construidos en madera, ardían a la vez; el rugido de las llamas era pavoroso. Lyubov corrió hacia los incendios. El camino estaba inundado; al principio pensó que el agua venía de una manguera de extinción, luego advirtió que el río Menend se estaba desbordando inútilmente sobre el terreno mientras las casas ardían con ese espantoso rugido aspirante. ¿Cómo lo habían hecho? Había guardias motorizados en el Campo… Disparos: descargas, el tableteo de una ametralladora. Alrededor de Lyubov unas figuras pequeñas corrían de un lado a otro, y él corría en medio de ellas sin prestarles demasiada atención.

Ahora estaba frente a la Hostería, y vio a una muchacha de pie en la entrada, el fuego le lamía la espalda y tenía delante un camino seguro, por donde podía escapar. No se movía. Lyubov la llamó a gritos, luego cruzó el patio y por la fuerza le arrancó las manos del quicio de la puerta donde se había aferrado, enloquecida de pánico, la arrastró y le habló con dulzura: “Vamos, amor, vamos”. Entonces ella le siguió, pero no con suficiente rapidez. Cuando cruzaban el patio, el frontispicio de la planta superior, ardiendo desde dentro, cayó lentamente hacia adelante, empujado por el maderamen del techo que se hundía. Las tejas y las vigas volaban como fragmentos de metralla; el extremo de una viga incandescente golpeó a Lyubov y le derribó. Cayó de bruces en el lago de barro iluminado por el fuego. No vio a una pequeña cazadora cubierta de piel verde que se abalanzaba sobre la muchacha, la arrastraba hacia atrás y le acuchillaba el cuello. No vio nada.

6

No hubo cantos esa noche; sólo gritos y silencio. Cuando las naves voladoras empezaron a arder, Selver sintió que habían triunfado, y las lágrimas le vinieron a los ojos, pero ninguna palabra le vino a la boca. Se alejó en silencio, el lanzallamas pesándole en los brazos, para guiar a su grupo de regreso a la ciudad.

Cada grupo de gente venida del oeste y del norte era capitaneado por un ex esclavo como él, alguien que había servido a los yumenos en Central y conocía los edificios y las costumbres de la ciudad.

La mayor parte de los que habían participado en el ataque esa noche no había visto nunca la ciudad yumena; muchos de ellos no habían visto nunca a un yumeno. Habían venido porque seguían a Selver, porque eran impulsados por el mal sueño y sólo Selver podía enseñarles a dominarlo. Eran centenares y centenares, hombres y mujeres; habían aguardado en profundo silencio a las orillas de la ciudad, mientras los ex esclavos, en grupos de dos o de tres, hacían lo que consideraban más urgente: romper el acueducto, cortar los cables de distribución eléctrica desde la Central Hidroeléctrica, penetrar por la fuerza en el Arsenal y robar las armas. Las primeras muertes, las de los guardias, habían sido silenciosas, consumadas con armas de caza, lazos corredizos, cuchillos, flechas, rápidamente, en la oscuridad. La dinamita, robada aquella misma noche en el campamento de leñadores, quince kilómetros al sur, fue preparada en el Arsenal, el subsuelo del edificio del cuartel general, mientras provocaban incendios en otros sitios, y luego estalló la alarma y crepitaron las llamas y huyeron la noche y el silencio. La mayor parte del estrépito y de los estampidos de la metralla provenía de los yumenos al defenderse, pues sólo los ex esclavos habían sacado armas del Arsenal y las utilizaban; todos los demás se valían de sus lanzas, cuchillos y arcos. Pero fue la dinamita, preparada y encendida por Reswan y otros que habían trabajado en el pabellón de esclavos del campamento de leñadores, lo que produjo el ruido que dominó a todos los demás ruidos, y voló las paredes del edificio del cuartel general y destruyó los hangares y las naves.

Había unos mil setecientos yumenos en la ciudad esa noche, y de ellos unos quinientos eran mujeres; se sabía que en ese momento todas las mujeres yumenas estaban en la ciudad, y por esa razón Selver y sus compañeros habían decidido actuar en seguida, aunque todavía no había llegado toda la gente que deseaba participar. Entre cuatro y cinco mil hombres y mujeres habían acudido a través de los bosques al Cónclave de Endtor, y de allí a este lugar, a esta noche.

Las llamas crepitaban, inmensas, y el olor a quemado y a

carnicería era nauseabundo.

Selver tenía la boca seca y le dolía la garganta; no podía hablar, y necesitaba un sorbo de agua. Cuando guiaba su grupo por el callejón central de la ciudad, un yumeno corrió hacia él, una figura inmensa la amenazante en la cerrazón y el resplandor del aire ennegrecido. Selver levantó el lanzallamas y oprimió la lengüeta, en el preciso instante en que el yumeno resbalaba en el barro y caía a sus pies. Ningún chorro de llama brotó siseante del aparato; la carga se le había agotado mientras incendiaba las aeronaves que no estaban en el hangar. Selver dejó caer la pesada máquina. El yumeno no llevaba armas, y era hombre. Selver llegó a decir: —Dejadle escapar.

Pero la voz le flaqueó, y dos atlishianos, cazadores de los Páramos de Abtam, se le habían adelantado de un salto mientras hablaba, empuñando unos largos cuchillos. Las manos grandes, desnudas, oprimieron el aire y cayeron blandamente. El gran cuerpo se desplomó hecho un ovillo en el camino. Había muchos otros cadáveres tendidos allí, en lo que fuera el centro de la ciudad. Las llamas crepitaban, y ya casi no se oía otro ruido.

Selver despegó los labios y gritó roncamente la llamada que pone fin a la caza; los que iban con él lo repitieron en voz más clara y firme, en un falsete sostenido; otras voces respondieron, cercanas y lejanas, en medio de la niebla y el humo y la oscuridad de la noche interrumpida de tanto en tanto por súbitas y rugientes llamaradas. En vez de abandonar inmediatamente la ciudad al frente del grupo, Selver les indicó que siguieran caminando, y se desvió entrando en un terreno fangoso entre el sendero y un edificio que se había quemado y desmoronado. Cruzó por encima del cadáver de una yumena y se inclinó sobre otro que yacía bajo una gran viga de madera carbonizada. No podía verle el rostro, oscurecido por el fango y las sombras.

No era justo; no era necesario; no tenía por qué haber mirado a aquél, ende tantos muertos. No tenía por qué haberlo reconocido en la oscuridad. Echó a andar detrás del grupo. De pronto se volvió; con mucho esfuerzo retiró la viga de la espalda de Lyubov; se arrodilló, deslizando una mano debajo de la pesada cabeza, que ahora parecía descansar más cómodamente, la cara separada del suelo; así permaneció, de rodillas, inmóvil.

Hacía cuatro días que no dormía, ni había tenido tiempo de soñar en muchos más… ya no sabía cuántos. Había actuado, hablado, viajado, planeado noche y día, desde que dejaran Brotor, él y la gente de Cadast. Había ido de ciudad en ciudad hablando a los pueblos de los bosques, explicándoles aquella cosa nueva, despertándolos del sueño al mundo, preparando la acción de esta noche, hablando, siempre hablando, y escuchando hablar a otros, nunca en silencio y

jamás solo. Ellos lo habían escuchado y habían decidido seguirlo, seguir el nuevo camino. Habían aprendido a tocar con las manos el fuego que tanto temían, habían aprendido a dominar el mal sueño: y lanzaron sobre el enemigo la muerte que tanto temían. Todo se hizo tal como dijera Selver. Todo había ocurrido tal como él había anunciado. Los albergues y muchas viviendas de los yumenos fueron quemados, las naves voladoras incendiadas o destrozadas, las armas robadas o destruidas; y las hembras estaban muertas. Los incendios empezaban a extinguirse, la noche crecía negra e impenetrable, saturada de un humo pestilente. Selver apenas veía; alzó los ojos hacia el este, preguntándose si pronto llegaría la aurora. Arrodillado allí en el barro entre los muertos pensó: Este es el sueño, ahora el mal sueño. Creí que yo manejaba el sueño pero él me maneja a mí.

En el sueño, los labios de Lyubov se movieron apenas contra la palma de su propia mano; Selver miraba hacia abajo y veía abiertos los ojos del muerto. El resplandor ya mortecino de las llamas brillaba en la superficie de aquellos ojos. Un momento después Lyubov pronunció el nombre de Selver.

—Lyubov, ¿por qué te quedaste aquí? Te dije que salieras de la cuidad esta noche.

Así habló Selver en sueños, con aspereza, como si estuviese enfadado con Lyubov.

—¿Eres tú el prisionero? —dijo Lyubov débilmente sin levantar la cabeza, pero con una voz tan natural que Selver supo por un instante que aquél no era el tiempo-sueño sino el tiempo-mundo, la noche del bosque —. ¿O yo?

—Ninguno de los dos, o ambos ¿cómo puedo saberlo? Todas las máquinas y aparatos están quemados. Todas las mujeres están muertas. Dejamos escapar a los hombres, si querían escapar. Les dije que no incendiaran tu casa, los libros han de quedar intactos.

Lyubov, ¿por qué no eres como los otros?

—Soy igual que ellos. Un hombre. Como ellos. Como tú.

—No. Tú eres diferente…

—Soy como ellos. Y tú también. Escúchame, Selver. No sigas. No sigas matando hombres. Tienes que volver… a tus… a tus propias raíces.

—Cuando tu pueblo se haya marchado, entonces el sueño cesará.

—Ahora —dijo Lyubov, tratando de levantar la cabeza, pero tenía la espalda rota.

Miró a Selver y abrió la boca para hablar. Pero la mirada había desaparecido, ahora escudriñaba el otro tiempo, y los labios seguían entreabiertos, y mudos. El aliento le silbaba ligeramente en la garganta.

Estaban llamando a Selver por su nombre, muchas voces lejanas,

llamando una y otra vez.

—¡No puedo quedarme contigo, Lyubov! —dijo Selver llorando, y al no obtener respuesta se incorporó e intentó correr.

Pero en la oscuridad del sueño sólo podía avanzar lentamente. El Espíritu del Fresno caminaba delante de él, más alto que Lyubov o que cualquier yumeno, sin volver hacia él la máscara blanca. Y mientras se alejaba, Selver le hablaba a Lyubov.

—Volveré —le decía —. Todos volveremos. ¡Te lo prometo, Lyubov!

Pero su amigo, el bondadoso, el que le había salvado la vida y le traicionara el sueño, Lyubov, no respondía. Caminaba por algún lugar de la noche cerca de Selver, invisible, y silencioso como la muerte.

Un grupo de gente de Tuntar encontró a Selver vagando en la oscuridad, llorando y hablando, dominado por el sueño; lo llevaron en seguida de regreso a Enoltor.

Allí, en el improvisado Albergue, una tienda a la orilla del río, yació desvalido y delirante dos días y dos noches, atendido por los Ancianos.

Durante todo ese tiempo seguía llegando gente a Enoltor, y volvía a marcharse, regresaba al Lugar de Eshsen que antes fuera Central, para sepultar allí a los muertos propios y a los ajenos; de los propios más de trescientos, de los ajenos más de setecientos. Había unos quinientos yumenos encerrados en los corrales de los creechis, que al estar vacíos y apartados no habían sido alcanzados por el fuego. Otros tantos habían huido, y algunos de éstos buscaron refugio en los campamentos de leñadores situados más al sur, que no habían sido atacados; aquellos que todavía se escondían y erraban por los bosques o las Tierras Mutiladas eran perseguidos día y noche. A veces los mataban porque muchos de los cazadores más jóvenes aún seguían oyendo la voz de Selver que les gritaba "¡Matadlos!". Otros habían dejado atrás la noche de la matanza como si fuese una pesadilla, el mal sueño que ha de ser comprendido para que no se repita; y éstos, al encontrarse frente a un yumeno sediento y exhausto escondido entre la maleza, no podían matarle. Entonces tal vez el yumeno los mataba a ellos. Había grupos de diez y veinte yumenos armados con hachas y fusiles, si bien a pocos les quedaban municiones; a estos grupos los atlishianos les seguían el rastro, y cuando les tenían cercados en los bosques en número suficiente los capturaban y los llevaban otra vez a Eslisen. Todos fueron capturados al cabo de dos o tres días, pues esa región de Sornol era un hervidero de habitantes de los bosques; nunca en la memoria de ningún hombre se había congregado en un solo lugar ni la décima parte de la gente que había ahora; algunos seguían llegando aún de pueblos distantes y otros Continentes, unos empezaban ya a regresar a las ciudades. Los yumenos capturados

fueron encerrados en los corrales junto con los otros, pese a que ya estaban colmados y las barracas eran demasiado pequeñas para los yumenos. Dos veces por día les daban agua y comida, y un par de centenares de cazadores armados los custodiaba a toda hora.

En la tarde siguiente a la Noche de Eslisen, un avión apareció atronando desde el este y descendió como si fuese a aterrizar, luego alzó vuelo como un ave de rapiña que ha errado su presa, y voló en círculo sobre el desmantelado campo de aterrizaje, la ciudad todavía humeante, y las Tierras Mutiladas. Reswan se había encargado de destruir todas las radios, y fue tal vez el silencio de las radios lo que atrajo a la aeronave desde Kushil o Rieshwel donde había tres pequeñas poblaciones yumenas. Los prisioneros se precipitaron fuera de las barracas y gritaban a la máquina cada vez que pasaba atronando por encima de sus cabezas; arrojó un objeto, en un pequeño paracaídas, dentro del corral; por último, zumbando, se perdió en el cielo.

En Athshe quedaban ahora cuatro naves aladas semejantes; tres en Elushil y una en Rieshwel, todas de tamaño pequeño, con capacidad para cuatro hombres; también tenían ametralladoras y lanzallamas, y eran una grave preocupación para Reswan y los otros, mientras que Selver yacía perdido para ellos, transitando por los caminos crípticos del otro tiempo.

Despertó al tiempo-mundo en el tercer día, flaco, mareado, hambriento y silencioso. Se bañó en el río y comió, y luego escuchó a Reswan y a la matriarca de Berre y a los otros elegidos como jefes. Ellos le contaron lo que había sucedido en el mundo mientras él dormía. Selver escuchó, y los miró uno a uno, y ellos vieron al dios en él. En la repulsión y el temor que habían seguido a la Noche de Eshsen algunos llegaron a dudar. Tenían sueños turbulentos de sangre y fuego; pasaban el día entero rodeados por extraños, gente venida de todos los confines de los bosques, en centenares, en millares, todos se precipitaban a este lugar como cuervos sobre la carroña, todos desconocidos entre sí; y les parecía que había llegado el Fin, que nada volverá ser como antes, que nada estaría bien de nuevo. Pero en presencia de Selver recordaron el propósito, y la angustia que los dominaba se calmó, y esperaron a que hablase.

—La matanza ha terminado —dijo —. Aseguraos de que todo el mundo lo sepa. —Los miró uno a uno —. Tengo que hablar con los del corral, ¿Quién los dirige allí?

—Pavo, Pieplano, Ojosllorosos —dijo Reswan, el ex esclavo.

—¿Pavo vive? Bien. Ayúdame a levantarme, Greda, noto los huesos blandos…

Cuando llevaba un rato levantado, se sintió más fuerte, y una hora después se ponía en marcha hacia Eshsen, a dos horas de camino

de Endtor.

Cuando llegaron, Reswan trepó por una escalera apoyada contra el muro del pabellón y gritó en la jerga que se les enseñaba a los esclavos: —¡Dong —venir —puerta Rápido-volando!

Allá abajo en los pasillos que separaban las achaparradas barracas de cemento, algunos de los yumenos le gritaron y le arrojaron cascotes de tierra. Reswan desapareció y esperó.

El viejo coronel no apareció, pero Gosse, a quien ellos llamaban Ojosllorosos, salió cojeando de una cabaña y llamó a Reswan: —El coronel Dongh está enfermo, no puede salir.

—¿Enfermo de qué?

—Intestinos, enfermo por el agua. ¿Qué quieres?

—Hablar —hablar. Mi señor dios —dijo Reswan en su propia lengua, mirando a Selver—, el Pavo se esconde, ¿quieres hablar con Ojosllorosos?

—Está bien.

—¡Vigilad la puerta, arqueros! A la puerta, se-ñor Goss-a, ¡Rápido-volando!

La puerta se abrió apenas el tapado y el tiempo suficiente para que Gosse pudiera escurrirse afuera. Se detuvo, solo, frente al grupo de Selver. Se apoyaba con precaución en una pierna, herida en la Noche de Eshsen. Vestía un pijama andrajoso, sucio de barro y empapado por la Bula. El cabello gris le caía liso alrededor de las orejas y sobre la frente. Dos veces más alto que sus captores, se mantenía muy tieso, y les observaba con temeraria, indignada consternación.

—¿Qué quieres?

—Tenemos que hablar, señor Gosse —dijo Selver, que había aprendido de Lyubov el inglés común —. Soy Selver del Fresno de Eshreth. Soy amigo de Lyubov.

—Sí, te conozco —¿Qué tienes que decir?

—Tengo que decir que la matanza ha terminado, si puede haber una promesa respetada por la gente de usted y por mi pueblo. Todos ustedes podrán quedar en libertad, si todos los hombres de los campamentos de leñadores de Sornol del Sur, Kushil y Rieshwel se concentran y se quedan aquí juntos. Ustedes pueden vivir aquí donde el bosque está muerto, donde ustedes cultivan sus cereales. No habrá más talado de árboles.

Ahora la expresión de Gosse era de ansiedad.

—¿Los campamentos no fueron atacados?

—No.

Gosse no dijo nada. Selver lo miró, y volvió a hablar: —De los hombres de usted, quedan menos de dos mil con vida, creo yo. Las mujeres han muerto todas. En los otros campamentos todavía hay

armas; ustedes podrían matar a muchos de los nuestros. Pero nosotros tenemos algunas armas. Y somos más de los que ustedes podrían matar. Supongo que lo saben, y que por eso no han tratado de que las naves voladoras les trajeran lanzallamas, para matar a los guardias y huir. Sería inútil; somos realmente muchos. Si lo prometen, junto con nosotros, será para bien de todos, y entonces podrán esperar sin peligro hasta que llegue una de sus Grandes Naves, y podrán marcharse del mundo. Esto será dentro de tres años, creo.

—Sí, tres años locales… ¿Cómo lo sabes?

—Bueno, los esclavos tienen oídos, señor Gosse.

Gosse lo miró al fin abiertamente. Desvió los ojos, se movió, intranquilo, trató de acomodar la pierna lastimada. Volvió a mirar a Selver, y de nuevo desvió los ojos —Nosotros ya habíamos "prometido" no hacer daño a ninguno de tu pueblo. Por eso dejamos en libertad a los trabajadores. No sirvió de nada, no escuchasteis.

—No nos prometieron nada a nosotros.

—¿Cómo podemos llegar a un acuerdo o un pacto con un pueblo que no tiene gobierno, sin una autoridad central?

—No lo sé. No estoy seguro de que ustedes sepan lo que es una promesa. La quebrantaron pronto.

—¿Qué quieres decir? ¿Por quiénes? ¿Cómo?

—En Rieshwel, Nueva Java. Hace catorce días. Unos yumenos del Campamento de Rieshwel incendiaron una población y mataron a los habitantes.

—Eso no es cierto. Estuvimos en contacto radial directo con Nueva Java todo el tiempo, hasta la masacre. Nadie mató a los nativos allí, ni en ningún otro sitio.

—Usted dice la verdad que conoce —dijo Selver—, yo la verdad que conozco. Acepto que ignore la matanza en Rieshwel, y usted acepte que yo le diga que hubo una matanza.

Esto queda en pie: la promesa será hecha a nosotros y con nosotros, y será respetada.

Quizá usted quiera discutir estas cuestiones con el coronel Dongh y los demás.

Gosse hizo un movimiento como si fuese a entrar en el pabellón, y en seguida se volvió y dijo con su voz ronca, profunda: —¿Quién eres tú, Selver? Fuiste tú… fuiste tú quien organizó el ataque? ¿Tú los dirigiste?

—Sí, fui yo.

—Entonces toda esta sangre pesa sobre tu cabeza —dijo Gosse, con una ferocidad repentina—, y también la de Lyubov, sabes, Lyubov, tu amigo… está muerto.

Selver no comprendió la expresión. Había aprendido a asesinar, pero de la culpa poco sabía fuera del nombre. Vio la mirada fría,

resentida de Gosse, y sintió miedo. Se estremeció; un frío mortal le subió por el cuerpo. Trató de alejarlo cerrando un momento los ojos. Por último dijo: —Lyubov es mi amigo, y por eso no está muerto.

—Vosotros sois niños —dijo Gosse con odio —. Niños salvajes. No tenéis noción de la realidad. ¡Esto no es sueño, esto es real! ¡Tú mataste a Lyubov! Ahora está muerto. Tú mataste a las mujeres, las mujeres, ¡tú las quemaste vivas, las descuartizaste como animales!

—Tendríamos que haberlas dejado vivir? —preguntó Selver con igual vehemencia, pero con voz más suave, un poco cantarina —. ¿Para que procreasen como insectos en el capullo del Mundo? ¿Para que nos aplastaran? Las matamos para esterilizarlos a ustedes. Sé lo que es la realidad, señor Gosse. Lyubov y yo hemos hablado de esas palabras. Un hombre con sentido de la realidad es aquel que conoce el mundo y que también conoce sus propios sueños. Ustedes no son sanos: no hay entre ustedes un solo hombre que sepa soñar. Ni siquiera Lyubov, y él era el mejor. Ustedes duermen, se despiertan y olvidan lo que han soñado, y vuelven a dormir y a despertar, y así transcurre para ustedes toda la vida, ¡y creen que eso es la existencia, la vida, la realidad! Ustedes no son niños, son adultos, pero dementes. Y por eso tuvimos que matarles, antes que nos enloquecieran a nosotros. Ahora vuelva y hable de la realidad con los otros locos. ¡Hable largo, y bien!

Los guardias abrieron la puerta, amenazando con sus lanzas a los yumenos que se amontonaban en el interior; Gosse volvió a entrar en el pabellón, los anchos hombros encorvados como amparándose de la lluvia.

Selver estaba muy cansado. La matriarca de Berre y otra mujer se le acercaron y caminaron con él; se apoyó en los hombros de las mujeres para no caer si tropezaba. La joven cazadora Greda, una prima de su mismo Arbol, bromeaba con él, y Selver le respondía como atolondrado, riendo. La caminata de regreso a Endtor pareció durar días y días.

Estaba demasiado fatigado para comer. Bebió un poco de caldo caliente y se tendió a descansar junto a la Hoguera de los Hombres. Endtor no era una población sino un simple campamento a orillas del gran río, un lugar de pesca favorito de todas las ciudades que habían existido alguna vez en los bosques de alrededor, antes de la llegada de los yumenos. Allí no había Albergue. Dos fogones circulares de piedra negra y una larga ribera tapizada de hierbas donde se podía instalar las tiendas de cuero y junco trenzado, eso era Endtor. Allí el río Menend, el río más caudaloso de Sornol, hablaba incesantemente en el mundo y en el sueño.

Había muchos ancianos junto al fuego, algunos que Selver conocía de Brotor y Tuntar y Eshreth, su ciudad destruida, algunos

que no conocía; podía ver en sus ojos y sus gestos, y oír en sus voces, que eran Grandes Soñadores; quizá nunca y en ningún sitio se habían reunido antes tantos soñadores. Tendido en el suelo, la cabeza apoyada en las manos, la mirada en las llamas, Selver dijo: —He llamado locos a los yumenos. ¿También yo estoy loco?

—Tú no distingues un tiempo de otro —dijo el viejo Tubab, empujando una piña hacia la hoguera —porque hace demasiado tiempo que no sueñas ni dormido ni despierto. El precio de eso es caro de pagar.

—Los venenos que toman los yumenos producen un efecto muy semejante al del no dormir y no soñar —dijo Heben, que había sido esclavo en Central y en el Campamento Smith —. Los yumenos se envenenan para poder soñar. Yo vi las caras de los soñadores después de tomar los venenos. Pero ellos no podían llamar a los sueños, ni gobernarlos, ni entretejerlos, ni modelarlos, ni dejar de soñarlos; eran arrastrados, dominados por los sueños. Lo mismo le ocurre a un hombre que no ha soñado durante muchos días. Aunque sea el más sabio de su Albergue, igual estará loco, de vez en cuando, por momentos, y durante mucho tiempo después de esa experiencia. Será arrastrado, esclavizado. No se comprenderá a sí mismo.

Un anciano muy venerable con el acento de Sornol del Sur puso la mano en el hombro de Selver, lo acarició, y dijo: —Mi amado y joven dios, lo que tú necesitas es cantar, eso te haría bien.

—No puedo. Canta por mí.

El anciano cantó; otros se unieron a él, las voces tenues y, aflautadas, casi disonantes, como el viento que soplaba en los cañaverales de Endtor. Cantaron una de las canciones del Fresno, que hablaba de las hojas delicadas que amarillean en otoño cuando las bayas se ponen rojas, y una noche las platea la primera escarcha.

Mientras Selver escuchaba la canción del Fresno, Lyubov yacía junto a él. Así, acostado, no parecía tan monstruosamente alto y grande de miembros. Detrás asomaba el edificio semidesmoronado, destripado por el fuego, negro contra las estrellas.

—Soy como tú —decía, sin mirar a Selver, con esa voz de los sueños que trata de revelar su propia irrealidad —. Me duele la cabeza —dijo Lyubov con su voz natural, frotándose la nuca como lo hacía siempre, y entonces Selver extendió el brazo para tocarlo, para consolarlo.

Pero en el tiempo-mundo Lyubov era sombra y resplandor de llamas, y los ancianos estaban cantando la canción del Fresno, las florecillas blancas en las ramas negras, en primavera, entre las hojas.

Al día siguiente los yumenos prisioneros en el pabellón quisieron hablar con Selver.

Selver llegó a Eslisen al atardecer, y se reunió con ellos fuera del

pabellón, bajo las ramas de un roble, pues la gente de Selver se sentía un poco incómoda bajo el cielo abierto y desnudo. Eslisen había sido un robledal, y ese árbol era el más grande de los pocos que los colonos habían dejado en pie. Se alzaba en la larga pendiente que se extendía detrás de la cabaña de Lyubov, una de las seis o siete casas que habían salido indemnes de la noche del ataque. Junto a Selver, al abrigo del roble, estaban Reswan, la matriarca de Berre, Greda de Cadast, y algunos otros que deseaban asistir a la reunión, unos doce en total. Muchos arqueros montaban guardia; temían que los yumenos pudiesen tener armas ocultas, pero se habían apostado detrás de los arbustos o de los escombros del incendio, para no dominar la escena con la apariencia de una amenaza. Con Gosse y el coronel Dongh estaban tres de los yumenos llamados oficiales y dos del campamento de leñadores, a la vista de uno de los cuales, Benton, los ex esclavos contuvieron el aliento.

Benton acostumbraba castigar a los "creechis holgazanes" castrándolos en público.

El coronel había adelgazado, la tez normalmente de un color amarillo pardusco era ahora de un amarillo grisáceo; la enfermedad no había sido fingida.

—Bien, la primera cosa —dijo cuando estuvieron todos instalados, los yumenos de pie, la gente de Selver en cuclillas o sentada en el musgo húmedo y suave que rodeaba al roble—, la primera cosa es que yo quiero tener ante todo una definición clara de qué significan exacta y precisamente esos términos propuestos por ustedes, y qué significan como garantía de seguridad para mi personal aquí presente y bajo mis órdenes.

Hubo un silencio.

—Algunos de ustedes entienden mi lengua, ¿no?

—Sí. Lo que no entiendo es su pregunta, señor Dongh.

—¡Coronel Dongh, si me hace el favor!

—Entonces usted me llamará a mí coronel Selver, si me hace el favor.

Un canturreo vibró en la voz de Selver que se puso de pie, dispuesto a combatir, mientras las melodías le fluían como ríos por la mente.

Pero el viejo yumeno no se movió; enorme, pesado e iracundo, no aceptó el desafío.

—No vine aquí para ser insultado por vosotros, pigmeos humanoides —dijo.

¡Pero los labios le temblaron mientras lo decía. Era viejo, y se sentía acobardado y humillado. Toda esperanza de triunfo se extinguió en Selver. Ya no había triunfo en el mundo, sólo muerte. Se volvió a sentar.

—No fue mi intención insultarle, coronel Dongh —dijo con resignación —¿Quiere repetir la pregunta, por favor?

—Quiero oír los términos de su proposición, y luego ustedes oirán los nuestros, y eso es todo lo que quiero saber.

Selver repitió lo que le había dicho a Gosse.

Dongh lo escuchó con aparente impaciencia.

—Muy bien. Lo que ustedes no comprenden es que desde hace tres días tenemos una radio en funcionamiento en el pabellón. — Selver lo sabía en realidad. Reswan había averiguado en seguida qué era el objeto lanzado por el helicóptero, temiendo que pudiera tratarse de un arma; los guardias le informaron que era una radio y permitió que los yumenos la retuviesen. Selver se limitó a sacudir la cabeza —. Eso quiere decir que hemos estado en contacto con los tres campamentos, los dos de Isla King y el de Nueva Java, directamente, y si hubiésemos decidido preparar un golpe y escapar de la cárcel del pabellón, nos hubiera sido muy fácil hacerlo. Los helicópteros nos arrojarían armas y cubrirían nuestros movimientos con sus ametralladoras. Un lanzallamas nos habría bastado para salir del pabellón, y en caso de necesidad hay bombas que pueden volar toda una isla ustedes no Es han visto funcionar, por supuesto.

—Y si escapaban del pabellón, ¿adónde habrían ido?

—El hecho real, sin introducir en esto ningún elemento incoherente o erróneo, es que ahora las fuerzas de ustedes nos superan considerablemente en número, pero nosotros tenemos los cuatro helicópteros en los campamentos, que es inútil que intenten inutilizar puesto que están bajo custodia armada permanente, así como todos los explosivos. De manera que la cruda realidad de la situación es que estamos empatados, si lo podemos llamar así, y que debemos discutir en igualdad de condiciones. Esta es, por supuesto, una situación transitoria. De ser necesario estamos autorizados a una acción militar defensiva a fin de impedir una guerra por todos los medios. Además estamos respaldados por el Poder bélico de la Flota Terráquea Interestelar, que podría borrar definitivamente del cielo vuestro planeta. Pero estas ideas son demasiado abstractas para nosotros, de modo que digámoslo tan clara y llanamente como sea posible: estamos dispuestos a negociar con vosotros, en los términos de un equitativo marco de referencia.

La paciencia de Selver era corta; sabía que el malhumor era un síntoma de su deteriorado estado mental, pero ya no podía dominarlo.

—Prosiga, entonces.

—Bien, ante todo quiero que se comprenda claramente que tan pronto como tuvimos la radio en nuestro poder ordenamos a los otros campamentos que no nos trajeran armas ni intentaran ningún rescate aéreo, y que las represalias estaban estrictamente prohibidas.

—Eso fue prudente. ¿Qué más?

El coronel Dongh inició una réplica furibunda, y de pronto se interrumpió; se había puesto muy pálido.

—¿No hay aquí dónde sentarse? —preguntó.

Selver dio la vuelta por detrás del grupo de yumenos, subió la pendiente, entró en la cabaña de dos habitaciones, y cogió la silla plegable del escritorio. Antes de abandonar la habitación silenciosa se inclinó y apoyó la mejilla sobre la madera rayada y tosca del escritorio, donde siempre se había sentado Lyubov cuando trabajaba con Selver o a solas; algunos de sus papeles estaban allí todavía; Selver los acarició. Llevó la silla afuera y la instaló en la tierra mojada por la lluvia. El viejo se sentó, mordiéndose los labios, los ojos almendrados arrugados de dolor.

—Señor Gosse, quizá usted pueda hablar por el coronel —dijo Selver —. El no se siente bien.

—Yo seguiré con las conversaciones —dijo Benton, adelantándose, pero Dongh meneó la cabeza y murmuró—: Gosse.

Con el coronel como oyente más que como orador, las cosas anduvieron mejor. Los yumenos aceptaban las condiciones de Selver. Con una promesa mutua de paz, retirarían todos los destacamentos y vivirían en una sola área, la región que habían desbrozado en Sornol Central: unos dos mil kilómetros cuadrados de tierras onduladas, bien regadas. Se comprometían a no entrar en los bosques; la gente del bosque se comprometió a no entrar en las Tierras Mutiladas.

Las cuatro aeronaves sobrevivientes dieron motivo a algunas discusiones. Los yumenos insistían en que las necesitaban para traer a sus hombres a Sornol desde las caras islas. Como las máquinas sólo podían transportar cuatro hombres en cada viaje, a Selver le pareció que los yumenos llegarían más rápido a Eshsen caminando y les ofreció el auxilio de unas balsas para cruzar el estrecho; pero al parecer los yumenos no eran grandes caminadores. Muy bien, podían conservar los helicópteros para lo que ellos llamaban la “Operación Aérea de Rescate”. Después de eso tenían que destruirlos.

Negativa. Indignación. Cuidaban más de sus máquinas que de sus cuerpos. Selver transigió, diciendo que podían conservar los helicópteros a condición de que volaran solamente sobre las Tierras Mutiladas y que las armas que había en ellas fuesen destruidas. También este punto suscitó discusiones, pero entre ellos, mientras Selver esperaba, repitiendo de vez en cuando los términos de su exigencia, porque en este punto no estaba dispuesto a ceder.

—¿Qué diferencia hay, Benton? —dijo por último el anciano coronel, furibundo y tembloroso —. ¿No ve que no podemos usar esas malditas armas? Hay tres millones de estos humanoides diseminados por todas estas islas del demonio, todas cubiertas de árboles y

malezas, sin ciudades, sin redes de servicios vitales, sin un control centralizado.

No se puede desmantelar con bombas una estructura del tipo guerrilla, eso está demostrado, y en realidad la parte del mundo en que yo nací lo demostró durante casi treinta años, derrotando una tras otra a las grandes superpotencias en el siglo veinte. Y hasta que llegue una nave, no estaremos en condiciones de demostrar nuestra superioridad. ¡Al demonio con el equipo grande si podemos conservar las armas blancas para la caza y la defensa personal!

Dongh era el Viejo para ellos, la Autoridad Suprema, y al final su opinión prevaleció, como hubiera podido hacerlo en un Albergue de Hombres. Benton se enfurruñó. Gosse empezó a hablar de lo que sucedería si la tregua era violada, pero Selver le interrumpió.

—Ésas son posibilidades, y aún no hemos acabado con las certezas. Esa Gran Nave de ustedes ha de volver dentro de tres años, es decir tres años y medio en la cronología terrestre. Hasta entonces, son libres aquí. No les será muy duro. Nada más se retirará de Centralville, excepto algunos de los trabajos de Lyubov que yo quiero conservar. Todavía tienen aquí la mayor parte de las herramientas para cortar árboles y remover la tierra; si necesitan más, las minas de hierro de Peldel están dentro de este territorio. No hay ninguna confusión posible, me parece. Sólo resta saber una cosa: cuando esa nave venga, ¿qué querrá hacer con ustedes, y con nosotros?

—No lo sabemos —dijo Gosse.

Y Dongh explicó: —En primer lugar, si ustedes no hubieran destruido el ansible, ahora podríamos recibir información regular sobre estos problemas, y nuestros informes influirían ciertamente en las decisiones que puedan adoptarse sobre el estatus definitivo de este planeta, decisiones que podríamos comenzar a poner en práctica antes que la nave regrese a Prestno. Pero de esa injustificable destrucción, debida al desconocimiento de vuestros propios intereses, no se ha salvado ni siquiera una radio capaz de retransmitir a una distancia de unos pocos centenares de kilómetros.

—¿Qué es el ansible?

La palabra había aparecido antes en esta conversación; era nueva para Selver.

—Un CID —dijo el coronel, reticente.

—Una especie de radio —dijo Gosse con arrogancia —. Nos ponía en comunicación instantánea con nuestro mundo natal.

—¿Sin la espera de veintisiete años?

Gosse clavó la vista en Selver.

—Así es. Exactamente. Aprendiste mucho de Lyubov, ¿no?

—Si habrá aprendido —dijo Benton —. Era el verde amiguito del alma de Lyubov. Se enteraba de todo cuanto valía la pena saber y un

poquito más. Como por ejemplo cuáles eran los puntos vitales y dónde estaban apostados los guardias, y cómo llegar a las armas en el Arsenal. Deben de haber estado en contacto hasta el momento mismo en que comenzó la masacre.

Gosse parecía molesto.

—Raj está muerto. Todo eso no tiene nada que ver ahora, Benton. Lo que tenemos que establecer…

—¿Está usted tratando de insinuar de algún modo que el capitán Lyubov estaba involucrado en alguna actividad que pudiera considerarse traición a la Colonia, Benton? dijo Dongh, echando fuego por los ojos y oprimiéndose el vientre con las manos —. No había espías ni traidores en mi personal. Lo seleccioné escrupulosamente antes de partir, y yo conozco a la gente con quien tengo que tratar.

—No estoy insinuando nada, coronel. Estoy diciendo claramente que fue Lyubov quien incitó a los creechis, y que si no se hubiesen modificado las órdenes después de que esa nave de la Flota estuvo aquí, nunca hubiera sucedido.

Gosse y Dongh empezaron a hablar al mismo tiempo —Todos ustedes están muy enfermos —observó Selver, levantándose y sacudiéndose, porque las húmedas hojas pardas del roble se le adherían como la seda a la corta pelambrera del cuerpo —. Lamento que hayamos tenido que retenerlos en el corral de los creechis, no es un sitio agradable para la mente. Por favor, hagan traer a los hombres de los otros campamentos. Cuando todos estén aquí y las armas grandes hayan sido destruidas, y la promesa haya sido pronunciada por todos nosotros, entonces les dejaremos en paz. Las puedas del corral serán abiertas hoy, cuando yo me haya marchado. ¿Hay algo más que decir?

Ninguno de ellos dijo nada. Todos bajaron la vista y lo miraron. Siete hombres, de piel tostada o trigueña, lampiños, vestidos con telas, de ojos sombríos, rostros malhumorados; doce hombrecillos verdes o verde parduscos, cubiertos de vello, con los grandes ojos de las criaturas seminocturnas, rostros soñadores; entre los dos grupos, Selver, el traductor, frágil, desfigurado, llevando en las manos vacías los destinos de todos. La lluvia caía silenciosamente alrededor, sobre la tierra parda.

—Adiós, entonces —dijo Selver, y se alejó con su grupo.

—No son tan estúpidos —dijo la matriarca de Berre cuando acompañaba a Selver a Endtor —. Pensaba que semejantes gigantes tenían que ser estúpidos, pero se dieron cuenta de que eres un dios; lo vi en sus caras al final de la charla. Qué bien hablas esa jerga. Feos son, ¿crees que sus hijos tampoco tendrán pelos?

—Eso nunca lo sabremos, espero.

—Aj, imagínate dar de mamar a un niño que no tiene pelo. Como

tratar de amamantar a un pez —Están todos locos —dijo el viejo Tubab con una expresión de profunda tristeza —. Lyubov no era así, cuando venía a Tuntar. Era ignorante, pero sensible. Pero éstos discuten, y se burlan del viejo, y se odian unos a otros, así —y torció la cara gris para imitar la expresión de los terráqueos, cuyas palabras, naturalmente, no había podido entender —. ¿Fue eso lo que tú les dijiste, Selver, que están locos?

—Les dije que estaban todos enfermos. Pero no olvidemos que han sido derrotados, y heridos, y encerrados en esa jaula de piedra. Después de eso cualquiera podría estar enfermo p por lo tanto, necesitar curarse.

—Quién les va a curar —dijo la matriarca de Berre —si todas sus mujeres están muertas.

Mala suerte. Pobres cosas feas… grandes arañas desnudas, eso son, ¡aj!

—Son hombres, hombres, igual que nosotros —dijo Selver, la voz aguda y afilada como un cuchillo.

—Oh, mi amado señor dios, eso lo sé, sólo quise decir que parecen arañas —dijo la anciana, acariciándole la mejilla —. Escuchad, vosotros: Selver está extenuado con todo este ir y venir entre Endtor y Eslisen; sentémonos un ratito a descansar.

—Aquí no —dijo Selver. Todavía estaban en las Tierras Mutiladas, entre tocones y pendientes herbosas, bajo el cielo desnudo —. Cuando lleguemos a los árboles…

Se tambaleó, y aquellos que no eran dioses lo ayudaron a avanzar por el camino.

7

Davidson le encontró una utilidad a la grabadora del comandante Muhamed. Alguien tenía que registrar los sucesos de Nueva Tahití, hacer una historia de la crucifixión de la Colonia Terráquea. Para que cuando llegasen las naves desde la Madre Tierra pudieran conocer la verdad. Para que las futuras generaciones supieran de cuánta deslealtad, cobardía y estupidez eran capaces los humanos, y de cuánto coraje mostraban en la adversidad. En sus momentos libres —no mucho más que momentos desde que había asumido el mando— grababa toda la historia de la masacre de Campamento Smith, y llevaba al día los registros de Nueva Java, así como los de Isla King y Central, lo mejor que podía con ese histérico parloteo adulterado que era lo único que recibía a guisa de noticias desde el cuartel general de Central.

Exactamente lo que había sucedido allí, nadie lo sabría jamás, excepto los creechis, pues los humanos estaban tratando de esconder sus propias traiciones y errores. Las líneas generales eran claras; sin embargo. Una pandilla organizada de creechis, capitaneada por Selver, había tenido acceso al Arsenal y los hangares, y provista de dinamita, granadas, fusiles y lanzallamas se había desbandado por la ciudad destruyéndola y asesinando a los humanos. Que habían contado con la complicidad de alguien del poblado, lo probaba el hecho de que el primer edificio que volaron fuera el cuartel general. Lyubov, por supuesto, había estado en la traición, y sus verdes amiguitos del alma se lo habían agradecido como era de esperar, cortándole el gañote lo mismo que a los otros. Al menos Gosse y Benton pretendían haberlo visto muerto a la mañana siguiente de la masacre. Aunque en realidad, ¿se podía creer lo que dijera cualquiera de ellos? Estaba plenamente justificado suponer que de los humanos que quedaban con vida en Central después de aquella noche, todos, quien más quien menos, eran traidores.

Traidores a su propia raza.

Las mujeres estaban todas muertas, aseguraban. Esto era ya bastante grave pero había algo peor: podía no ser cierto. Era fácil para los creechis esconder prisioneros en los bosques, y nada más fácil de atrapar que una chica que huye despavorida de una ciudad en llamas. ¿Y no les gustaría a los pequeños demonios verdes apoderarse de una muchacha humana y tratar de experimentar con ella? Sabe Dios cuántas de las mujeres seguían con vida en las madrigueras de los creechis, atadas de pies y manos en una de esas hediondas cuevas subterráneas, toqueteadas y manoseadas y ensuciadas por los inmundos, los peludos pigmeos antropoides. Era inconcebible. Pero

por Dios, algunas veces uno tenía que ser capaz de concebir lo inconcebible.

Un helicóptero de King había lanzado a los prisioneros de Central un receptor transmisor al día siguiente de la masacre, y a partir de ese día Muhamed había grabado todas las conversaciones con Central. Lo más increíble de todo era una conversación entre Muhamed y el coronel Dongh. La primera vez que la escuchó, Davidson había arrancado la cinta del aparato y la había quemado. Ahora deseaba haberla conservado, como documento, como una prueba perfecta de la absoluta incompetencia de los comandantes, tanto en Central como en Nueva Java. La había destruido en un arranque de furia, es cierto. Pero ¿cómo hubiera podido escuchar pacientemente las voces del coronel y del comandante tramando una rendición incondicional ante los creechis, decidiendo no tornar represalias, no defenderse, renunciar a todas las armas grandes, y amontonarse todos juntos en un pedacito de tierra elegido para ellos por los creechis, un reducto que les era concedido por los generosos vencedores, las bestezuelas verdes. Era increíble, literalmente increíble.

Probablemente el viejo Ding Dong y Moo no eran en realidad traidores conscientes. Se habían vuelto locos, estaban reblandecidos. Y la culpa la tenía este planeta del demonio.

Había que tener una personalidad fuerte para aguantarlo. Había algo en el aire, tal vez el polen de todos esos árboles, que actuaba como una especie de droga, que hacía que los humanos comunes empezaran a volverse tan estúpidos y a vivir tan fuera de la realidad como los propios creechis. Para colmo, al ser tan inferiores numéricamente, eran meras piltrafas, fáciles de exterminar para los creechis.

Era una lástima que Muhamed hubiera tenido que ser eliminado pero nunca habría estado dispuesto a aceptar los planes de Davidson, eso era evidente; había ido demasiado lejos. Cualquiera que hubiese oído aquella grabación increíble pensaría lo mismo. Por eso fue mejor fusilarlo antes de que supiera realmente lo que estaba pasando, y ahora él tenía un nombre sin mancha, no como Dongh y todos los otros oficiales que seguían con vida en Central.

Dongh no había aparecido por la radio últimamente. Casi siempre hablaba Juju Sereng, de Ingeniería. Davidson había salido de juerga frecuentemente con Juju y le consideraba un amigo, pero ahora no se podía confiar en nadie. Y Juju era otro asiatiforme. En verdad, parecía raro que tantos de ellos hubiesen sobrevivido a la masacre de Centralville; de todos los hombres con quienes había hablado, el único no-asio era Gosse. Aquí en Java los cincuenta y cinco hombres leales que quedaban luego de la reorganización eran casi todos eurafs como él, algunos afros y afroasiáticos, pero ninguno asio puro. La sangre es

la sangre. Uno no podía ser verdaderamente humano si no llevaba en las venas unas gotas de sangre de la Cuna del Hombre. Eso no le impediría, por supuesto, salvar a los infelices bastardos amarillos de Central, pero explicaba en parte el colapso moral y la escasa resistencia de esa gente.

—¿No te das cuenta del aprieto en que nos estás metiendo, Don? —de había preguntado Juju Sereng con esa voz insulsa que tenía —. Hemos pactado una tregua formal con los creechis. Y tenemos órdenes directas de la Tierra de no interferir en la vida de los esvis, ni tomar represalias. Y de todas maneras, ¿qué represalias podríamos tomarnos? Ahora que todos los hombres de Isla King y Central del Sur están aquí con nosotros, no llegamos a dos mil, y ¿cuántos tienes tú allí en Java, unos sesenta y cinco, no? ¿Crees de veras que dos mil hombres pueden dominar a tres millones de enemigos inteligentes, Don?

—Juju, cincuenta hombres pueden hacerlo. Es cuestión de voluntad, habilidad, y armamento.

—¡Mierda! Pero el hecho es, Don, que se ha pactado una tregua. Y si se viola, estamos perdidos. Es lo único que nos mantiene a flote por el momento. Tal vez cuando la nave vuelva de Prestno y vea lo que ha pasado, decidan acabar con los creechis. No lo sabemos. Pero al parecer, los creechis tienen la intención de respetar la tregua, al fin y al cabo fue idea de ellos, y tuvimos que aceptarla. Pueden acabar con nosotros en cualquier momento, por simple superioridad numérica, como lo hicieron en Centralville. Eran miles y miles. ¿No puedes entenderlo, Don?

—Escucha, Juju, claro que lo entiendo. Si vosotros tenéis miedo de usar los tres helicópteros que os quedan, podríais mandarlos aquí, con algunos hombres que vieran cómo hacemos las cosas. Si voy a liberaros a todos sin ayuda, algunos helicópteros más me vendrían muy bien.

—Novas a liberarnos, vas a incinerarnos, ¡pedazo de estúpido! Manda ese helicóptero que te queda aquí a Central, ahora mismo: es una orden personal del coronel, como comandante efectivo. Utilízalo para mandar aquí a tus hombres; doce viajes, en cuatro días locales podrás hacerlo. Acata esas órdenes y manos a la obra.

Clic, había cortado… tenía miedo de seguir discutiendo con él.

Al fin empezó a preocuparle que pudieran mandar los tres helicópteros y bombardear o ametrallar el Campamento Nueva Java; porque técnicamente, él, Davidson, estaba desobedeciendo órdenes, y al viejo Dongh no le gustaba la gente independiente. Bastaba ver cómo se las había tomado ya con Davidson, a causa de esa incursión insignificante en represalia por lo de Campamento Smith. La iniciativa era castigada. Lo que a Ding Dong le gustaba era la sumisión, como a

la mayoría de los oficiales. El peligro era que el oficial mismo podía volverse sumiso. Davidson comprendió finalmente, con genuina sorpresa, que los helicópteros no representaban ninguna amenaza para él, pues Dongh, Sereng, Gosse y hasta Benton tenían miedo de mandarlos. Los creechis les habían ordenado conservar los helicópteros dentro del Reducto Humano: y estaban obedeciendo órdenes.

Cristo, le daba náuseas. Era tiempo de actuar. Habían estado esperando de brazos cruzados durante casi dos semanas. Él tenía su campamento bien defendido; habían reforzado la empalizada para que ningún hombre mono enano y verde pudiese saltarla, y ese chico tan hábil, Aabi, había armado montones de minas terrestres y las había sembrado alrededor de la empalizada en un círculo de cien metros. Era hora de demostrar a los creechis que a esos borregos de Central podían llevarles por las narices, pero que aquí, en Nueva Java, era con hombres con quienes tenían que habérselas. Salió en el helicóptero y con él guió a un escuadrón de infantería de quince hombres hasta una madriguera creechi al sur del campamento. Había aprendido a localizarlas desde el aire; lo que las delataba eran los huertos, las concentraciones de ciertos tipos de árboles, aunque no los plantaban en hileras como los humanos. Era increíble la cantidad de madrigueras que aparecían una vez que uno aprendía a localizarlas. El bosque era un verdadero vivero. El grupo invasor incendió a mano esa madriguera, y luego, en el vuelo de regreso con un par de los muchachos, Davidson localizó otra, a menos de cuatro kilómetros del campamento. En, ésa, sólo para dejar su firma bien clara y que todos pudieran leerla, dejó caer una bomba. Una simple bomba incendiaria, no una de las grandes, pero cómo hizo volar la piel verde. Dejó un enorme agujero en el bosque, y los bordes del agujero estaban en Ramas.

Naturalmente, ésa seda su auténtica arma cuando llegase la hora de las represalias en masa. Incendios en los bosques. Con bombas y gelinita arrojadas desde el helicóptero, podía arrasar con fuego cualquiera de esas islas. Tendría que esperar un mes o dos, hasta que pasara la estación de las lluvias. ¿Por dónde empezaría, por King, Smith o Central? King primero, quizá, a modo de advertencia, ya que allí no quedaban humanos.

Luego Central, si no reaccionaban por las buenas.

—¿Qué diantre está tratando de hacer? —dijo la voz en la radio, y Davidson no pudo menos que sonreír, tan agónica sonaba, como una vieja a la que tienen contra la pared —. ¿Se da cuenta de lo que está haciendo, Davidson?

—Ajá.

—¿Se imagina que va a vencer a los creechis?

No era Juju esta vez; quizá el sabihondo de Gosse, o cualquiera de ellos; ninguna diferencia: todos balaban baa baa.

—Sí, eso creo —dijo Davidson con irónica mansedumbre.

—¿Supone que si sigue quemando aldeas irán a buscarlo para rendirse… tres millones?

¿Eso supone?

—Tal vez.

—Mire, Davidson —dijo la radio, al cabo de un momento, zumbando y gimiendo; estaban utilizando un equipo de emergencia, ya que habían perdido el transmisor grande, junto con ese ansible de pacotilla que más valía perderlo —. Oiga, ¿hay alguien más allí con quien podamos hablar?

—No; todos están muy ocupados. Mire, por aquí todo anda de perlas, pero nos hemos quedado sin postres, sabe, ensalada de frutas, melocotones, esas menudencias. Y algunos de los muchachos las echan de menos, realmente. Y estábamos esperando una partida de marihuana cuando los volaron a ustedes. Si mando hasta allí un helicóptero, ¿podrían separarnos unos cuantos cajones de golosinas y un poco de hierba?

Una pausa.

—Sí, mándelo, y nada más.

—Fantástico. Preparen las cosas en una red, para que los muchachos puedan pescarlas sin necesidad de aterrizar.

Sonrió mostrando los dientes.

Hubo algunas idas y venidas allá en Central, y de pronto el viejo Dongh apareció en la línea, la primera vez que le hablaba a Davidson. La voz sonaba débil y sin aliento en la crepitante onda corta.

—Escuche, capitán, quiero saber si se da cuenta realmente de las medidas que tendré que tomar por las acciones que usted está dirigiendo en Nueva Java; si continúa desobedeciendo las órdenes. Estoy tratando de razonar con usted como soldado leal y razonable. A fin de garantizar la seguridad de mi gente aquí en Central, entienda que me veré en la necesidad de informar a los nativos de que no podemos asumir absolutamente ninguna responsabilidad por las acciones de usted.

—Eso es correcto, señor.

—Lo que estoy tratando de hacerle entender es que esto significa que nos veremos obligados a tener que decirles que no podemos impedir que usted viole la tregua allá en Java. El personal ahí es de sesenta y seis hombres, ¿correcto?; pues bien, quiero tener a esos hombres sanos y salvos aquí en Central con nosotros para esperar la llegada del Shackleton y mantener unida la Colonia. Usted está empeñado en una carrera suicida y soy responsable por los hombres que están ahí con usted.

—No, usted no es responsable, señor. Yo lo soy. Usted quédese tranquilo. Pero cuando vean la selva en llamas, corran y busquen algún Desmonte. No queremos asarlos vivos junto con los creechis.

—Escuche ahora, Davidson, le ordeno entregar inmediatamente el mando al teniente Temba y presentarse aquí —dijo la voz distante y llorosa, y Davidson, asqueado, apagó la radio de golpe.

Estaban todos locos de remate, todavía jugando a los soldados, fuera de todo contacto con la realidad. Eran en verdad muy pocos los hombres capaces de enfrentar la realidad cuando las cosas se ponían difíciles.

Tal como esperaba, los creechis no reaccionaron a los ataques a las madrigueras. El único modo de tenerlos a raya, como él lo había sabido desde el principio, era aterrorizarlos y no darles cuartel. De esa manera, ellos sabían quién mandaba, y se mostraban sumisos. Al parecer, y en un radio de treinta kilómetros, los creechis abandonaban las aldeas antes de que él llegara, pero continuaba enviando hombres a incendiarlas cada tres o cuatro días.

Los muchachos empezaban a impacientarse. Hasta entonces, los había mantenido atareados en los desmontes, ya que cuarenta y ocho de los cincuenta y cinco sobrevivientes leales eran leñadores. Pero todos sabían que las naves automáticas no bajarían a cargar la madera, seguirían llegando una tras otra y se pondrían en órbita, esperando la señal que nunca recibirán. No tenía sentido seguir cortando árboles inútilmente. Era un trabajo demasiado duro. Mejor quemarlos. Ejercitaba a sus hombres en equipos, desarrollando técnicas incendiarias. El tiempo era aún demasiado lluvioso, pero les mantenía el cerebro ocupado. Si al menos tuviese los otros tres helicópteros, entonces sí que podría dar el gran golpe. Estudiaba la posibilidad de una incursión en Central para liberar los helicópteros, pero no había mencionado aún esta idea ni siquiera a Aabi y Temba, sus mejores hombres. A algunos de los muchachos podría amedrentarlos la idea de una invasión armada a su propio cuartel general. Seguían hablando de “cuando volvamos a reunirnos con los otros”. No sabían que aquellos otros les habían abandonado, les habían traicionado, se habían vendido a los creechis. Y él no podía decirles semejante cosa, no la soportarían.

Un buen día, él, Aabi, Temba y otro hombre con la cabeza bien puesta y de confianza llegarían en helicóptero; luego tres de ellos bajarían con metralletas, montarían cada uno en un helicóptero, y de vuelta a casa, ta-ta-ta. Con cuatro buenas batidoras para batir los huevos. No se puede hacer una tortilla In batir los huevos. Davidson se rió a carcajadas en la oscuridad de la cabaña. Mantuvo este plan en secreto un tiempo más porque le divertía mucho pensar en él.

Al cabo de otras dos semanas habían destruido todas las

madrigueras creechis de los alrededores, y el bosque estaba ahora limpio y reluciente. No más humaredas por encima de los árboles. Ya nadie saltaba desde atrás de un arbusto y se despatarraba en el suelo con los ojos cerrados, esperando que uno le pisara la cabeza. No más monstruitos verdes. Sólo un revoltijo de árboles y algunos parajes quemados. Los muchachos empezaban a mostrarse inquietos y aburridos; era hora de hacer la incursión de rescate de los helicópteros. Una noche les confió el plan a Aabi, Temba y Post.

Ninguno de ellos dijo nada durante un minuto; luego Aabi preguntó: —¿Y el combustible, capitán?

—Tenemos combustible suficiente.

—No para cuatro helicópteros; no duraría ni una semana.

—¿Quieres decir que para ése nos queda combustible sólo para un mes?

Aabi asintió.

—Y bien, en ese caso, sacamos también un poco de combustible, me parece.

—¿Cómo?

—Pensad un poco.

Los tres seguían mudos e inmóviles, con caras de estúpidos. Eso le enfurecía.

Dependían de él para todo. Él era un jefe nato, pero le gustaban los hombres que tenían ideas propias.

—Piensa algún medio, es tu especialidad, Aabi —dijo.

Y salió a quemar un poco de hierba, asqueado por la forma en que todos se comportaban, como si estuviesen acobardados. No eran capaces de enfrentar la cruda realidad.

Andaban escasos de marihuana y Davidson no fumaba desde hacía un par de días. No le sirvió de nada. La noche negra e impenetrable, húmeda, calurosa, olía a primavera.

Pasó Ngenene caminando como un patinador sobre el hielo, o casi como un robot sobre ruedas; giró sobre sí mismo con un lento movimiento felino y contempló largamente a Davidson, que estaba en el porche de la cabaña a la luz mortecina de la entrada. Era un hombre inmenso que manejaba una sierra eléctrica en el aserradero.

—La fuente de mi energía está conectada con el Gran Generador y no me puedo desenchufar —dijo con voz monótona, sin dejar de mirar a Davidson.

—¡Vuélvete a tu barraca a dormir la mona! —dijo Davidson con esa voz restallante que nadie desobedecía jamás.

Al cabo de un momento Ngenene se alejó deslizándose con paso cauteloso, ligero y grácil. Era excesivo el número de hombres que abusaban cada vez más de los alucinógenos. Había alucinógenos en abundancia, pero estaban destinados a aliviar las tensiones de los

leñadores durante los domingos, no a los soldados de una guarnición minúscula abandonada en un mundo hostil. No podían darse el lujo de volar, de soñar.

Tendría que guardarlos bajo llave. Además, a algunos de los muchachos podían reventarlos. Y bueno, que reventaran. No se puede hacer una tortilla sin romper los huevos. Tal vez pudiera mandarlos a Central a cambio de un poco de combustible.

Ustedes me dan dos, tres tanques de gas y yo les daré dos, tres cuerpos calientes, soldados leales, buenos leñadores, justo lo que ustedes necesitan, un poco perdidos en el país de los sueños…

Sonrió, y se disponía a entrar para exponerles esta nueva idea a Temba y los oros, cuando oyó un grito del guardia apostado en la chimenea del aserradero.

—¡Aquí vienen! —chilló con voz aflautada, como un crío que juega a negros y rhodesianos.

Alguien más se puso a gritar también desde el oeste, del otro lado de la empalizada.

Sonó un disparo.

Y venían, Cristo, venían. Era increíble. Miles y miles. Ningún rumor ningún sonido, haba ese grito del guardia; y en seguida ese único disparo; luego una explosión —una de las minas terrestres que volaba y luego otra, y otra, y centenares y centenares de antorchas que se encendían y volaban en el aire húmedo como cohetes, y los muros de la empalizada eran ahora un hervidero de creechis, una lluvia de creechis, un diluvio, movedizos, pululantes, millares de creechis. Le recordaron un ejército de ratas que había visto una vez cuando era chico, durante la última Hambruna, en las calles de Cleveland, Ohio, donde se había criado. Algo había impulsado a las ratas a abandonar sus agujeros y habían salido a plena luz del día, una legión de ratas que trepaba por las paredes, un manto palpitante de piel y ojos y manos y dientes diminutos, y él había gritado llamando a mamá y corriendo como loco, ¿o era sólo un sueño que había tenido entonces? No podía perder la cabeza. El helicóptero se encontraba en el corral de los creechis, todavía a oscuras y llegó allí rápidamente. La puerta estaba cerrada con llave, siempre la tenía cerrada por si a alguna de las hermanitas pusilánimes se le meta en la cabeza la idea de volar a los brazos de Papá Ding Dong en una noche oscura. Le pareció una eternidad el tiempo que tardó en sacar la llave e introducirla en la cerradura y hacerla girar, pero sólo era cuestión de no perder la cabeza, y luego tardó otra eternidad en correr hasta el helicóptero y abrir la portezuela, también cerrada con llave. Post y Aabi estaban con él ahora. Por fin oyó el estruendo trepidante de los rotores, batiendo huevos, tapando todos los otros ruidos sobrenaturales, las voces aflautadas que gritaban, chillaban y

cantaban.

Subieron, y el infierno desapareció debajo: un corral repleto de ratas, ardiendo.

—Se necesita sangre fría para dominar rápidamente una situación de emergencia —dijo Davidson —. Ustedes, muchachos, pensaron y actuaron rápidamente. Buen trabajo.

¿Dónde está Temba?

—Con una lanza clavada en el estómago —dijo Post.

Le pareció que Aabi, el piloto, quería dirigir la máquina, trepó a uno de los asientos traseros y se tendió relajando los músculos. Allá abajo el bosque era un mar de sombras, negro sobre negro.

—¿Qué rumbo estás tomando, Aabi?

—Central.

—No. No queremos ir a Central.

—¿Adónde queremos ir? —dijo Aabi con una especie de risita afeminada —. ¿A Nueva York? ¿A Pekín?

—Continúa volando sobre el campamento, Aabi. En grandes círculos. Por donde no nos oigan.

—Capitán, a esta altura ya no hay ningún Campamento Nueva Java —dijo Post, un capataz de leñadores; era un hombre rechoncho y tranquilo.

—Cuando los creechis hayan acabado de quemar el campamento, iremos nosotros y quemaremos a los creechis. Ha de haber unos cuatro mil amontonados allí, en un solo lugar. Hay seis lanzallamas en la parte de atrás de ese helicóptero. Les daremos unos veinte minutos. Comencemos con las bombas de gelinita y luego atrapemos con los lanzallamas a los que intentan huir.

—Cristo —dijo Aabi con violencia—, algunos de nuestros hombres podrían estar allí, quizá los creechis han tomado prisioneros, no lo sabemos. Yo no voy a volver allí a quemar humanos.

No había cambiado el rumbo del helicóptero.

Davidson puso el caño de su revólver contra la nuca de Aabí y dijo: —Sí, vamos a volver; así que cálmate y no me pongas en una situación difícil.

—Hay combustible suficiente como para llegar a Central, capitán —dijo el piloto. Movía la cabeza tratando de esquivar el contacto del revólver, como si fuese una mosca que lo importunaba —. Pero no hay más. Es todo cuanto nos queda.

—Entonces tenemos de sobra para muchos kilómetros. Vuelve, Aabi.

—Creo que es preferible que vayamos a Central, capitán —dijo Post con su voz estólida.

Esa conjuración contra él enfureció a Davidson. Le dio la vuelta al revólver y atacó con la celeridad de una serpiente y le asestó a Post un

culatazo por encima de la oreja. El leñador se dobló sobre sí mismo como una tarjeta de Navidad, y se quedó allí inmóvil en el asiento delantero con la cabeza entre las rodillas y las manos colgando contra el suelo.

—Da la vuelta, Aabi —dijo Davidson, el restallido del látigo en la voz.

El helicóptero giró en un arco amplio.

—Demonios, ¿dónde está el campamento? Nunca volé en este aparato de noche y sin señales —dijo Aabi, con una voz que sonó apagada y nasal, como si estuviese acatarrado.

—Sigue hacia el este y busca el incendio —dijo Davidson, frío y tranquilo.

Ninguno de ellos tenía verdaderas agallas. Ninguno le había respaldado cuando la situación se puso realmente difícil. Tarde o temprano todos se unirían contra él, y sólo porque nadie era como él. Los débiles conspiran contra los fuertes, y el hombre fuerte tiene que luchar a solas y cuidar de sí mismo. Así eran las cosas. ¿Dónde estaba el campamento?

En esa oscuridad total tendrían que haber visto a kilómetros de distancia los edificios en llamas, aún bajo la lluvia. No se veía nada. Cielo gris negro, suelo gris. Los incendios debían de haberse apagado. O los habrían apagado. ¿Sería posible que los humanos hubiesen derrotado a los creechis? ¿Luego que él huyera? El pensamiento le cruzó por la mente como un rocío de agua helada. No, claro que no, no cincuenta contra miles. Pero por Dios, de todos modos tenía que haber montones de creechis despedazados por allí, dispersos por los campos minados. Los creechis habían atacado en filas apretadas. Nada hubiera podido detenerlos. Él no podía haberlo previsto. ¿De dónde habían salido?

Durante días y días no se había visto un solo creechi merodeando —por los bosques de alrededor. Tenían que haberse desplegado desde algún escondrijo, desde todas direcciones, arrastrándose por los bosques, saliendo de las cuevas como ratas. No había forma de detener a millares y millares de creechis. ¿Dónde demonios estaba el campamento? Aabi fingía, había cambiado de rumbo, por supuesto.

—Encuentra el campamento, Aabi —dijo en voz baja.

—Por amor de Cristo, es lo que trato de hacer —dijo el muchacho.

Post, doblado allí, junto al piloto, no se había movido.

—No puede haberse esfumado, no, Aabi. Tienes siete minutos para encontrarlo.

—Encuéntrelo usted —dijo Aabi, con voz hosca y chillona.

—No hasta que tú y Post dejéis de insubordinaros, querido. Baja un poco ahora.

Al cabo de un minuto Aabi dijo: —Eso parece el río.

Había un río, y un gran claro pero ¿dónde estaba el Campamento Java? No aparecía por ninguna pase a medida que volaban hacia el norte por encima del claro.

—Tiene que ser éste, no hay ningún otro claro grande ¿no? —dijo Aabi, volviendo a volar sobre el área sin árboles.

Los faros de aterrizaje del helicóptero refulgían, pero fuera de los conos de luz no se veía absolutamente nada; lo mejor era apagarlos. Davidson pasó el brazo por encima del hombro del piloto y apagó las luces. La oscuridad húmeda, impenetrable, les azotó los ojos como toallas negras.

—¡Por Cristo! —gritó Aabi, y encendiendo otra vez las luces giró rápidamente el helicóptero hacia la izquierda y hacia arriba, pero no con bastante rapidez.

Los árboles asomaron inmensos en la noche y atraparon la máquina.

Las paletas chillaron, lanzando un ciclón de hojas y ramas a través de las sendas luminosas de los faros, pero los troncos de los árboles eran muy Tejos y fuertes. La pequeña máquina alada cayó de cabeza, pareció que se elevaba otra vez, y se hundió de costado ende los árboles. Las luces se apagaron. Los ruidos se interrumpieron.

—No me siento muy bien —dijo Davidson.

Lo repitió, y no lo dijo más, porque no había nadie a quien decírselo. Luego se dio cuenta de que ni siquiera lo había dicho. Se sentía como atontado. Seguramente se había golpeado la cabeza. Aabi no estaba allí. ¿Dónde estaba? Esto era el helicóptero; caído de costado, pero él seguía en su asiento. La oscuridad se cerraba alrededor; era como estar ciego. Buscó a tientas y encontró a Post, inerte, siempre doblado, hecho un ovillo entre el asiento delantero y el tablero de control. El helicóptero temblaba cada vez que Davidson se movía, y entendió al fin que no estaba en el suelo sino encajado entre los árboles, enganchado como una cometa. Ahora se sentía mejor de la cabeza y deseaba cada vez más salir de aquella cabina oscura y peligrosamente inclinada. Trepó al asiento del piloto y sacó las piernas afuera, colgado de las manos, y no sintió el suelo, Sólo ramas que le raspaban las piernas suspendidas en el aire. Por último se dejó caer, sin conocer la distancia, pero tenía que salir de esa cabina. Era poco más de un metro. La cabeza le trepidó con el golpe, pero ahora se sentía mejor. Si al menos no hubiese tanta oscuridad, tanta negrura. Tenía una linterna en el cinto, siempre llevaba una cuando andaba de noche por el campamento. Pero no estaba allí. Eso era extraño. Debía de habérsele caído. Lo mejor sería volver al helicóptero a buscarla. Quizá Aabi se la había sacado. Aabi había estrellado el helicóptero a propósito, le había robado la linterna a Davidson y había huido. El

pequeño y viscoso bastardo, igual a todos los demás. El aire era negro y húmedo y uno no sabía dónde ponía el pie, todo era raíces y arbustos y marañas. Había ruidos alrededor, agua que goteaba, crujidos, susurros, animales pequeños que reptaban y se escabullían en la oscuridad. Mejor volver al helicóptero, se dijo, a buscar la linterna.

Pero no sabía qué hacer para volver a subir. El borde de la portezuela estaba justo fuera del alcance de sus dedos.

Hubo una luz, un débil resplandor que brilló un instante y desapareció entre los árboles.

Aabi se había llevado la linterna y había salido a explorar, a orientarse, un muchacho muy despierto.

—¡Aabi! —llamó con un susurro penetrante.

Pisó algo extraño mientras trataba de ver de nuevo la luz. Lo pateó con las botas, luego acercó la mano, con cautela, pues no era prudente andar tocando cosas que no podía ver. Un montón de algo húmedo, pegajoso, como una rata muerta. Retiró rápidamente la mano. Tanteó en otro lugar al cabo de un momento; era una bota lo que tocaba, podía palpar los cordones cruzados. Tenía que ser Aabi que yacía allí, justo a sus pies. Había sido despedido del helicóptero cuando el aparato cayó. Bueno, se lo merecía por esa tramoya de Judas, tratando de escapar a Central. A Davidson no le gustó el tacto húmedo de las ropas y el cabello invisibles. Se enderezó. Otra vez estaba ahí la luz, un claroscuro recortado por los troncos negros de los árboles cercanos y distantes, un resplandor lejano que avanzaba.

Davidson se llevó la mano a la cartuchera. El revólver no estaba allí.

Lo había tenido en la mano, por si Post y Aabi se decidían a actuar. Ahora no lo tenía en la mano. Debía de estar en el helicóptero junto con la linterna.

Permaneció agazapado, inmóvil; de pronto, bruscamente echó a correr. No veía por dónde iba. Rebotaba en los troncos de los árboles y las raíces se le enredaban en los pies. Cayó de bruces, ruidosamente entre los arbustos. Avanzando a cuatro patas, trató de esconderse. Las ramas húmedas, desnudas, le rozaban y arañaban la cara. Se arrastró un poco más lejos. Tenía el cerebro totalmente ocupado por los complejos olores a podredumbre y vegetación, a hojas muertas, a descomposición, a renuevos y frondas y flores, los olores de la noche y de la primavera y de la lluvia. La luz lo iluminó de pleno.

Vio a los creechis.

Recordó lo que ellos hacían cuando alguien los acorralaba, y el comentario de Lyubov.

Se dio la vuelta poniéndose boca arriba y echó la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos. El corazón galopaba en su pecho.

No ocurrió nada.

Era difícil abrir los ojos, pero al cabo de un rato lo consiguió. Seguían allí, y eran muchos: unos diez o veinte. Llevaban esas lanzas que utilizaban para cazar, esas armas pequeñas que parecían de juguete, pero las hojas de hierro afiladas podían perforarle a uno las tripas. Cerró los ojos y permaneció tendido en la misma posición.

Y no pasaba nada.

Su corazón se había calmado, y le pareció que ahora podía pensar mejor. Algo se agitó dentro de él, algo que era casi una risa. Por Dios, ¡los creechis no podían con él! Si sus propios hombres le habían traicionado, y si ya la inteligencia humana no podía hacer nada por él, entonces recurría a la artimaña que ellos mismos utilizaban, se hacía el muerto así, y despertaba en ellos ese reflejo instintivo que les impedía matar a nadie que estuviera en esa postura. Y allí seguían, a su alrededor cuchicheando entre ellos. No podían hacerle daño. Era como si fuese un dios.

—Davidson.

Tuvo que abrir nuevamente los ojos. La antorcha de resina que llevaba uno de los creechis ardía aún, pero parecía más pálida, y el bosque era más gris ahora, ya no renegrido. ¿Qué había pasado? Habían transcurrido apenas cinco o diez minutos. La visibilidad era todavía escasa, pero ya no era de noche. Distinguía las hojas y las ramas, el bosque. Reconoció la cara que le miraba desde arriba. En la penumbra sin matices del amanecer, era un rostro incoloro. Las facciones marcadas por cicatrices parecían las de un hombre. Los ojos eran agujeros sombríos.

—Déjame levantar —dijo repentinamente Davidson con voz ronca, estridente.

Tendido allí, en el suelo húmedo, tiritaba de frío. No podía seguir acostado mientras Selver le mirada desde arriba.

Selver tenía las manos vacías, pero muchos de los pequeños demonios que le rodeaban no sólo llevaban lanzas sino también revólveres. Robados de la armería del campamento, sin duda. Se incorporó con dificultad. Las ropas le colgaban, heladas, de los hombros y del dorso de las piernas, y no podía dejar de temblar.

—Hazlo de una vez —dijo —. ¡Rápido-volando!

Selver lo miró. Ahora, por fin, tenía que levantar la vista, muy arriba, para encontrar los ojos de Davidson.

—¿Quiere que lo mate ahora? —preguntó.

Por supuesto, había aprendido a hablar de esta manera gracias a Lyubov; hasta por la voz, podía haber sido Lyubov el que hablaba. Era macabro.

—Puedo elegir, ¿no?

—Bueno, usted ha estado tendido toda la noche como pidiendo que le dejásemos vivir.

¿Quiere morir ahora?

El dolor en la cabeza y en el estómago, Ni el odio que senda por ese horrible monstruo diminuto que hablaba como Lyubov y que le tenía a su merced, esa combinación de dolor y de odio le revolvieron el estómago, sintió náuseas y estuvo a punto de vomitar.

Temblaba de frío. Trató de juntar valor. De pronto dio un paso adelante y le escupió a Selver en la cara.

Hubo una pequeña pausa, y entonces Selver, con una especie de paso de danza, le escupió a Davidson. Y rompió a reír. Y no hizo ningún movimiento para matar a Davidson.

Davidson se limpió de los labios el frío escupitajo.

—Mire, capitán Davidson —dijo el creechi con esa vocecita tranquila, que a Davidson le producía vértigo y repugnancia—, los dos somos dioses, usted y yo. Usted es un dios demente, y yo no sé si estoy cuerdo o no. Pero somos dioses. Nunca habrá en el bosque un encuentro semejante; como es costumbre entre dioses, nos hemos traído regalos.

Usted me trajo un don, la posibilidad de matar a seres de mi misma especie, el homicidio.

Ahora, hasta donde me es posible, yo le ofrezco a usted el don de mi pueblo, que es el de no matar. Creo que a cada uno de nosotros le pesará cargar con el regalo del otro. Sin embargo, usted tendrá que cargarlo solo. La gente en Eslisen me dice que si le llevo allí, le juzgarán y le matarán, pues al lo exige la ley. Por eso, porque deseo darle vida, no puedo llevarle a Eslisen con los otros prisioneros; y no puedo dejarle en el bosque; es usted demasiado dañino. De manera que será tratado como uno de los nuestros cuando se vuelve loco. Será llevado a Rendlep, donde ya no habita nadie y allí se quedará.

Davidson miraba al creechi, no podía sacarle los ojos de encima. Era como si ejerciese sobre él un poder hipnótico. Y eso no lo podía soportar. Nadie tenía sobre él ningún poder. Nadie podía hacerle daño.

—Tenía que haberte roto el pescuezo, directamente, el día que intentaste atacarme dijo, la voz todavía espesa y ronca.

—Tal vez hubiera sido lo mejor —respondió Selver —. Pero Lyubov se lo impidió. Como ahora me impide que le mate. La matanza ha terminado. Y el talado de los árboles. No quedan árboles para talar en Rendlep. Es el lugar que ustedes llaman Isla Dump. Ustedes no dejaron allí un solo árbol, de modo que no podrá construirse un bote y escapar. Ya no crece allí casi nada, y tendremos que mandarle víveres y leña para calentarse. No hay nada que se pueda matar en Rendlep. Ni árboles, ni gente. Había árboles 31 había gente, pero ahora sólo quedan allí los sueños de todos ellos. Me parece un lugar apropiado para que usted viva en él, ya que debe vivir. Allí tal vez aprenda a

soñar, pero es más probable que siga con su locura hasta sus últimas consecuencias.

—Mátame ahora y acaba de una vez con este ensañamiento.

—¿Que le mate? —dijo Selver y los ojos alzados hada Davidson parecieron relampaguear, clarísimos y terribles, en la media luz del bosque —. Yo no puedo matarle, Davidson. Usted es un dios. Tendrá que hacerlo usted mismo.

Dio media vuelta y echó a andar, ligero y veloz, y a los pocos pasos desapareció entre los árboles grises.

Un lazo corredizo se deslizó por encima de la cabeza de Davidson y se le cerró alrededor del cuello. Unas lanzas pequeñas se le acercaron por los flancos y la espalda.

No trataban de hacerle daño. Podía echar a correr, huir, y ellos no le matarían. Las hojas de las lanzas eran pulidas, afiladas, como navajas. El lazo corredizo tironeaba apretándole el cuello. Los siguió adonde lo conducían.

Selver no había visto a Lyubov durante mucho tiempo. El sueño lo había acompañado hasta Rieshwel. Había evado con Lyubov cuando le habló a Davidson por última vez, y lego Lyubov había desaparecido, quizá durmiera ahora en la tumba de Eshsen, porque nunca se le apareció en el pueblo de Brotor donde Selver vivía ahora.

Pero cuando la nave grande regresó, y Selver fue a Eshsen, Lyubov se reunió allí con él. Una figura silenciosa y tenue, muy triste, que otra vez despertó en Selver aquella pena devoradora.

Lyubov lo acompañaba, una sombra en la mente, hasta cuando se reunía con los yumenos de la nave. Éstos eran poderosos, muy diferentes de todos los yumenos que Selver había conocido, excepto Lyubov, pero mucho más fuertes que él.

Ya no dominaba el yumeno como antes, y al principio dejó que hablaran ellos. Cuando supo con certeza qué clase de personas eran, empujó la pesada caja que había traído desde Brotor.

—Aquí adentro está la obra de Lyubov —dijo, buscando a tientas las palabras —. Él sabía más de nosotros que todos los demás. El aprendió mi lengua y la Lengua de los Hombres; lo anotamos todo. Él comprendía algo de cómo vivimos y cómo soñamos. Los otros no.

Les daré a ustedes la obra, si la llevan al lugar que Lyubov deseaba.

El alto, el de la tez muy blanca, Lepennon, parecía feliz, y le dio las gracias a Selver, diciéndole que los trabajos serían llevados adonde Selver deseaba, y serían altamente apreciados. Esto complació a Selver.

Pero había sido doloroso para él pronunciar en voz alta el nombre de su amigo; en el rostro de Lyubov había una tristeza amarga cada vez que Selver se volvía a él dentro de su mente. Se apartó un poco de

los yumenos y les observó. Dongh y Gosse y otros de Eshsen se habían reunido allí junto con los cinco de la nave. Los nuevos estaban limpios y pulidos como hierro nuevo. A los viejos les habían crecido pelos en las caras, y ahora parecían unos athshianos gigantescos, de pelambrera negra.

Todavía llevaban ropas, pero estaban viejas y poco limpias. No habían adelgazado, excepto el Viejo, que seguía enfermo desde la Noche de Eshsen; pero todos daban la impresión de ser hombres extraviados o locos.

Este encuentro ocurrió en el límite del bosque, en la zona donde, por un acuerdo tácito, ni la gente del bosque ni los yumenos habían levantado viviendas ni acampado en los últimos años. Selver y sus acompañantes se instalaron a la sombra de un gran fresno que crecía un poco apartado de la orilla del bosque. Las bayas del fresno eran aún pequeños nudos verdes contra las ramas, las hojas largas y suaves, labiadas, de color verde estío.

Debajo del árbol la luz era débil, mezclada con sombras.

Los yumenos se consultaban e iban y venían, y por último uno de ellos fue hasta el fresno. Era el hombre duro de la nave, el comandante. Se sentó en cuclillas cerca de Selver, sin pedir permiso, pero sin ninguna visible intención de rudeza. Dijo: —¿Podemos conversar un poco?

—Naturalmente.

—Ya sabe que nos llevaremos de aquí a todos los terráqueos. Hemos traído con nosotros una segunda nave para poder transportarlos. Este mundo nunca más será una colonia.

—Ése fue el mensaje que escuché en Brotor hace tres días, cuando ustedes llegaron.

—Quería estar seguro de que usted lo entendía. La decisión es terminante. No volveremos. Este mundo ha sido declarado proscrito por la Liga. Eso significa para ustedes lo siguiente: puedo prometerles que nadie vendrá aquí a cortar los árboles o a ocupar las tierras, mientras subsista la Liga.

—Ninguno de ustedes volverá jamás —dijo Selver, afirmación o pregunta.

—No por cinco generaciones. Nadie. Luego quizá algunos pocos hombres, diez o veinte, no más de veinte, podrían venir a dialogar con ustedes, a estudiar este mundo, como lo hicieron aquí algunos de los hombres.

—Los científicos, los especialistas —dijo Selver. Meditó un momento —. Ustedes deciden las cosas todos a la vez —dijo, nuevamente entre afirmación y pregunta.

—¿Qué quiere decir?

El comandante parecía receloso.

—Bueno, usted dice que ninguno de ustedes cortará los árboles de Athshe: y todos dejan de hacerlo. Y sin embargo ustedes viven en muchos sitios. Aquí, si una matriarca diera una orden en Karach, ni aun los habitantes de la aldea más próxima la obedecerían en seguida, y nunca todos los habitantes del mundo al mismo tiempo…

—No, porque ustedes no tienen gobierno central. Pero nosotros lo tenemos, ahora, y le aseguro que las órdenes son obedecidas. Por todos nosotros al mismo tiempo. Aunque en verdad, tengo entendido, por lo que me han contado los colonos, que cuando usted, Selver, dio una orden, fue obedecida por todo el mundo en todas las islas a la vez.

¿Cómo lo consiguió?

—En aquel entonces yo en un dios —dijo Selver, inexpresivo.

El comandante se retiró y el hombre alto y blanco se fue acercando poco a poco y le preguntó si podía sentarse a la sombra del árbol. Tenía tacto, éste, y era sumamente inteligente. Selver se sentía intranquilo con él. Como Lyubov, este hombre era afable; comprendía, pero era también absolutamente incomprensible. Pues hasta el más bondadoso de ellos era tan inaccesible corno el más cruel. Por eso mismo la presencia de Lyubov en su mente seguía siendo dolorosa, y en cambio los sueños en los que veía y tocaba a su mujer muerta, Thele, eran hermosos y serenos.

—Cuando estuve aquí antes —dijo Lepennon —conocí a ese hombre, Raj Lyubov. Tuve muy pocas oportunidades de hablar con él pero recuerdo lo que dijo; y he tenido tiempo de leer algunos de sus estudios sobre el pueblo de usted. La obra de Lyubov, como usted dice. A esa obra se debe principalmente que Athshe ya no sea Colonia Terráquea. Esa libertad se había convertido en la meta de la vida de Lyubov, creo yo. Usted, como amigo de él, verá que la muerte no le impidió alcanzar esa meta, finalizar el viaje.

Selver estaba inmóvil. La inquietud se le transformaba en miedo. Este hombre hablaba como un Gran Soñador.

Pío respondió.

—Querrá usted decirme una cosa, Selver. Si la pregunta no lo ofende. No habrá más preguntas después… Hubo varias matanzas: en Campamento Smith, luego en este sitio, Eshsen, y por último la de Campamento Nueva Java donde Davidson encabezó al grupo rebelde. Eso fue todo. Ninguna más desde entonces… ¿Es ésa la verdad? ¿No ha habido más matanzas?

—Yo no maté a Davidson.

—Eso no importa —dijo Lepennon, interpretando mal las palabras de Selver.

Selver quería decir que Davidson no estaba muerto; pero Lepennon entendió que era otro quien había matado a Davidson. Aliviado al comprobar que los yumenos podían equivocarse, Selver no

le corrigió.

—¿No ha habido más matanzas, entonces?

—Ninguna. Ellos podrán confirmárselo —dijo Selver, señalando con un gesto al coronel y a Gosse.

—Entre su propia gente, quiero decir. Athshianos que hayan matado a athshianos.

Selver guardó silencio.

Alzó los ojos a Lepennon, un rostro extraño, blanco como la máscara del Espíritu del Fresno, que cambió de algún modo mientras Selver lo miraba.

—A veces llega un dios —dijo Selver —. Trae una nueva forma de hacer una cosa, o una cosa nueva para hacer. Una nueva clase de canto, o una nueva clase de muerte. Lo trae a través del puente entre el tiempo-sueño y el tiempo-mundo. Y una vez que lo ha hecho, hecho está.

Uno no puede tomar cosas del mundo y tratar de llevarlas al sueño, encerrarlas en el sueño con muros y engaños. Eso es demencia. Lo que es, en No pretenderé, ahora, que nosotros no sabemos cómo matarnos unos a otros.

Lepennon apoyó la larga mano en la mano de Selver, tan rápidamente, tan delicadamente que Selver aceptó el contacto como si el otro no fuera un extraño. Las sombras verdes y doradas de las hojas del fresno revolotearon sobre ellos.

—Pero no digan que tienen razones para matarse unos a otros. No hay ninguna razón para el asesinato —dijo Lepennon, el rostro tan ansioso y triste como el de Lyubov —. Nosotros partiremos. Dentro de dos días nos habremos marchado. Todos. Para siempre.

Y entonces los bosques de Athshe volverán a ser lo que eran antes.

Lyubov salió de las sombras de la mente de Selver y dijo: —Yo estaré aquí.

—Lyubov estará aquí —dijo Selver —. Y Davidson estará aquí. Los dos. Después que yo muera, tal vez la gente vuelva a ser como antes de que yo naciese, y antes de que viniesen ustedes. Pero yo no lo creo.

FIN